

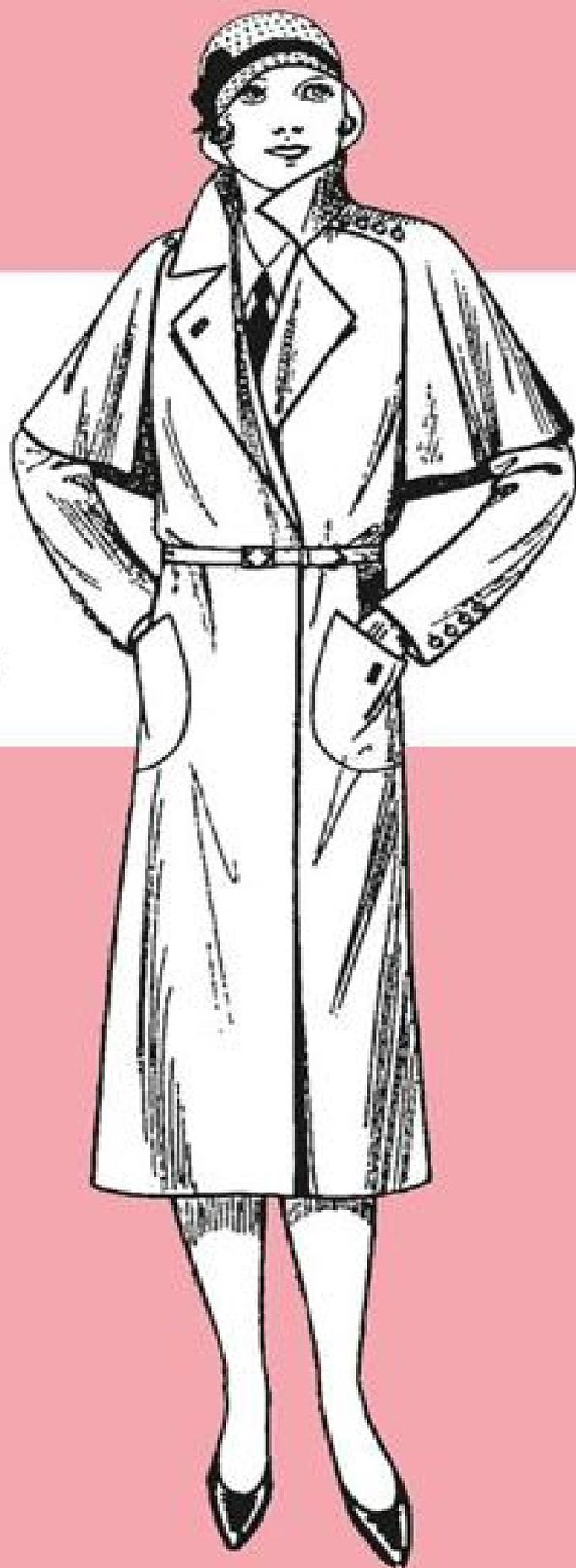
Libros del Asteroide



E.M. Delafield

Diario de
una dama
de provincias

Traducción de Patricia Antón





E. M. Delafield

Diario de una dama de provincias

Traducción de Patricia Antón

ePUB v1.0

SMAGX01.01.12

más libros en epubgratis.org

Título original: *Diary of a Provincial Lady*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © E M Delafield, 1947

© de la traducción, Patricia Antón de Vez, 2013

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-63-6

Depósito legal: B. 20.044-2013

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Actividad subvencionada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Dedicado a la editora y las directoras de Time and Tide, en cuyas páginas apareció por primera vez este diario.

7 de noviembre. Planto los bulbos de interior. Cuando llevo cerca de la mitad, aparece lady Boxe. Digo que estoy encantada de verla, aunque no es verdad, y le pido que se siente mientras acabo. Lady B. hace un decidido intento de sentarse en una butaca en la que he dejado dos cuencos con bulbos y la bolsa de carbón vegetal, pero lo ataja justo a tiempo y se instala en el sofá.

¿No sabía que es muy tarde para los bulbos de interior?, me pregunta. La época ideal es septiembre, o incluso octubre. ¿No sabía que la única empresa fiable para los jacintos es la de no sé quién en Haarlem? El nombre, en holandés, se me escapa, y contesto que ya lo sabía, pero que considero mi deber comprar productos del Imperio. En ese momento tengo la sensación, y la sigo teniendo, de que es una respuesta excelente. Por desgracia, al cabo de un rato Vicky entra en el salón y airea mi desliz con los yanquis: «Anda, mamá, ¿no son esos los bulbos que compramos en Woolworths?».

Lady B. se queda a tomar el té. (Recordatorio: Rebanadas de pan con mantequilla demasiado gruesas. Hablar con Ethel.) Hablamos un poco más sobre los bulbos, de la pintura de la escuela holandesa, de la mujer de nuestro párroco, de la ciática y de *Sin novedad en el frente*.

(Duda: ¿Es posible cultivar el arte de la conversación cuando se vive todo el año en el campo?)

Lady B. pregunta por los chicos. Le digo que Robin —a quien me refiero con indiferencia como «el niño» para que no piense que me tiene loquita— va bastante bien en el colegio, y que, según Mademoiselle, Vicky está pillando un resfriado.

Lady B. comenta que esa manía de resfriarse es por completo innecesaria y puede evitarse administrándole a la cría, cada mañana y antes de desayunar, una ducha nasal con agua y sal. Las réplicas ásperas e ingeniosas a su comentario, por desgracia, solo se me ocurren cuando lady B. ya se aleja en su Bentley.

Acabo con los bulbos y los dejo en el sótano. Pero luego tengo la sensación de que en el sótano va a haber demasiada corriente, así que cambio de opinión y los subo al desván.

La cocinera dice que a la cocina económica le pasa algo.

8 de noviembre. Robert le ha echado un vistazo a la cocina económica y asegura que no le pasa nada. Hace la poco original sugerencia de que ajustemos el tiro. La cocinera se enfada muchísimo, es probable que renuncie y se marche. Trato de congraciarme con ella diciéndole que nos vamos a Bournemouth a pasar las vacaciones de medio trimestre con Robin, y que así el personal de la casa podrá tomarse un respiro. Muy adusta, la cocinera contesta que aprovecharán para hacer una limpieza a fondo. Cuánto me gustaría creérmelo.

Los preparativos para Bournemouth se ven empañados cuando descubro que Robert, al bajar las maletas del desván, ha roto tres de los cuencos de bulbos. Dice que como tenía entendido que yo los había dejado en el sótano, no esperaba encontrarlos allí.

11 de noviembre, Bournemouth. Me encuentro con que la historia, como de costumbre, se repite. El mismo hotel, el mismo correteo por el colegio para dar con Robin, la misma colección de padres, muchos de los cuales se alojan también en el hotel. Advierto una fuerte tendencia a intercambiar con los otros padres exactamente los mismos comentarios que el año pasado y que el antepasado. Se lo comento a Robert, quien no me contesta. ¿Será que le da miedo repetirse? Lo cual me suscita una duda: ¿Asimilará Robert lo que le digo aunque no me conteste?

Encuentro a Robin más flaco y se lo comento a la supervisora, que me contesta alegremente que en absoluto, que ella cree que si algo ha hecho este trimestre ha sido engordar, y luego empieza a hablarme de los nuevos pabellones. (Duda: ¿Por qué todos los colegios tienen que levantar nuevos pabellones más o menos cada seis meses?)

Me llevo a Robin por ahí. Se zampa varias raciones de comida y un montón de dulces. Aparece con un amigo, y los llevamos a los dos a Corfe Castle. Los niños se ponen a trepar, Robert fuma en silencio y yo me siento en unas piedras. Oigo comentar a una mujer, cuando alza la vista hacia media torre que lleva en pie varios siglos, que se la ve «frágil», y me parece un adjetivo curioso. La misma mujer, cuando se encarama a un sólido bloque de mampostería, señala que, evidentemente, se ha desprendido de algún sitio.

Nos llevamos a los niños a cenar al hotel. Cuando su amigo no lo oye, Robin comenta: «Ha sido estupendo lo de llevarnos a Williams, ¿verdad?». Me apresuro a expresar que en efecto ha sido un privilegio.

Robert lleva a los niños de vuelta después de cenar, y me siento en el salón del hotel con otras madres y hablamos sobre nuestros propios chicos con tono algo despectivo y sobre los de las demás con gran entusiasmo.

Me preguntan qué me parece *Harriet Hume*, pero no puedo opinar puesto que no lo he leído. Tengo la deprimente sensación de que podría pasarme como con *Orlando*, sobre el que fui perfectamente capaz de hacer comentarios muy inteligentes hasta que lo leí y me encontré con que, desgraciadamente, no conseguía entenderlo.

Robert aparece muy tarde y dice que debe de haberse quedado dormido leyendo el *Times*. (Duda: ¿Vale la pena venir a Bournemouth para eso?)

En el último correo hay una postal de Lady B., que me pregunta si me acuerdo de que el día 14 hay una reunión del comité del Instituto de la Mujer. Ni se me pasa por la cabeza contestar.

12 de noviembre. De vuelta en casa, me impresiona, como tantas veces, la enorme acumulación de desastres domésticos que te esperan tras una ausencia. Por culpa del problema con la cocina económica, no hay agua caliente, y la cocinera dice que el cordero se ha «pasado» y que quiere que hable con el carnicero porque según ella no hay excusa que valga con el tiempo que hace. A diferencia del cordero, el resfriado de Vicky no se ha pasado. Mademoiselle comenta: «*Ah, cette petite! Elle ne sera peut-être pas longtemps pour ce bas monde, madame*». Confío en que solo se trate de su forma latina de dramatizar la situación.

Robert lee el *Times* después de cenar y se queda dormido.

13 de noviembre. Una prolongada discusión con Vicky sobre si existe o no una localidad a la que ella se refiere como «el Averno» me lleva a una reflexión que, aunque interesante, me llena de desconcierto. Decidida a ser una madre moderna, le digo que un lugar así nunca ha existido ni existirá. Vicky mantiene que sí y me remite a la Biblia. Me siento más moderna que nunca y le digo que las teorías del castigo eterno se inventaron para asustar a la gente. Vicky contesta indignada que a ella no la asustan en lo más mínimo, que le gusta pensar en el Averno. Tengo la sensación de que hemos llegado a un callejón sin salida y me limito a dejarla con ese singular método suyo para entretenerse.

(Duda: ¿Se rebelarán los chicos modernos contra su modernidad? Y de ser así, ¿qué forma adoptará la reacción de los padres modernos?)

Una carta del banco en la que me comunican que mi cuenta tiene un descubierto de ocho libras, cuatro chelines y cuatro peniques me deja muy preocupada. No consigo entenderlo, pues estaba convencida de que aún disponía de un saldo a favor de dos libras, siete chelines y seis peniques. Me fastidia descubrir que los saldos de mis cuentas, el contenido de la caja de caudales y las matrices del talonario no cuadran. (Recordatorio: Buscar el sobre en el que garabateé los gastos de Bournemouth, así como un trozo de papel —probablemente la última página del dietario— en que anoté un pago en efectivo al deshollinador. Es posible que eso aclare las cosas.)

Cuando llevo la maleta de vuelta al desván echo un vistazo a los cuencos de los bulbos y, por la pinta que tienen, me inclino a pensar que el gato ha estado ahí arriba. Pues ya

es el colmo. Le diré a lady Boxe que le mandé todos mis bulbos a una amiga enferma que está en la clínica.

14 de noviembre. Llega el ejemplar del mes del club del libro, y vaya chasco me llevo. El libro en cuestión es la historia de un sitio que no me interesa, escrita por un autor que no me gusta. Lo devuelvo a su envoltorio y elijo otro de la lista de recomendaciones. Cuando leo un pequeño suplemento literario que venía con el libro, me encuentro con que ya estaba previsto que alguien procediera exactamente como lo he hecho yo, proceder que se describe como «el mayor error de su vida». Me llevo un gran disgusto, no tanto por haber cometido (posiblemente) el mayor error de mi vida como ante la deprimente idea de que todos nos parecemos tanto que, por lo visto, los escritores inteligentes son capaces de predecir nuestra conducta con toda exactitud.

Decido no mencionar el asunto a lady B., que siempre se da aires de superioridad cuando se trata del club del libro y adopta esa tediosa actitud de que a ella no le hace falta que le digan lo que ha de leer. (Me gustaría que se me ocurriera una buena réplica a eso.)

En el correo de la tarde encuentro una carta de mi querida amiga del colegio Cissie Crabbe, que me pregunta si puede pasar un par de noches aquí de camino a Norwich. (Duda: ¿Por qué Norwich? Me sorprende que alguien pueda ir a, vivir en, o volver de Norwich, pero comprendo que es poco razonable por mi parte. Me digo que sé bien poco de esta Inglaterra en la que vivo, lo cual me sugiere vagamente una cita famosa que, sin embargo, no acaba de materializarse.)

Llevamos muchos años sin vernos, escribe Cissie, y supone que las dos habremos cambiado un montón. P.D. ¿Me acuerdo de nuestra querida y vieja charca y del día del arruruz español? Tras pensarlo un poco, consigo acordarme de nuestra querida y vieja charca, al fondo del jardín del padre de Cissie, pero lo del arruruz español me deja completamente perpleja. (Duda: ¿Será una de esas historias de Sherlock Holmes? Tiene toda la pinta.)

Contesto que estaremos encantados de verla y que las dos tendremos mucho de que hablar, ¡después de tantos años! (Cuando lo pienso un poco comprendo que no es verdad, pero no voy a reescribir la carta solo por eso.) Ignoro por completo lo del arruruz español.

Cuando le hablo a Robert de la inminente llegada de una querida y vieja amiga del colegio, no parece muy contento. Quiere saber qué se supone que haremos con ella. Sugiero que le enseñemos el jardín y recuerdo demasiado tarde que no es precisamente la temporada más adecuada del año. En cualquier caso, digo, será agradable charlar sobre los viejos tiempos (lo que me recuerda que sigo sin desentrañar la referencia al arruruz español).

Hablo con Ethel sobre la habitación de invitados, y me irrita sobremanera descubrir que se ha roto un candelabro azul y que la alfombra está en la tintorería y no da tiempo a recogerla. Me llevo la alfombra del vestidor de Robert y la pongo en el cuarto de invitados, confiando en que no advierta su desaparición.

15 de noviembre. Robert sí que advierte la desaparición de la alfombra y dice que quiere recuperarla. La pongo de nuevo en el vestidor y me llevo del cuarto de la niñera una alfombrilla teñida, de peor calidad, para la habitación de invitados. Mademoiselle se ofende y le dice a Vicky, que me lo cuenta, que en este país se siente tratada como un gusano.

17 de noviembre. Mi querida y vieja amiga del colegio Cissie Crabbe tiene prevista su llegada en el tren de las tres. Cuando se lo digo a Robert, me contesta que ir a recogerla le supone un auténtico engorro porque tiene asamblea parroquial, pero al final accede a saltársela. Me llega al alma con eso. Por desgracia, justo después de que se haya puesto en camino llega un telegrama de mi querida amiga del colegio en el que dice que ha perdido la conexión y que no llegará hasta las siete. Eso supone

postergar la cena hasta las ocho, y la cocinera no va a ponerse muy contenta. No puedo mandarle recado con Ethel puesto que es su tarde libre, así que me veo obligada a decírselo yo misma. No se pone nada contenta. Robert vuelve de la estación, muy poco contento a su vez. Mademoiselle, inexplicablemente, exclama: «*Il ne manquait que ça!*». (El comentario no viene a cuento, puesto que el hecho de que Cissie Crabbe no haya aparecido no ha de importarle un pimiento. Últimamente no paro de pensar que los franceses no tienen ningún tacto.)

Ethel vuelve, diez minutos tarde, y pregunta si debe encender el fuego en la habitación de invitados. Le digo que no, que no hace tanto frío, pero lo que pienso en realidad es que Cissie ya no merece, en mi opinión, tantos lujos. Luego me da la sensación de que la mía es una actitud de lo más impropia y enciendo el fuego yo misma. Se forma una humareda.

Robert pregunta desde abajo qué es todo ese humo. Nada, nada, le contesto desde arriba. Robert sube, abre la ventana y cierra la puerta, y dice que asunto resuelto. Prefiero no señalar que la habitación va a enfriarse con la ventana abierta.

Juego al Ludo con Vicky en el salón.

Robert lee el *Times* y se queda dormido, pero despierta a tiempo para hacer una segunda expedición a la estación. Gracias a Dios, esta vez sí vuelve con Cissie Crabbe, que ha engordado y repite varias veces que las dos hemos cambiado un montón, lo que considero innecesario.

La llevo al piso de arriba; la habitación de invitados, por culpa de la ventana abierta, parece una cámara frigorífica, y el fuego todavía humea, aunque menos. Según Cissie, la habitación es muy agradable, y ahí la dejo tras haberle rogado que no dude en pedir lo que sea. (Recordatorio: Decirle a Ethel que tiene que contestar al timbre de la habitación de invitados si suena. Confiemos en que no suene.)

Cuando nos vestimos para cenar, le pregunto a Robert qué le parece Cissie. Dice que no la conoce lo suficiente para haberse formado una opinión. Le pregunto si la encuentra atractiva. Contesta que no se lo ha planteado. Le pregunto sobre qué han hablado en el camino de vuelta de la estación. Dice que no se acuerda.

19 de noviembre. Dos días agotadores debido al inesperado descubrimiento de que Cissie Crabbe está haciendo una dieta muy estricta. A Robert le cae un poco mal por ese motivo. La absoluta imposibilidad de conseguir lentejas o limones con tan poco margen está volviendo muy difícil llevar la casa. En plena comida, Mademoiselle insiste en hablar sobre la cuestión de la dieta y exclama varias veces: «*Ah, mon doux St. Joseph!*»; me parece irreverente y le ruego que no lo repita nunca más.

Le pido consejo a Cissie sobre los bulbos, que tienen pinta de haber sido pasto de los ratones. Riego sin límites, contesta, y me habla de sus propios bulbos en Norwich. Me deja muy desanimada.

Procedo a regar sin límites los bulbos (parte del agua se filtra por el suelo del desván hasta el rellano de abajo) y traslado la mitad de ellos al sótano, pues según Cissie Crabbe el desván está mal ventilado.

Por la tarde viene de visita la esposa del párroco. Dice que ha conocido a alguien que tenía parientes cerca de Norwich, pero no consigue recordar su nombre. Cissie Crabbe contesta que, si recordara cómo se llamaban, tal vez acabaríamos descubriendo que le sonaban, o hasta que los conocía. Todas coincidimos en que el mundo es un pañuelo. Hablamos sobre la Riviera, del nuevo talle de los vestidos, de los ensayos del coro, del servicio doméstico y de Ramsay MacDonald.

22 de noviembre. Cissie Crabbe se marcha. Me ruega con toda la amabilidad del mundo que vaya a verla a Norwich (donde ya me ha contado que vive en una habitación alquilada con baño compartido, con dos gatos, y se prepara ella misma las lentejas en un hornillo). Le digo que sí, que me encantaría. Nos despedimos efusivamente.

Me paso la mañana entera escribiendo cartas que había dejado sin contestar durante la

visita de Cissie.

Lady Boxe nos invita a una cena para que conozcamos a unos distinguidos amigos literatos que se alojan con ella, uno de los cuales es el autor de *Sinfonía en tres sexos*. Como no estoy segura de la conveniencia de contestar que nunca he oído hablar de *Sinfonía en tres sexos*, me limito a aceptar. Pregunto por *Sinfonía en tres sexos* en la biblioteca, aunque con cierto recelo. Mi desconfianza queda más que justificada por el tono con que el señor Jones contesta que no lo tienen y nunca lo han tenido.

Le pido su opinión a Robert sobre si debo llevar el vestido azul o el negro y dorado a casa de lady B. Dice que cualquiera de los dos. Le pregunto si recuerda cuál llevé la última vez. No se acuerda. Mademoiselle dice que llevé el azul y se ofrece a hacer pequeños arreglos en el negro y dorado que, según ella, lo volverán irreconocible. Acepto, y procede a pegarle tijeretazos en la espalda. «*Pas trop décolletée*», digo, y me contesta con astucia: «*Je comprends, Madame ne désire pas se voir nue au salon*».

(Duda: ¿No tienen a veces estos franceses una forma bien rara de expresarse?, y ¿tendrá eso algún efecto negativo en Vicky?)

Le hablo a Robert de los distinguidos amigos literatos, pero no menciono *Sinfonía en tres sexos*. No contesta.

Como a lady B. se le ocurra presentarnos a sus amigos literatos, o a quien sea, como «nuestro administrador y su esposa», he tomado la firme decisión de marcharme de inmediato de la casa.

Se lo hago saber a Robert. No dice nada. (Recordatorio: Poner los zapatos de fiesta en la ventana, a ver si el aire fresco les quita el olor a gasolina.)

25 de noviembre. Por la mañana voy a que me corten el pelo y me hagan la manicura, en honor de la cena de lady B. Me gustaría hacerme con un nuevo par de medias de fiesta, pero me lo impiden una deprimente comunicación del banco que me recuerda que sigo teniendo un descubierto y una carta bastante desagradable de los señores Frippy y Coleman en la que me solicitan el pago para cubrir dicho descubierto a vuelta de correo. Más vale que no se lo mencione a Robert, porque ayer llegó la factura del carbón, así como un recordatorio de que el plazo para la contribución municipal venció hace mucho. Escribo, por tanto, una nota cortés a los señores F. y C. para hacerles saber que les remitiré el cheque dentro de unos días. (Confío en que piensen que no sé muy bien dónde he puesto el talonario de cheques.)

El arreglo que ha llevado a cabo Mademoiselle en el vestido negro y dorado resulta muy satisfactorio, pero me veo obligada a cambiarme cinco veces el peinado por culpa de una onda que me han marcado fatal. Por desgracia, Robert entra en el momento justo en que estoy aplicándome un pintalabios nuevo y muy caro, y protesta enérgicamente ante el resultado.

(Duda: Si pudiera convencer a Robert de ir a Londres con mayor frecuencia, ¿mostraría más amplitud de miras con estas cosas?)

Estoy convencida de que vamos a llegar tarde, pues Robert ha tenido ciertos problemas para arrancar el coche, pero se niega a ponerse nervioso. Debo añadir que el desarrollo de los acontecimientos justifica semejante actitud, puesto que llegamos antes que nadie y, de hecho, antes de que lady B. haya bajado siquiera. Cuento al menos una docena de jacintos romanos en cuencos por todo el salón. (Los habrá plantado un jardinero, diga lo que diga Lady B. Decido no hacer el más mínimo comentario sobre ellos, aunque soy consciente de que peco de cierta falta de generosidad.)

Lady B. baja ataviada con un vestido de encaje plateado cuyo dobladillo casi toca el suelo, y que luce el nuevo talle; la favorezca o no, hace que los vestidos de todas las demás se vean pasados de moda.

Hay nueve personas aparte de nosotros, y casi todas se alojan en la casa. No nos presentan a nadie. Decido que una dama ataviada con lo que parece una tapicería azul

es la probable responsable de *Sinfonía en tres sexos*.

Cuando anuncian la cena, lady B. me susurra: «Te he puesto junto a sir William. Resulta que tiene interés en el suministro de agua, y he pensado que te gustaría hablar con él sobre su estado en la zona».

Para mi sorpresa, sir W. y yo nos embarcamos casi de inmediato en una conversación sobre el control de la natalidad. No sé decir por qué o cómo surge ese tema, pero lo prefiero con creces al del suministro de agua. En el otro extremo de la mesa, Robert está sentado junto a *Sinfonía en tres sexos*. Confío en que lo esté pasando bien. La conversación se amplía y todo el mundo (con la excepción de Robert) habla sobre libros. Todos decimos (a) que hemos leído *Los buenos camaradas*, (b) que es un libro muy largo, (c) que el club del libro lo recomendó encarecidamente en todo Estados Unidos y las ventas tienen que estar siendo increíbles, y (d) que las ventas en Estados Unidos son las que cuentan de verdad. Pasamos entonces a *Huracán en Jamaica* y comentamos (a) que es un libro bastante corto, (b) que nos horrorizó o bien nos encantó, y (c) que describe con exactitud cómo son los niños. En este punto surge una minoría que mantiene que no, que ni un solo niño en el mundo habría pasado por alto de esa manera la desaparición de John, que no es verosímil. Todo lo demás se lo tragan, dicen, pero eso no. Una discusión de lo más activa, sí señor. Hablo con un joven pálido con gafas de montura de concha, sentado a mi izquierda, sobre Jamaica, donde ninguno de los dos ha estado. De ahí pasamos, aunque no sé cómo, a la caza del ciervo, y acabamos hablando de homeopatía. (Recordatorio: Sería interesante, si el tiempo lo permitiera, seguir el hilo de los pensamientos que han llevado de un tema a otro. Una segunda idea muy perturbadora: quizá el hilo de pensamientos en cuestión no haya existido nunca.) Cuando acabamos de embarcarnos en un intercambio de opiniones sobre el cultivo de pepinos bajo campanas de cristal, lady B. se pone en pie. Las mujeres pasamos al salón, y todas exclamamos cuán reconfortante resulta ver encendido el fuego. En la habitación hace un frío que pela. (Duda: ¿Les irá bien a los bulbos?) La dama de la tapicería azul se suelta el pelo, que se está dejando crecer, dice, y se lo recoge de nuevo. Todas pasamos a hablar sobre el pelo. Me deprime comprobar que absolutamente todo el mundo, excepto yo, por lo visto, lleva el pelo largo otra vez o se lo está dejando crecer. Lady B. comenta que hoy en día no se ve un solo corte a *logarçon* en Londres, París ni Nueva York. Qué tontería.

Descubro, en el transcurso de la velada, que Tapicería Azul no tiene nada que ver con la literatura, sino que es inspectora de sanidad pública, y que el escritor de *Sinfonía en tres sexos* era el joven pálido de las gafas. Lady B. me pregunta si he conseguido que hablara del tema de la perversión, pues siempre resulta divertidísimo. Contesto con una evasiva.

Los hombres hacen su entrada, y entonces pasamos todos a la sala del billar (justo cuando se empezaba a estar calentito en el salón), donde lady B. inaugura un desagradable juego de habilidad con bolas de billar para el que hace falta tener muy buena puntería, algo de lo que la mayoría carecemos. A Robert se le da muy bien. Me deja encantada, y tengo la sensación de que si de destacar se trata, la puntería resulta más adecuada incluso que haber escrito *Sinfonía en tres sexos*.

De camino a casa felicito a Robert, pero no me contesta.

26 de noviembre. Robert comenta en el desayuno que ya estamos mayorcitos para salidas nocturnas hasta altas horas.

Frippy y Coleman lamentan no poder permitir el descubierto por más tiempo y ruegan el envío de un cheque a vuelta de correo o, sintiéndolo muchísimo, se verán obligados a tomar las medidas oportunas. He escrito al banco para transferir seis libras, trece chelines y diez peniques de la cuenta de ahorro a la corriente. (Con eso dejo tres libras, siete chelines y dos peniques para mantener abierta la cuenta de ahorro.) Decido aplazar el pago de la nota de la lechería hasta el mes que viene y abonar algo a cuenta

en la tintorería en lugar de todo lo que se debe. Eso me permite enviarles a F. y C. un cheque con fecha 1 de diciembre, que es cuando dispondré del dinero del mes. Esta inestabilidad financiera es desquiciante.

28 noviembre. F. y C. acusan recibo y me aseguran que atenderán mis futuros deseos, pero es evidente que no son conscientes, ni mucho menos, de la magnitud del esfuerzo que me ha supuesto ponerme al día con ellos.

1 de diciembre. Telegrama de la querida Rose para comunicarme que su barco atracará en Tilbury el día 10. Contesto por la misma vía que será bienvenida y que iré a recibirla a Tilbury encantada. Le cuento a Vicky que su madrina, mi más querida amiga, vuelve a casa después de pasar tres años en América. «Oh, ¿me traerá un regalo?», pregunta Vicky. Me desagrada esa actitud materialista suya, y me quejo a Mademoiselle, quien comenta: «*Si la Sainte Vierge revenait sur la terre, madame, ce serait notre petite Vicky*». No estoy de acuerdo en absoluto. Es más, según de qué humor esté, Mademoiselle es la primera en referirse a Vicky como «*ce petit démon enragé*».

(Duda: ¿Son las razas latinas siempre tan sinceras como una desearía?)

3 de diciembre. Radiotelegrama de la querida Rose: al final atracará en Plymouth el día 8. Contesto para reiterar mi bienvenida y hacerle saber que la iré a recibir a Plymouth.

Robert se pone bastante antipático y dice que supone una pérdida de tiempo y dinero. No sé si se refiere a los telegramas o al viaje hasta el barco, pero estoy segura de que más vale no preguntárselo. El 7 saldré para Plymouth. (Recordatorio: Pagarle la cuenta al tendero antes de irme y decirle que las galletas de jengibre de la última vez estaban blandas. Averiguar primero si Ethel dejó la lata bien cerrada.)

8 de diciembre. Plymouth. Llegué anoche, con una tormenta terrible, y resulta que el barco lleva retraso. Muy angustiada cuando pienso en Rose, que estará sufriendo unos mareos tremendos. El viento aúlla y zarandea el hotel, y la lluvia azota toda la noche el cristal de la ventana. La habitación no me gusta y tengo la desagradable impresión de que alguien ha cometido un asesinato en ella. Detrás de una puerta misteriosa en el rincón podría ocultarse un cadáver. Me acuerdo de todas las historias de ese estilo que he leído y no logro conciliar el sueño. Por fin abro la puerta misteriosa y me encuentro con un gran armario, pero no hay ningún cadáver. Me vuelvo a la cama.

Por la mañana la tormenta está en su peor momento, y todavía me angustio más cuando pienso en Rose, a quien sin duda bajarán del barco en brazos víctima de un colapso.

Voy a las oficinas de la naviera, donde me dicen que esté en el muelle a las diez en punto. Como tengo alguna experiencia en estos menesteres, me llevo el abrigo de pieles, un taburete y un ejemplar de *Una tragedia americana*, el libro más largo que consigo encontrar, y acampo en el puerto. Para de llover. Otras personas se vuelven para mirar con envidia mi taburete plegable. Una dama muy anciana vestida de negro se tambalea de aquí para allá hasta que me siento culpable y le ofrezco el taburete. «Gracias, gracias —contesta—, pero tengo el Daimler ahí fuera y puedo sentarme en él cuando me apetezca.» Vuelvo a *Una tragedia americana* con cierto desánimo.

Una tragedia americana me resulta un poco agobiante, pero continúo leyendo por espacio de unas dos horas hasta que un policía me informa de que una gabarra está a punto de zarpar al encuentro del barco, por si quiero subir a bordo. Traslado mi persona, el taburete y *Una tragedia americana* a la gabarra. Leo durante cuarenta minutos. (Recordatorio: Preguntarle a Rose si la vida en América es realmente así.)

Sigue una media hora muy, muy desagradable. El taburete presenta cierta tendencia a deslizarse por todas partes, y me veo obligada a abandonar por el momento *Una tragedia americana*.

Unos hombres con aspecto de navegantes caminan de aquí para allá y me miran. Uno de ellos me pregunta si soy buena marinera. Pues no, no lo soy. Al cabo de poco aparece el barco como surgido de repente en medio de las olas, y se lanzan cuerdas

en todas direcciones. Justo cuando reparo en Rose, unas olas colosales apartan la gabarra del costado del barco.

Me consuela pensar que Rose, evidentemente, no va a requerir que la lleven en brazos a la orilla, pero al poco tiempo empiezo a tener la sensación de que se ha vuelto la tortilla, como suele decirse.

Más olas, más cuerdas y una actividad general tremenda.

Vuelvo al taburete, pero ya no me quedan fuerzas para enfrentarme a *Una tragedia americana*. Un hombre con chubasquero me dice «Está usted en medio, señorita».

Traslado mi persona, el taburete y *Una tragedia americana* a otro rincón. Un hombre con botas de marinero me dice que si me quedo ahí es posible que acaben dándome un buen vapuleo.

Nuevamente de mi persona, el taburete y *Una tragedia americana*. Supone cierto consuelo que me hayan llamado «señorita».

Vislumbro a Rose desde ángulos extraños por culpa de los cabeceos de la gabarra. Por fin se materializa una pasarela, y mi persona, el taburete y *Una tragedia americana* conseguimos subir a bordo. Comprendo demasiado tarde que el taburete y *Una tragedia americana* bien podrían haberse quedado donde estaban.

La querida Rose aprecia sobremanera el esfuerzo que me ha supuesto acudir a recibirla, pero se declara una auténtica loba de mar y afirma que ha dormido toda la noche pese a la tormenta. Hago todo lo posible por no sentirme injustamente dolida.

9 de diciembre. Rose va a quedarse dos días antes de salir para Londres. Dice que las casas americanas están siempre calentitas, lo cual provoca la irritación de Robert. Su réplica es que las casas americanas siempre pecan de horriblemente sobrecalentadas y absolutamente asfixiantes. Se hace imposible no pensar que la afirmación de Robert tendría más peso si hubiese estado alguna vez en América. Rose insiste también en la eficacia del servicio telefónico americano y muestra cierta tendencia a pedir vasos de agua fría en el desayuno, algo que Robert desaprueba.

Por lo demás, la querida Rose sigue siendo la de siempre y se ofrece a acogerme en su piso en el West-End cuando me apetezca ir a Londres. Acepto muy agradecida.

(*Nota bene:* ¡Qué distinta de mi vieja amiga del colegio Cissie Crabbe con su habitación de alquiler y su hornillo en Norwich! Pero no quisiera pensar que soy una esnob, en absoluto.)

Siguiendo el consejo de Rose, subo los cuencos de los bulbos del sótano y los pongo en el salón. Varios son ya perfectamente visibles, pero no tienen un aspecto del todo saludable. Rose opina que se han regado demasiado. En ese caso, toda la culpa la tiene Cissie Crabbe. (Recordatorio: Si aparece lady Boxe, llevarme los cuencos al piso de arriba o decirle a Ethel que la haga pasar al gabinete. No me siento capaz de volver a tratar con ella el tema de los bulbos.)

10 de diciembre. Por la mañana, Robert se queja de lo escaso del desayuno. No me parece que tenga motivos para ello cuando hay gachas, huevos revueltos, tostadas, mermelada, pan moreno y café, pero admito que las gachas se han quemado un poco. ¡Resulta imposible tropezarse con unas gachas quemadas sin que te asalte el vívido recuerdo de Jane Eyre en el internado de Lowood!, comento en un paréntesis. La alusión literaria no tiene éxito. Robert sugiere que mande llamar a la cocinera y me cuesta lo indecible convencerlo de que semejante proceder resultaría desastroso.

Por fin voy yo misma a la cocina, como suele ser el caso, y doy grandes rodeos hasta centrarme, con la mayor cautela, en el tema de las gachas quemadas. Como esperaba, la cocinera reacciona con expresiones de asombro e incredulidad, e insiste en que la cocina económica vuelve a hacer de las suyas. Dice asimismo que hacen falta, y cuanto antes, un cazo para el baño maría nuevo, una fuente de horno para el pescado y tazas de té para el cuarto de los niños. Pregunto por el juego de té para los chicos que compramos hace poco, y por toda respuesta me enseña un asa sin taza, un platillo

en tres pedazos y otra taza a la que parecen haberle arrancado de un mordisco un gran semicírculo. Me da la sensación de que Mademoiselle se ofenderá si continúo indagando en el asunto. (Nota: La extrema sensibilidad de los franceses hace que a veces resulte muy difícil tratar con ellos.)

Leo la biografía y las cartas de una distinguida dama fallecida hace poco y, como me ocurre tantas veces, me impresiona la diferencia entre su correspondencia y la de mujeres menos distinguidas. En páginas alternas hay cartas tremendas y afectuosas de celebridades, notas epigramáticas de conocidos suyos, literatos y políticos, y poéticas muestras de afecto y admiración de su marido y hasta de sus hijos pequeños. Intento imaginar a Robert escribiendo con un tono similar en el caso (improbable) de que yo llegara a ser famosa, pero no lo consigo. Asimismo es poco probable que mi querida Vicky pusiera sus sentimientos (si los tuviera) por escrito.

Llega carta de Robin en el correo de la tarde y, como de costumbre, me encanta recibirla, pero me da la impresión de que sus escuetas noticias sobre un chico llamado Baggs —a quien no conozco—, que ha recibido unos azotes, y sobre la baja del señor Gompshaw, profesor invitado, por dolor de garganta no acaban de ser equiparables a las largas y vívidas epístolas que la protagonista de la biografía recibía casi a diario siempre que se ausentaba de casa.

El resto del correo consiste en una factura de la farmacia (Recordatorio: Preguntar a Mademoiselle por qué dos tubos de pasta dentífrica Gibbs en menos de diez días), una tarjeta llena de faltas del afinador de pianos en la que anuncia su visita para mañana y una circular sobre la campaña antialcohólica.

Las desigualdades que nos depara el destino resultan muy curiosas. En ese sentido, me gustaría creer en la reencarnación. Paso un rato imaginando una completa renovación de las cosas con mejoras como, entre otras, la inversión absoluta de las posiciones relativas que ocupamos lady B. y yo.

(Duda: ¿Supone una pérdida de tiempo pensar en cuestiones abstractas?)

11 de diciembre. Robert, que sigue dando la lata con el tema del desayuno de ayer, pregunta de pronto por qué no hay jamón, a lo que replico con severidad que ya lo he encargado, pero que no lo tendremos hasta que su hermano William y su esposa vengan de visita por Navidad. ¿Cómo? ¿Que William y Angela van a venir en Navidad?, exclama Robert con todos los indicios posibles del espanto. Una actitud absurda, puesto que los invitamos hace meses por sugerencia del propio Robert.

(He de plantearme aquí una duda inevitable: ¿No peca acaso todo el género humano de un optimismo erróneo que lleva al falso convencimiento de que los compromisos sociales, si quedan lo suficientemente lejos en el tiempo, nunca se materializarán?)

Vicky y Mademoiselle vuelven de un paseo con un gatito blanco y pardo que, según ellas, estaba abandonado y muerto de hambre. Vicky va en busca de leche, excitadísima. Accedo a que el gatito se quede «esta noche», aunque me suena poco convincente.

(Recordatorio: Decirle mañana a Vicky, por si no se acuerda, que a papá no le gustan los gatos.) Mademoiselle se pone muy francesa con el tema de los gatos en general y me veo obligada a pararle los pies. Parece *blessée*, y los tres se retiran a la habitación de estudio.

12 de diciembre. Robert dice que ni hablar de quedarse el gatito abandonado. Con el gato que ya vive en la cocina hay más que suficiente. Modifica gradualmente su actitud ante las súplicas de Vicky. Ahora todo depende de si el animalito es macho o hembra. Vicky y Mademoiselle afirman saberlo, han bautizado al gatito con el nombre de *Napoleón*. Me siento incapaz de entablar una discusión sobre ese punto en francés. El jardinero contradice a Vicky y Mademoiselle. Rebautizan de inmediato al animalito, al que se ha visto jugando con una vieja pelota de tenis, con el nombre de *Helen Wills*.

Un misterioso problema con el suministro de agua obra el efecto, quizá afortunado, de

desviar la atención de Robert. Dice que a la bomba le ha llegado su hora. (A mí la cosa me suena bastante apocalíptica, no sé por qué.)

Le insinúa a Mademoiselle que no anime a *H. Will* a hacer apariciones imprudentes en el piso de abajo.

13 de diciembre. La bomba resucita. *Helen Will* sigue con nosotros.

16 de diciembre. Tiempo muy tormentoso, con inundaciones y árboles caídos en ángulos inconvenientes. Viene a visitarme lady Boxe, quien dice que parte hacia el sur de Francia la semana próxima porque le hace falta el sol. Me pregunta por qué no voy yo también y me compara con un espárrago reseco, lo que me parece una figura retórica totalmente inapropiada y bastante ofensiva, aunque quizá sin mala intención.

¿Por qué no me limito a subir al tren, cruzar Francia y disfrutar del cielo azul, el mar azul y el sol del verano? Podría darle una respuesta perfectamente lógica, pero no lo hago, pues es evidente que la cuestión del dinero no ha cruzado en ningún momento el horizonte de lady B. (Recordatorio: Quizá el de la incompatibilidad de la imaginación con la riqueza heredada sería un tema interesante que debatir en el Instituto de la Mujer. Pensándolo bien, sin embargo, me temo que la cosa tiene cierto cariz socialista.) Contesto a lady B. con manifestaciones poco sinceras sobre lo mucho que me gusta Inglaterra incluso en invierno. Me ruega que no me convierta en una persona de miras estrechas y provincianas.

Partida de lady B., que me insiste en que reconsidere el sur de Francia. Muy civilizada, finjo cierta vacilación, que no nos engaña a ninguna de las dos, y prometo llamarla por teléfono si acabo cambiando de opinión.

(Duda: ¿No es acaso la persistencia indiscreta de los demás una causa frecuente de nuestro alejamiento moral de la verdad?)

17 de diciembre, Londres. Me dispongo a pasar dos días en casa de la querida Rose para hacer las compras navideñas, tras una prolongada discusión con Robert, quien mantiene que podría haberse hecho todo por correo.

Cojo el primer tren para disponer de una tarde de más. Voy cargada con la vieja maleta de piel de Robert, la mía de tela, una gran cantidad de crisantemos para Rose envueltos en papel de estraza, un paquetito con sándwiches, el bolso, el abrigo de pieles por si hace frío, un libro para el viaje y una revista que Mademoiselle me ha regalado amablemente en la estación. (Duda que se plantea por sí sola: ¿No podría haber prescindido de algunas de estas cosas? Y de ser así, ¿de cuáles?)

Deposito mis pertenencias en el portaequipajes, y abro la revista con una sensación de ociosa opulencia provocada por la insólita ausencia de cualquier clase de tarea doméstica.

En la primera parada entra en el vagón una dama desconocida y toma asiento frente a mí. Equipaje con aspecto caro en cantidades moderadas y un joyerito de tafilete rojo, así como un ejemplar nuevecito, sin etiqueta de la biblioteca, de *Vida de sir Edward Marshall-Hall*. Me acuerdo de lady B. y experimento un recrudescimiento de mi complejo de inferioridad.

Los asientos restantes los ocupan un anciano caballero con polainas, una mujer anodina con un chaquetón a cuadros y un joven que recuerda muchísimo a un dibujo de Arthur Watts. Este último lee un ejemplar de *Punch*, y me paso un buen rato preguntándome si contendrá un dibujo de Arthur Watts, si advertirá el parecido y, de ser así, cómo se sentirá, si dolido o satisfecho.

Me veo arrancada de tan poco provechosas pero amables consideraciones por el caballero anciano, quien, presa de la agitación, jura por su alma que le está cayendo agua de algún sitio. Todo el mundo mira al techo, y la mujer del chaquetón a cuadros hace una vaga referencia a unas «tuberías» sin especificar que según ella suelen «hacer eso». Algún otro hace la descabellada sugerencia de apagar la calefacción. El caballero anciano rechaza cualquier clase de explicación y declara que «cae del

portaequipajes». Todos miramos con espanto los crisantemos de Rose, de los que caen gotas a intervalos regulares. Abrumada por la vergüenza, aparto los crisantemos, le pido disculpas al anciano caballero y vuelvo a sentarme frente a la altanera desconocida, que ha permanecido pegada a su *Sir E. Marshall-Hall* durante todo el episodio y me recuerda más que nunca a lady B.

(Recordatorio: Hablar con Mademoiselle sobre su importuna intromisión al meter las flores en agua, sin que nadie se lo pidiera, antes de envolverlas.)

Me sumerjo en la revista. Me informan de que lord Toto Finch (en el recuadro) es responsable del reportaje fotográfico (adjunto) sobre Las Piernas más Bonitas de Los Ángeles, pertenecientes a una muchacha famosa en la sociedad inglesa, pariente cercana (por cierto) de un famoso lord aficionado a las carreras de caballos, padre de dos célebres gemelas de la aristocracia (retratadas al dorso). (Duda: ¿Se está yendo al garete nuestra prensa popular?)

Centro la atención en un relato breve, pero lo abandono justo cuando empezaba a interesarme porque me dicen que continúa en la página XLVIIIb, y no consigo encontrarla. Me enfresco entonces en las sugerencias para regalos de Navidad. Según me asegura la articulista, mis regalos tienen que ser personales pero apropiados, bonitos pero duraderos. Así pues, por qué no decidirme por un juego de tocador esmaltado por noventa y cuatro libras con dieciséis chelines y cuatro peniques. O por una cristalería, réplica exacta del cristal tallado del gótico inglés, por el módico precio de treinta y cuatro libras, diecisiete chelines y nueve peniques.

Por qué no, desde luego.

Me emociona encontrarme más adelante, sin embargo, con una referencia explícita al comprador con medios limitados, pero incluso en este punto me veo obligada a discrepar de lo que la articulista entiende por medios limitados. Dejemos que la originalidad, dice, añada personalidad a una baratija. ¿No les encantaría a muchas de mis amigas la idea de un tratamiento completo a mi cuenta (seis sesiones por cinco guineas) en el Salón de Belleza de Madame Dolly Varden en Piccadilly?

No consigo imaginarme haciéndole un obsequio así a la mujer de nuestro párroco, y aún menos a ella recibéndolo, y decido decantarme por un calendario de una libra con seis peniques con una imagen de la puesta de sol en el monte Scaw Fell, como de costumbre.

(Por otra parte, sí me concedo una breve fantasía en la que sugiero a lady B. que acepte un regalo de Navidad de lo más elegante y apropiado, consistente en unas sesiones de ejercicios adelgazantes acompañadas de masajes faciales calmantes y antiarrugas.)

La llegada al destino pone punto final a tan imaginativo ejercicio.

Me veo obligada a coger un taxi en la estación, debido sobre todo a los crisantemos (que no combinarían bien con dos maletas y un abrigo de pieles en las escaleras mecánicas, que de todas formas ni me gustan ni me ofrecen confianza y en las que tengo tendencia a sufrir llamativos contratiempos por bajarme con el pie derecho por delante), pero también a la distinguida ubicación del piso de Rose, a varios kilómetros de cualquier estación de metro.

La querida Rose, que aprecia sobremanera los crisantemos, me recibe con los brazos abiertos. Me abstengo de mencionar el desafortunado incidente con el caballero anciano en el tren.

19 de diciembre. Las compras navideñas me resultan agotadoras. Me quedo petrificada en la tienda del Ejército y la Marina al descubrir que he perdido la lista de regalos de Navidad, pero por fin doy con ella en la sección de libros para niños. Ya que estoy, elijo un libro para mi querido Robin y deseo por enésima vez que Vicky no se hubiera mostrado tan rotunda con lo de que quiere un invernadero de juguete y nada más. No parece asequible. (Recordatorio: Aprovechar la oportunidad que se me presenta de

buscar la historia del huevo del ave Roc para contársela a Vicky.)

«Prueba en Selfridges», me dice Rose. Protesto, pues esos almacenes los fundó un yanqui, pero acabo yendo allí, donde encuentro un invernadero de juguete admirable —aunque caro—, y en un gesto poco patriótico lo compro de inmediato. Decido no contárselo a Robert.

Elijo regalos apropiados para Rose, Mademoiselle, William y Angela (que se alojarán con nosotros y cuyos regalos deben superar, por tanto, el listón de un simple calendario), y chucherías para los demás. Me cuesta muchísimo decidir entre un diario casi invisible de tan pequeño y una tarjeta verdaderamente bonita para Cissie Crabbe, pero por fin me decanto por el diario, puesto que cabrá en un sobre corriente.

20 de diciembre. Rose me lleva a ver la obra de St. John Ervine, y me divierte muchísimo. En los palcos, oigo a una dama preguntarle a otra: «¿Por qué no escribes tú una obra, querida?». «Bueno —contesta su amiga—, es que cuesta tanto encontrar tiempo para hacerlo, entre una cosa y otra...» Me dejan pasmada. (Duda: ¿Podría escribir yo una? ¿Podríamos todas escribir obras de teatro si dispusiéramos del tiempo necesario? Pienso en que St. J. E. vive en el mismo condado que yo, pero me da la sensación de que eso no constituye una excusa sensata para escribirle preguntándole dónde encuentra tiempo para escribir obras de teatro.)

22 de diciembre. Vuelvo a casa. Un bulbo ha florecido parcialmente, pero no me deja muy satisfecha.

23 de diciembre. Me encuentro con Robin en el cruce. Ha perdido el billete, el paquete de sándwiches y el pañuelo, pero aparece con una gran caja de embalaje de madera en la que se ha introducido una pequeña balda. Comprendo que se trata del fruto de la clase de carpintería —una cara asignatura «extra» en el colegio— y que es un regalo de Navidad. Sin duda aparecerá en la cuenta a su debido tiempo.

Robin dice que es imprescindible conseguir un disco de gramófono titulado «Is Izzy Azzy Wozz?» (*Nota bene:* Suele asaltarme la inquietante ocurrencia de que mis queridos hijos carecen por completo de cualquier clase de sentimiento artístico, ya sea en arte, literatura o música. Semejante convicción se ve intensificada cuando «Is Izzy Azzy Wozz?» ya ha sonado catorce veces en el gramófono una vez he logrado hacerme con el disco.)

Me emociona mucho el entusiasmo con que se saludan Robin y Vicky. Mademoiselle exclama «*Ah, c'est gentil!*» y saca un pañuelo, lo que me parece un poco exagerado, sobre todo porque media hora después me viene con la queja de que R. y V. se han encaramado a las vigas y están haciendo llover yeso del techo del cuarto de los niños. Los regaña desde abajo. Se ponen a cantar «Is Izzy Azzy Wozz?» Quedo desolada, pues el incidente no hace sino confirmar mi doloroso convencimiento de que ninguno de los dos tiene el menor oído para la música ni lo tendrá nunca.

Llegada de William y Angela, a las tres y media. Me gustaría adelantar el té, pero como intuyo que el servicio va a molestarse me ofrezco a enseñarles sus habitaciones, que ya conocen perfectamente. Intercambiamos noticias sobre parientes. Aparecen Robin y Vicky, todavía cantando «Is Izzy Azzy Wozz?». Angela comenta que han crecido. Advierto por su expresión que le parecen odiosos y muy malcriados. Me habla de los niños de la última casa en la que ha estado. Por lo visto, todos eran dechados de limpieza, inteligencia y encanto. A. añade asimismo, sin que haga ninguna falta, que eran muy musicales y tocaban el piano de maravilla.

(Recordatorio: La forma más adecuada de atender a un huésped es darle de comer. Me encantaría condensar el intervalo entre el té y la cena o introducir un refrigerio suplementario entre ambos.)

En la cena volvemos a hablar sobre parientes y nos preguntamos unos a otros qué ha sido del pobre Frederick y qué tal va el matrimonio de Mollie, y si la abuela tiene intención de volver este verano a la costa este. Me fastidia mucho que Robert y William

se queden sentados en el comedor casi hasta las diez, porque supone que el servicio se retire tarde.

24 de diciembre. Llevo a toda la familia a una fiesta infantil en la vecina rectoría. Robin, en presencia del párroco, suelta tres «Maldita sea», expresión que nunca había utilizado ni ha vuelto a utilizar pero que, por lo visto, reservaba para tan poco idónea ocasión. Por lo demás, la fiesta es un éxito rotundo, con la salvedad de que vuelvo a encontrarme con la recién llegada a la La Heredad, a quien todavía no he ido a visitar. Se trata de una tal señora Somers, y dicen que cría abejas. Me encuentro sentada a su lado durante el té, pero no se me ocurre nada que decir sobre abejas, aparte de si de verdad le gustan, que suena a chiste malo, de modo que no lo digo y hablo en cambio sobre colegios privados. (Encuentro interesante que, por lo visto, no existen dos progenitores que hayan oído hablar del colegio al que asistió en su día el otro. (Duda: ¿Será señal de un número indebido de establecimientos de este tipo en nuestro país?) Después de cenar preparamos los regalos para los calcetines de los niños. Por desgracia, William pisa un mueblecito de cristal para la casa de muñecas de Vicky, pero tiene el espléndido gesto de ofrecerme un chelín como compensación, que yo rechazo. Nos lleva mucho tiempo discutir la cuestión. A las once de la noche los niños continúan despiertos. Angela propone una partida de bridge y pregunta quién era esa tal señora Somers que hemos conocido en la casa del párroco y que parecía tan interesada en las abejas. (Es evidente que a A. se le dan mejor que a mí los intercambios sociales, pero no lo comento en voz alta.)

Día de Navidad. Celebración muy alegre pero agotadora. Robin y Vicky encantados con todo, y se pasan la mayor parte del día comiendo. Vicky regala a la tía Angela un cuadro de cañamazo en el que ha bordado un burro azul con punto de cruz. No sé si disculparme por ello o no, pero por fin decido que más vale no decir nada y le insinúo a Mademoiselle que quizá habría sido preferible otro motivo.

Es posible que los chicos estén demasiado en *évidence*, pues Angela, hacia la hora del té, empieza a contarme que los Maitland tenían un cuarto de jugar precioso y se pasaban el día entero en él, salvo cuando salían a dar largos paseos con la institutriz y los perros.

William pregunta si la tal señora Somers pertenece a ese grupo de Dorsetshire que tanto sabe sobre abejas.

Tomo nota de visitar sin falta a la señora S. a principios de la próxima semana. Leeré algo sobre abejas antes de ir.

Por la noche tomamos pavo y pudín de pasas fríos, para que el servicio descansa un poco. Angela observa los bulbos y quiere saber qué me llevó a pensar que habrían florecido en Navidad. No contesto, me limito a sugerir que nos vayamos todos a la cama temprano.

27 de diciembre. William y Angela se marchan. A las once, Angela me deja un poco conmovida cuando me pregunta si estoy al corriente de que se llevó el primer premio en el certamen de la semana pasada de la revista *Time and Tide* bajo el seudónimo de *Intelligensia*. Como es natural yo no tenía ni idea, pero la felicito sin mencionar que yo también participé en ese concurso, sin éxito.

(Duda: ¿Son siempre sensatos los organizadores de certámenes en cuestiones de mérito literario? Es posible que el exceso de trabajo les nuble un poco el juicio.)

Otra fiesta infantil esta tarde, demasiado multitudinaria y elaborada. Las madres rondan por ahí con sombreros negros y hablan de jardines, de libros y de cómo cuesta que el servicio doméstico se quede en el campo. Sirven el té en el vestíbulo sin gran ceremonia mientras se llevan a los niños a otra habitación. Vicky y Robin se portan bien, y los felicito de camino a casa, pero Mademoiselle me informa más tarde de que ha encontrado una extensa colección de galletas de chocolate en el bolsillo del vestido de fiesta de Vicky.

(Recordatorio: ¿Será aconsejable señalarle a Vicky que su acción supone una falta de inteligencia, así como de modales, higiene y simple honradez?)

1 de enero de 1930. Celebramos nosotros una fiesta infantil. Episodio muy, muy agotador, complicado por un tiempo tormentoso que disuade a la mitad de los invitados y que nos hace abrigar grandes temores con respecto a la llegada del mago.

Decido que los niños tomen el té en el comedor y los adultos en la biblioteca, y despejar el salón para los juegos y el mago. Las piezas más ligeras del mobiliario se suben a mi dormitorio, donde no paro de tropezarme con ellas. Los cuencos de los bulbos, que no hacen más que estorbar, se trasladan a las repisas de las ventanas del pasillo, ante lo que Mademoiselle comenta: «*Tiens! Ça fait un drôle d'effet, ces malheureux petits brins de verdure!*» Semejante descripción no me gusta ni una pizca.

Los niños de la vecina rectoría llegan demasiado pronto, y los hacemos pasar a un salón completamente desierto. La entrada de Vicky, con un vestido verde de fiesta nuevo y con cuatro globos, salva la situación.

(Duda: ¿Por qué se les dará tan mal la puntualidad a las familias clericales y llegan siempre demasiado pronto o demasiado tarde a cualquier reunión?)

Me asombran las distintas formas de comportarse de las madres, unas tan serviciales a la hora de organizar juegos y hacer sugerencias, y otras limitándose a sentarse por ahí.

(Nota bene: Para ser franca, debería decir «a estar de pie por ahí», pues no tardamos en quedarnos sin sillas suficientes.) Decido no acompañar a Robin y Vicky a las fiestas, de ser posible. Los niños sin padres son infinitamente preferibles desde el punto de vista de la anfitriona. Me cuesta bastante poner en marcha un «corro de la patata» mientras aparento prestar una atención inteligente a los comentarios de una madre sobre la exposición de pintura italiana en Burlington House. Termino por decir que los cuadros me parecen maravillosos, aunque en realidad no los he visto. Me doy cuenta de que debería corregir al instante semejante tergiversación, pero no lo hago y acabo metida, de forma totalmente involuntaria, en una verdadera maraña de mentiras. Me gustaría averiguar hasta qué punto debo culparme moralmente por este estado de cosas, pero no tengo tiempo.

El té va muy bien. Mademoiselle preside en el comedor, yo en la biblioteca. Robert y otro padre solitario y bastante mayor (más bien parece un abuelo) se quedan de pie en el umbral y hablan sobre caza mayor y las últimas elecciones generales, con intervalos en los que tienden la taza.

El mago llega tarde, pero cosecha un gran éxito entre los niños. Acaba sacando regalos de un recipiente lleno de serrín, que se derrama en la alfombra, en la ropa de los niños y en la casa en general en mayor cantidad de la que podía haber cabido en un principio en el recipiente. Me parece curioso, pero he presenciado anteriormente un fenómeno similar.

Los invitados se marchan entre las siete y las siete y media, y Robin deja salir a *Helen Will*sy el perro, a los que habíamos encerrado por los petardos, que no les gustan.

Robert y yo pasamos la velada ayudando al servicio a restablecer el orden y tratando de acordarnos de dónde hemos puesto, por seguridad, los ceniceros, el reloj, los adornos y el tintero.

3 de enero. La jauría se reúne en el pueblo. Robert accede a llevar a Vicky en el poni. Robin, Mademoiselle y yo vamos andando hasta la oficina de correos para ver la salida, y Robin habla sobre *Oliver Twist*, sin hacer la menor alusión a la cacería en todo el camino y mirando a caballos, sabuesos y cazadores con la misma indiferencia. Me admira lo poco sugestionable que es, pero me da la sensación de que detrás de todo eso quizá se esconda algún profundo significado freudiano. Y también tengo la sensación de que Robert lo verá de forma muy distinta.

Nos encontramos a montones de vecinos cazadores, que le dicen a Robin «¿Tú no montas?», con lo que no hacen gala de mucha inteligencia que digamos, y que a mí me

preguntan si hemos perdido muchos árboles últimamente, pero no esperan a que les responda, como si en realidad de lo que quisieran hablar fuera del número de árboles que han perdido ellos.

Mademoiselle exclama al ver a los sabuesos «*Ah, ces bons chiens!*», y también admira a los caballos, «*Quelles bêtes superbes*», pero se mantiene prudentemente alejada de todos ellos, y yo sigo su ejemplo.

Vicky se ve estupenda montada en el poni, y me dirigen cumplidos sobre ella, que acepto con apatía y cierta incredulidad para demostrar que soy una madre moderna que no se rebaja a alardear como una tonta de sus hijos.

La cacería emprende la marcha, y Mademoiselle exclama: «*Voilà bien le sport anglais!*». Robin pregunta si podemos irnos ya y devora chocolate con leche. Volvemos a casa y me dedico a escribir una lista para el tendero, una nota para el carnicero, dos cartas sobre el Instituto de la Mujer, otra sobre las Exploradoras, una nota al dentista para pedirle hora la semana que viene, y un recordatorio en la agenda de visitar sin falta a la señora Somers en La Heredad.

Descubro presa del espanto y la incredulidad que estas ocupaciones me han llevado toda la mañana.

Robert y Vicky vuelven tarde, Vicky con una capa de barro de la cabeza a los pies pero ilesa. Mademoiselle se la lleva sin hacer más comentarios sobre *le sport anglais*.

4 de enero. Un día precioso, nada frío, que me hace pensar que, con un poco de suerte, la señora Somers habrá salido, y me acerco por tanto a La Heredad. Pero no, resulta que sí está. La encuentro en el salón, ataviada con un vestido de terciopelo estampado que, pienso al instante, me quedaría precioso a mí. No hay rastro de abejas por ninguna parte, y me dispongo a preguntar por ellas con tono de entendida cuando la señora Somers anuncia de pronto que está con ella su madre, quien conoce a mi vieja amiga del colegio Cissie Crabbe, que dice de mí que soy muy «divertida». La madre hace su entrada. Peinado de ondas muy elegante (no consigo imaginar dónde se lo han hecho, a menos que acabe de llegar de Londres) y el aire de quien sabe cómo vestir en el campo. Me la presentan —el apellido suena muy parecido a *Echarpe*, pero no me parece posible— y dice que conoce a la señorita Crabbe, de Norwich, mi vieja amiga del colegio, y que le ha contado lo divertidísima que soy. Me quedo completamente paralizada y no se me ocurre nada que decir, salvo que últimamente ha habido muchas tormentas. Me voy en cuanto puedo.

5 de enero. Rose, tan amable como siempre, se ofrece a llevarme como invitada a una cena especial del famoso Club Literario si voy a pasar la noche a Londres. Preside el acto la celebridad que dirige la revista literaria, y el invitado de honor es un autor de éxito espectacular que ha escrito una obra de teatro muy famosa. Según Rose, se espera que estén presentes importantes novelistas, poetas y artistas de todo el mundo. Paso gran parte de la velada hablando sobre el tema con Robert. Le expongo: (a) que no supone mayores gastos que el billete de ida y vuelta a Londres en tercera clase; (b) que dentro de diez o doce años Vicky debutará en sociedad y es por tanto esencial que me mantenga en contacto con la gente; (c) que se trata de una oportunidad que no volverá a presentarse; (d) que no le estoy pidiendo que venga conmigo. Robert no contesta nada a (a) o (b) y solo «confío en que no» a (c), pero parece ligeramente conmovido por (d). Por fin añade que supone que debo hacer lo que me apetezca y que es muy probable que me encuentre con viejos amigos de mis tiempos bohemios, cuando vivía con Rose en Hampstead.

Me enternece con eso, y me pregunto durante unos instantes si será posible que Robert esté un poco celoso; la fugaz idea se disipa de inmediato cuando empieza a quejarse de que esta mañana no había agua caliente.

7 de enero. Rose me lleva a la cena del Club Literario. Me pongo el vestido azul. Me llama la atención el atrevimiento de una serie de hombres jóvenes que llevan camisa

de franela sin corbata y el pelo muy repeinado hacia arriba. Van acompañados en su mayor parte por jóvenes pelirrojas con vestidos *decrêpe* estampado y collares de cuentas. Me presentan a la celebridad de la revista literaria, que resulta ser mujer y encantadora. Me gustaría preguntarle, de una vez por todas, por qué los premios de su certamen literario suelen ser *ex aequo*, pero me da la sensación de que sería impropio y avergonzaría a Rose.

En la cena me sientan junto a un famoso autor *debest sellers*, que tiene la amabilidad de explicarme cómo evadir impuestos astronómicos. No me cuesta mucho ocultarle que en este momento no estoy en posición de requerir semejante información. Frente a mí se sienta un artista muy distinguido que se va volviendo cada vez más sociable en el transcurso de la velada. Eso me anima a recordarle que ya nos conocemos; y así es, de los viejos tiempos de Hampstead. Declara con entusiasmo que se acuerda perfectamente de mí, aunque ambos sabemos que no es verdad, y añade sin pensarlo dos veces que ha seguido mi obra desde entonces. Me parece mejor pasar por alto semejante comentario. Más tarde resulta que el distinguido artista ha venido sin dinero, y quienes están en su inmediata cercanía se ven en la necesidad de prestarle la cantidad que exige el *maître*.

Agradezco sobremanera que Robert no esté conmigo, porque, para acabar de arreglarlo, tengo la certeza de que el distinguido artista no va a acordarse de nada por la mañana y no podrá por tanto reembolsarme los tres chelines con seis peniques.

Rose tiene el espléndido gesto de pagar mi cena además de la suya.

(Lo cual me sugiere un recordatorio: La cocina inglesa, nunca muy tentadora, se vuelve decididamente repugnante en cualquier ocasión pública, como un banquete. Me inquietan seriamente las probables reacciones de los visitantes extranjeros al pescado de esta noche, por no hablar de otros productos.)

Rose me presenta a un joven caballero (me dice a toda prisa y en murmullos que es coautor de una obra en un solo acto que una compañía de repertorio en Yugoslavia ha representado en tres ocasiones). Me entero al cabo de poco de que conoce a lady Boxe, y se apresura a añadir que le parece una mujer venenosa. A partir de entonces nos llevamos muy bien. (Duda: ¿No es el odio compartido uno de los vínculos más fuertes en la naturaleza humana? Mi respuesta, desgraciadamente, es afirmativa.)

Se me acerca una novelista muy, muy distinguida (que claramente me ha confundido con otra persona) y charla conmigo afablemente. Dice que solo es capaz de escribir entre las doce de la noche y las cuatro de la madrugada, y ni siquiera todos los días. Cuando no puede escribir, toca el órgano. Me gustaría mucho saber si está casada, pero no tengo oportunidad de preguntarle eso ni nada más. Me habla de sus ventas. Me habla de su último libro. Me habla del nuevo. Dice que hay mucha gente aquí presente con la que tiene que hablar a toda costa, y emprende la persecución de un conocido poeta, quien, sin embargo, no deja que le dé alcance. No me extraña.

Se pronuncian discursos. Como me pasa tantas veces, me quedo pasmada ante la elocuencia y la profundidad ajena, y pienso que lamentaría tener que pronunciar yo un discurso, pese a que muchas veces me quedo despierta por las noches componiendo peroratas verdaderamente admirables para los sirvientes, lady B., Mademoiselle y otros, discursos que, sin embargo, nunca llego a pronunciar.

Después de cenar me mezclo entre los asistentes y me encuentro con un conocido cuyo nombre he olvidado, pero que tiene relación con la literatura. Le pregunto si ha publicado algo últimamente. Dice que él no escribe obras para publicarlas y nunca lo hará. Se me pasa por la cabeza que sería muy conveniente que muchos otros adoptaran semejante actitud. Con todo, no lo digo y hablamos de Rebecca West, de los progresos de la aviación y de los defensores y detractores de la caza del ciervo.

Rose, que ha estado hablando sobre la práctica de la psiquiatría en Estados Unidos con un periodista danés, me pregunta si nos vamos ya. El Distinguido Artista que se

sentaba frente a mí en la cena se ofrece a llevarnos a casa, pero sus amigos intervienen. Es más, el conocido cuyo nombre he olvidado me asegura en un aparte que el D. A. no está en condiciones de llevar a nadie a casa y es él quien va a precisar escolta. Rose y yo partimos hacia el metro más cercano, una vía más sensata, si bien menos augusta.

Charlamos hasta la una de la mañana sobre nuestros congéneres, haciendo especial referencia a los que hemos visto y oído esta noche. Rose dice que yo tendría que venir a Londres más a menudo y sugiere que me hace falta ampliar mis horizontes.

9 de enero. En casa desde ayer. Robin y Mademoiselle no se dirigen la palabra a causa de un embrollado asunto en torno a un cristal roto. Vicky me sorprende contándome en privado que ha aprendido una nueva palabrota, pero que no pretende utilizarla. Al menos por el momento, añade para mi inquietud.

La cocinera me dice que espera que haya disfrutado de mis vacaciones y que en el campo se está muy tranquilo. Salgo de la cocina antes de que le dé tiempo a decir más, pero sé muy bien que la cosa no va a acabar ahí.

Escribo una carta de agradecimiento a Rose, y aprovecho para explicarle las dificultades que tengo, en estos momentos, para ampliar mis horizontes lejos de casa.

14 de enero. Tengo ocasión de observar, y no por primera vez, cuán poco agraciada puede volverla a una un resfriado, afecta al cabello, el cutis y las facciones en general, aparte de la nariz y el labio superior. La cocinera me asegura que los resfriados siempre acaban contagiándose a todos los miembros de la casa y que ella misma lleva semanas con la garganta irritada, aunque no es de las que se quejan. (Duda: ¿Pretende con eso dar a entender que yo misma debería dar muestras de una fortaleza similar?) Mademoiselle dice que confía en que los niños no pillen mi resfriado, pero que ambos estaban estornudando esta mañana. Se me acaban los pañuelos.

16 de enero. Se nos acaban los pañuelos a todos.

17 de enero. Mademoiselle sugiere que utilicemos muselina. En casa no hay. Digo que voy a salir a comprarla. «No —contesta Mademoiselle—, con el aire frío pillaré una pulmonía.» Tengo la sensación de que debo luchar contra esta actitud tan poco británica, pero me faltan fuerzas, en especial cuando añade que irá ella: «*Madame, j'y cours*». Se pone unos guantes negros de cabritilla, unas botas de cordones puntiagudas y de tacón alto, un sombrero con una plumita, una chaqueta negra y varios fulares de seda, y emprende el camino, dejándome a Robin y a Vicky, ambos en la cama, para que los entretenga yo. Veinte minutos después de su marcha, me acuerdo de que hoy las tiendas cierran más temprano.

Subo al cuarto de los niños y me ofrezco a leerles los *Cuentos de Shakespeare* de Lamb. Vicky dice que prefiere las viñetas de *Pip*, *Squeak*, y *Wilfred*. Robin dice que a él le gustaría oír *Los viajes de Gulliver*. Por fin me avengo a leerles unos cuentos de Grimm, aunque me inquieta un poco que no estén muy en consonancia con los mejores ideales modernos. Ambos niños dan muestras de un enorme interés por la historia de una persona tremendamente indeseable que consigue fortuna, fama y una princesa preciosa recurriendo a la mentira, a la violencia y a la traición. Tengo la certeza de que tendrá un efecto desastroso en los dos en años venideros.

Antes de que vuelva Mademoiselle viene de visita la esposa del párroco. Bajo a verla estornudando y le sugiero que no se quede. Dice que más vale que no, que solo me robará un minuto. Me cuenta una larga historia sobre el orzuelo que tiene el párroco en un ojo. Contraataco con la de la garganta irritada de la cocinera. De ahí pasamos a las corrientes, el sistema de calefacción en la iglesia y las noticias de lady Boxe desde el sur de Francia. La mujer del párroco acaba de recibir una postal suya (que extrae del bolso), con una crucecita para indicar la ventana de su habitación del hotel. «Interesante, ¿verdad?», comenta, a lo que respondo que sí, lo es, mucho, aunque no sea verdad ni por asomo. (*Nota bene:* En la vida cotidiana, decir la verdad resulta

extraordinariamente difícil. ¿Es solo mía esta idiosincrasia tan deplorable o hay otros que también la padecen? Tengo el momentáneo impulso de plantearle la cuestión a la mujer de nuestro párroco, pero decido que más vale no hacerlo.)

¿Qué tal los niños, y cómo está mi marido?, pregunta. Contesto lo que toca y pasa a recomendarme canela, inhalador nasal, gárgaras con glicerina de timol, té de grosella negra, caldo de cebolla, bálsamo de los frailes, cataplasmas de aceite de linaza y parches térmicos. Estornudo y le digo que gracias, muchísimas gracias, un montón de veces. Se va, pero en la puerta gira sobre los talones para recomendarme lana en contacto con la piel, duchas nasales y leche caliente justo antes de acostarse. Le doy las gracias otra vez.

Cuando vuelvo al cuarto de los niños, me encuentro con que Robin ha desenroscado el tapón de la bolsa de agua caliente de la cama de Vicky, que al parecer contenía cientos de litros de agua tibia que ahora empapa las almohadas, los pijamas, las sábanas, las mantas y los colchones de ambos. Toco el timbre para llamar a Ethel, que me ayuda a reorganizar la situación y comenta: «Esto parece un hospital, ¿verdad?, con bandejas arriba y abajo el día entero y todo este trabajo extra».

20 de enero. Llevo a Robin, ya completamente restablecido, de vuelta al colegio. Le pregunto al director qué opina de los progresos de mi hijo. El director contesta que el nuevo pabellón quedará acabado antes de Pascua y que el número de alumnos aumenta con tanta rapidez que probablemente añadirá una nueva ala el trimestre que viene y que quizá habré visto una carta suya en el *Times* en respuesta a un tal doctor Cyril Norwood. Tomo nota mentalmente de que los directores de colegio son una raza aparte, y de que si los padres lo tuviéramos en cuenta se ahorraría muchísimo tiempo. Robin y yo nos despedimos con espantosas muestras de alegría, y lloro durante todo el trayecto de vuelta a la estación.

22 de enero. Robert me da un sobresalto en el desayuno cuando pregunta cómo anda mi resfriado, que ha ignorado hasta el momento. Contesto que ya se me ha pasado. Quiere saber por qué tengo entonces el aspecto que tengo. Me contengo y no pregunto a qué aspecto se refiere, pues lo sé de sobra. Siento que la vida es absolutamente insoportable, y tomo la alocada decisión de hacerme con un sombrero nuevo.

La dolorosa situación entre el banco y yo, ya habitual, hace necesario el recurso, también habitual, de empeñar el anillo de brillantes de la tía abuela, lo que en efecto hago en las condiciones de siempre. El prestamista de Plymouth me recibe como a una vieja amiga y me pregunta con tono burlón: «¿Y a qué nombre lo ponemos esta vez?». Visito cuatro tiendas de trapitos y me pruebo varias docenas de sombreros. Con cada uno de ellos me veo peor, pues cada vez tengo más pelos de loca y la tez más pálida y atribulada. Decido concederme un lavado y marcado antes de continuar, con la esperanza de mejorar la situación.

La ayudante de la peluquera me dice que es una pena que mi cabello esté perdiendo todo su color, y pregunta si he pensado alguna vez en retocármelo. Tras una larga discusión, hago que me den un retoque, y salgo de allí con una cabeza de color caoba. La ayudante de la peluquera dice que se me irá «al cabo de unos días». Estoy enfadadísima, pero no me sirve de nada. Vuelvo a casa con el sombrero viejo para que asome la menor cantidad posible de cabello, y me lo dejo puesto hasta la hora de vestirme para la cena, cuando ya no podré ocultar mi vergüenza.

23 de enero. Mary Kellway me comunica en un telegrama que pasará esta mañana por aquí con el coche, ¿podrá quedarse a comer? Telegrafío que sí, que encantada, y corro a la cocina. La cocinera no se muestra muy servicial y sugiere rosbif frío y remolacha. Sí, digo, excelente, pero ¿no sería incluso mejor pollo asado con salsa de pan, quizá? La cocinera saca el horno a colación. Por fin acordamos servir chuletas con puré de patatas, pues hoy, por suerte, es el día que viene el carnicero.

Siempre estoy encantada de ver a la querida Mary, tan lista y divertida, y capaz de

escribir historias que le publican y le pagan y todo, pero no me siento nada a gusto con el color de mi pelo, que no se me ha ido ni mucho menos. Considero seriamente dejarme puesto el sombrero toda la comida, pero, en conjunto, sería todavía menos natural. Además, no podría contar con que Vicky no se fijara, y Robert ya no digamos.

Más tarde. Mis peores temores con lo del pelo se han hecho realidad. La querida Mary, siempre tan perspicaz, lo observa en enervante silencio, pero no dice nada hasta que me arranca una explicación desganada. Su único comentario es que no logra imaginar por qué va alguien a aparentar deliberadamente diez años más de lo necesario. Me da la impresión de que, si deseara impedir más experimentos por mi parte, difícilmente podría hacer una observación mejor que esa. Cambio de tema y hablo de los niños. Mary se muestra de lo más cordial, y hasta llega a decir que mis hijos tienen mucho cerebro, lo que me anima a contar anécdotas sobre ellos hasta que, justo cuando llegaba al gusto precoz de Robin por la literatura buena de verdad, reparo en Robert mirándome. Por una curiosa coincidencia, en el correo de la tarde llega una carta de Robin en la que dice que le gustaría coleccionar las tarjetas que vienen en las cajetillas de cigarrillos, y que si le puedo mandar todas las de bellezas de todo el mundo, aves de pico curioso y futbolistas que consiga encontrar. No comento en voz alta tan singular petición.

Mary se queda a tomar el té y hablamos de H. G. Wells, de los Institutos de la Mujer, de enfermedades contagiosas y de *Journey's End*. Mary dice que esta no puede ir a verla porque siempre llora en el teatro. Entonces ya no viene de una vez más, comento. La discusión se vuelve enrevesada y lo dejamos estar. Entra Vicky y se ofrece de inmediato a recitarnos algo. Advierto que Mary (que es madre de tres hijos) no tiene ningunas ganas de oírla, pero finge un educado entusiasmo. Vicky recita «Maître Corbeau sur un arbre perché». (*Nota bene:* Sugerirle a Mademoiselle que amplíe el repertorio de Vicky. Estoy segura de haber oído «Maître Corbeau», alternándose con «La Cigale et la Fourmi», unas ochocientas veces en los últimos seis meses.)

Cuando Mary ya se ha ido, Robert me mira y comenta de pronto: «Esa sí que me parece una mujer atractiva». Me produce gran satisfacción que aprecie los talentos de mi amiga, pero me gustaría que me aclarara un poco el significado exacto de «Esa sí». Sin embargo, Robert no da más explicaciones, y la oportunidad se pierde cuando entra Ethel para decir que la cocinera lamenta haberse quedado sin leche, pero que si hago el favor de bajar a la despensa le parece que queda una lata de Ideal, y que se apañará con eso.

25 de enero. Asisto a una reunión del comité en el pueblo para hablar de cómo reunir fondos para el casino vecinal. Me piden que presida la reunión. Empiezo diciendo que sé muy bien que todas nos tomamos muy a pecho tan excelente cometido, y que estoy segura de que no faltarán sugerencias en cuanto al mejor método de recaudar la suma de dinero necesaria. Pausa para permitir las sugerencias en cuestión, que se topa con un silencio sepulcral. Digo que hay muchos métodos donde elegir dando a entender con ello que atribuyo el silencio a la plétora de ideas y no a la ausencia de las mismas. (*Nota:* Resulta curioso y un poco deprimente que el afán de buenas obras conduzca con frecuencia a una duplicidad aparentemente inevitable.) El silencio prosigue, y digo «Bueno» dos veces y «Vamos, vamos» una vez. (Por suerte consigo contener el súbito impulso de exclamar «Este pollito dice pío pío».) Por fin arranco la sugerencia de un concierto a la señora L. (cuyo hijo toca el violín) y de una competición *dewhista* la señorita P. (que ganó el primer premio de damas en la última). Florrie P. propone un baile, y le recuerdan de inmediato que estaremos en Cuaresma. Dice que la Cuaresma ya no es lo que era. Su madre dice que el párroco es de los que aprueban la Cuaresma y siempre lo ha sido. Otra interviene para decir que, ahora que se acuerda, ¿se ha enterado alguien de que anoche falleció el anciano señor Small? Todas coincidimos en que ochenta y seis años es una edad muy provecta. La señora L. comenta que en su

familia, por parte de madre, hay una tía de noventa y ocho. Y sigue con nosotros, añade. En cambio, la vida del tío, su marido, quedó segada justo antes de cumplir los sesenta. Desde luego, decimos todas, nunca se sabe cuándo va a llegarte la hora. Hacemos una adecuada pausa antes de volver al tema de la Cuaresma y el párroco. La opinión general es que un concierto no es lo mismo que un baile, y, como dice la señora L., no supondrá una interferencia.

Acordado lo anterior, proseguimos. Llegamos a un consenso general sobre una serie de números familiares: un solo de piano, una recitación, un dúo y un solo de violín del maestro L. Alguien dice que la señora F. y la señorita H. podrían representar un diálogo, y hay que recordarle que ya no se dirigen la palabra por culpa de la extraña conducta de la señorita H. con respecto a sus gallinitas de Bantam. Ah, pero en el fondo no fue solo por las gallinitas, dice la señora S., y añade que toda cuestión tiene dos caras. (Para cuando acabamos con ella, esta tiene al menos veinte.)

Repentina aparición de la mujer del párroco, que se disculpa y dice que se ha confundido de hora. Le ruego que presida ella. No quiere. Insisto. Dice «No, no, desde luego que no» y ocupa la presidencia.

Empezamos otra vez desde el principio, pero la actitud general con respecto a la Cuaresma es mucho menos elástica.

La reunión concluye alrededor de las cinco. La mujer del párroco me acompaña caminando a mi casa y me dice que se me ve cansada. La invito a pasar y a tomar el té. No, no, muy amable por mi parte, pero tiene que ir a la otra punta de la parroquia. Se queda plantada en la puerta hablándome del viejo Small, ochenta y seis años, una edad proveya, hasta las seis menos cuarto, momento en que emprende la marcha diciendo que no consigue entender por qué se me ve tan cansada.

11 de febrero. Robin me escribe otra vez para pedirme las tarjetas de las cajetillas de tabaco. Le mando las que he reunido y Vicky añade dos que ha conseguido gracias al jardinero. Descubro que la misión empieza a gustarme. Cuando voy a Plymouth u otra ciudad, ahora tiendo a examinar alcantarillas, aceras y suelos de tranvías en busca de aves de picos curiosos, futbolistas y cosas por el estilo. Hasta he llegado a implorarle a un perfecto extraño, sentado frente a mí en el tren, que no arrojara una tarjeta por la ventanilla y me la diera a mí. El perfecto extraño atendió mi ruego con aire de asombro cortés, y puesto que no pidió explicación, me vi forzada a dejarlo con la impresión de que solo trataba de obligarlo a entablar conversación conmigo.

(Nota: ¿No podría escribir un breve artículo, adecuado para *Time and Tide*, sobre una premisa como «Extremos a los que puede llegar legítimamente el amor de una madre»? Pensándolo bien, abandono la idea, pues me trae ciertas reminiscencias de una cuestión *démodée* que planteó en su día aquella canción de The Two Gilberts: «¿Son buenas madres las gambas?»)

Me entero de que lady Boxe ha regresado del sur de Francia y va a celebrar una fiesta en su casa. Mediante mensaje telefónico a través del mayordomo, me pide que vaya mañana a la hora del té. Acepto. (¿Por qué?)

12 de febrero. Comportamiento inaguantable por parte de lady B. Me encuentro con un grupo numeroso a cuyos miembros se les indica en la puerta principal que se dirijan a los frontones, donde, sin el cobijo apropiado y con una temperatura glacial, deberán observar cómo unos jovencitos con pantalones blancos entran en calor arrojando una pelotita contra una pared. Lady B. va ataviada con un abrigo de cuero verde esmeralda con cuello y puños de pieles. Yo, que he venido andando, llevo un abrigo y una falda corrientes, y me congelo con tremenda rapidez. A mi lado, una dama a la que no conozco habla con tono melancólico sobre el trópico. No me extraña, desde luego. Al otro lado tengo a un caballero anciano que comenta como quien no quiere la cosa que este desarme naval es un disparate. Tras semejante contribución al pensamiento contemporáneo, no dice nada más. Ya son más de las cinco cuando se nos permite

entrar a tomar el té, y para entonces soy muy consciente de que tengo la cara azul y las manos moradas. Durante el té, lady B. me pregunta cómo están los niños y añade, dirigiéndose a toda la mesa, que soy «la madre perfecta». Después de eso, como es natural, todos los comensales evitan hablar conmigo. Al cabo de poco, lady B. nos cuenta cosas sobre el sur de Francia. Cita en francés comentarios ingeniosos que hizo allí y luego los traduce.

(Me planteo aquí una duda inevitable: ¿Afectaría de manera desfavorable a las futuras carreras de mis hijos que a su madre la declararan culpable de homicidio justificado?) Hablo sobre viajes al extranjero con una dama de negro, desconocida pero encantadora. Nos caemos mutuamente de maravilla (o eso imagino yo, muy confiada) y me ruega que vaya a visitarla si paso alguna vez por donde vive. Le digo que así lo haré, aunque soy bien consciente de que me faltará el valor llegado el momento. La agradable sensación de mutua simpatía se hace añicos de forma súbita y dolorosa ante mi admisión —en respuesta a una pregunta directa— de que no me entusiasma la jardinería, que sí es su caso y hasta un extremo que, aparentemente, raya en la monomanía. Sigue mostrándose muy simpática, pero deja de estar encantada conmigo, y me sumo en el desánimo. (*Nota bene*: Tengo que intentar acordarme de que el éxito social muy rara vez es el destino de quienes viven habitualmente en provincias. Sin duda tienen asignado otro propósito en el vasto panorama de la Creación, pero todavía no he descubierto cuál.)

Lady B. quiere saber si he visto la nueva obra del Royalty. Le digo que no. Me pregunta si he visto la exposición de arte italiano. Pues no. Se interesa por mi opinión sobre *Her Privates We*—que aún no he leído— y le ofrezco al instante una pormenorizada y enérgica explicación de las reacciones que el libro me provocó. Luego tengo la sensación de que más vale que me marche antes de cometer mayores excesos.

Lady B. pregunta si debe llamarme el coche. Me contengo y no contesto que ya puede llamar, pero que no va a conseguir que mi coche venga hasta la puerta por sí solo, y digo en cambio que he venido andando. Lady B. exclama que eso es imposible y que soy una absoluta maravilla de mujer. Me marcho antes de que pueda añadir que soy la perfecta mujer de campo, pues me temo que es lo que vendrá después.

Llego a casa —todavía helada hasta los huesos a causa del arresto forzoso en el frontón— y le digo a Robert qué pienso de lady B. No contesta, pero tengo la sensación de que está de acuerdo.

Mademoiselle dice: «*Tiens! Madame a mauvaise mine. On dirait un cadavre...*».

Creo que lo dice con buena intención, pero no me gusta nada la imagen que evocan sus palabras.

Le doy las buenas noches a Vicky, que en la cama parece un angelito, y le pregunto en qué está pensando ahí tendida. Su enérgica respuesta me desconcierta: «Oh, en canguros y esas cosas».

(Nota: A veces se hace muy, muy difícil seguir el funcionamiento de la mente infantil. Las madres no son infalibles ni mucho menos.)

14 de febrero. He ganado el primer premio en el certamen de *Time and Tide*, pero vuelve a ser *ex aequo*. Estoy enfadadísima. Escribo una carta excelente a la editora, con un nombre falso, para protestar por tan injusta costumbre. Cuando ya la he enviado, me siento presa de una tremenda inquietud por temor de que sea ilegal utilizar un nombre falso. Le echo un vistazo al *Almanaque de Whitaker*, pero solo aparecen timbres fiscales y casos de encubrimiento de nacimientos ilegítimos, de manera que lo deajo, asqueada.

Le escribo a Angela —con mi nombre auténtico— para preguntarle amablemente si participó en el certamen literario. Espero que sí lo hiciera y que tenga la decencia de decírmelo.

16 de febrero. Ethel me informa, cuando me despierta, de que *Helen Willsha* dado a luz

seis gatitos, de los que sobreviven cinco.

No se me ocurre cómo voy a darle semejante noticia a Robert. Me digo, y no por primera vez, que la Naturaleza obra de una forma bien singular.

Angela me contesta por carta que no participó en el certamen por lo pueril del tema, pero dice haber resuelto la cuestión de Mérope en el crucigrama en quince minutos.

(*Nota bene*: Esta última afirmación tiene que ser errónea, sin duda.)

21 de febrero. Me llevo los cuencos, con lo que queda de los bulbos, al invernadero. Le digo a Robert que espero hacerlo mejor el año que viene. Me contesta: «Otro año, mejor no malgastes mi dinero». Su respuesta me deprime, porque encima sigue haciendo un tiempo glacial y no me he recuperado ni mucho menos de los efectos de la supuesta hospitalidad de lady B.

Vicky y Mademoiselle pasan mucho tiempo en el armario de las botas, donde se ha instalado *Helen Wills* con sus cinco gatitos. Robert aún no está al corriente de lo ocurrido, pero no puedo confiar en que ese estado de ignorancia se prolongue. Con todo, debo esperar al momento adecuado para decírselo, y es muy poco probable que ese momento llegue hoy, puesto que esta mañana el agua de la bañera volvía a estar fría.

Lady B. viene de visita por la tarde, y no para comprobar si estoy en cama con pulmonía, como cabría esperar, sino para saber si echaré una mano en un bazar a primeros de mayo. Cuando pregunto, descubro que es para contribuir a la financiación del partido. ¿Qué partido?, quiero saber. (Conozco muy bien las tendencias políticas de lady B., pero me molesta que se dé por sentado que yo tengo las mismas, pues no es así.)

Lady B. dice estar sorprendida. Al poco añade «Mira a los rusos» e incluso «Mira al Papa». Me encuentro diciéndole que mire el desempleo que hay, pero todo eso no nos lleva a ningún sitio. Me siento aliviada cuando llega el té, y aún más cuando lady B. dice que en realidad no puede quedarse, porque tiene que hacer una visita a varios inquilinos. Pregunto por Robert, y pienso seriamente en contestar que ha salido a que todos los vasallos de la finca le presten juramento de lealtad, pero la idea me parece indecorosa.

Acompaño a lady B. hasta la puerta. Me dice que la cómoda de roble quedaría mejor al otro lado del vestíbulo y que es una equivocación poner caoba y nogal en la misma habitación. Concluye diciendo que me escribirá sobre lo del bazar. Me desahogo agitando una banderita roja de Vicky que encuentro en el perchero y exclamando «*À la lanterne!*» cuando el chófer arranca. Por desgracia, Ethel elige ese momento preciso para cruzar el vestíbulo. No dice nada, pero se la ve perpleja.

22 de febrero. Reina el desaliento, porque anoche a última hora *Helen Wills*, dando muestras de una idiotez increíble, decidió presentarle a Robert su progenie, uno por uno, cuando él hacía su ronda final de la casa.

Mando a Mademoiselle y Vicky al pueblo a hacer un recado mientras en el jardín de atrás tiene lugar la matanza de los inocentes en un cubo de agua. Al pequeñín rojizo se le permite sobrevivir. Me paso un buen rato pensando en una historia verosímil para explicarle a Vicky la desaparición de los demás. Mademoiselle, cuando le informo en privado de lo ocurrido, me dice que deje a Vicky en sus manos —a lo que accedo encantada— y añade que «*les hommes manquent de coeur*». Tengo la impresión de que eso va a conducirnos a una historia que he oído antes, y que no quiero volver a oír, sobre un *mariage échoué* concertado por los padres de Mademoiselle y que acabó en ruptura de las negociaciones por culpa de la mercenaria disposición de *le futur*. Me apresuro a interrumpirla preguntando si las botas de Vicky son impermeables o no.

(Duda: ¿Menoscaba la incesante presión de los problemas domésticos nuestra capacidad para mostrar compasión hacia la humanidad? Me temo que sí, pero en estos momentos me siento incapaz de tratar de reformarme en ese sentido.)

Recibo una carta larga, y en parte ilegible, de Cissie Crabbe, con una pregunta extraordinaria en el dorso del sobre: «¿Conoces a alguna directora de hotel buena de verdad?». Lucho contra la poderosa inclinación a contestarle en una postal: «No, pero puedo recomendarte a un dentista de absoluta confianza». La querida Cissie, según recuerdo de los tiempos del colegio, tiene muy poco sentido del humor.

24 de febrero. Robert y yo asistimos a un almuerzo con nuestro diputado y su esposa. Me siento junto a un anciano caballero que conversa sobre la caza del ciervo y me dice que no reviste crueldad alguna. De hecho, al ciervo le gusta, y es un deporte honesto, saludable y de lo más inglés. Digo que sí, pues cualquier otra cosa supondría malgastar saliva, y cambio de tema para hablar de los daños causados por las últimas tormentas, los recién llegados al pueblo y el campo de golf en Budleigh Salterton. Me encuentro con que, en un abrir y cerrar de ojos, ya hemos vuelto a la caza del ciervo, y ahí seguimos durante el resto de la comida.

Oigo a la vecina de Robert, sentada frente a mí con un traje sastre escarlata con chaleco, hablarle sobre sus sabañones. La actitud de Robert es civilizada, pero no parece excesivamente preocupado. (¿Creerá Sastre Escarlata que mi marido es una de esas personas incapaces de expresar todo lo que sienten?) Ella se explaya entonces sobre la apendicitis pasada, su ciática actual y su amenaza de colitis en un futuro cercano. Robert permanece impasible.

Las damas nos retiramos al salón y nos disponemos en torno a un fuego insuficiente. Se sirve el café. Llevo a cabo mi acostumbrado truco de prestidigitación y transfiero un buen pedazo de caramelo del platillo al bolso, para Vicky. (Duda: ¿Cómo es que gente que vive en el mismo vecindario que yo obtiene sin dificultad pequeños lujos que soy totalmente incapaz de procurarme? La respuesta, si se lleva la cosa hasta su lógica conclusión, parece apuntar a que mi forma de llevar la casa no es la adecuada.)

Los varones hacen su entrada. Oigo a mi vecino en la comida empezar otra vez con el tema de la caza del ciervo, en esta ocasión dirigiéndose a la anfitriona, conocida partidaria de la Asociación Protectora de Animales.

Nuestro diputado habla conmigo sobre fútbol. Le digo que tengo buena opinión de los franceses y que Béhotéguy juega bien. (*Nota bene:* Este dato suelto siempre resulta útil, pero debería tratar de averiguar el nombre de algún jugador inglés, para variar.)

Cuando nos estamos despidiendo con nuestros elegantes discursos habituales, se me abre desgraciadamente la hebilla del bolso y el pedazo de caramelo cae con violencia y estrépito increíbles al parqué, donde todos los presentes con excepción de mí misma pasan a perseguirlo con oficioso afán.

Un momento difícil, muy difícil...

Robert se lo toma bien, en general, y en el camino de regreso se limita a preguntarme si me parece que van a volver a invitarnos alguna vez a esa casa.

28 de febrero. Advierto, muy contenta, la aparición de una gran mata de azafranes de primavera junto a la verja de entrada. Me gustaría referirme a ellos de manera juguetona y adorable, y trato de imaginar que soy la protagonista de *Elizabeth y su jardín alemán*, pero me veo interrumpida por la cocinera, quien me anuncia que ha llegado el pescadero, pero que solo trae bacalao y abadejo, y que como el abadejo no está muy fresco por cómo huele, ¿qué me parece el bacalao?

He reparado muchas veces en que la vida es así.

1 de marzo. Los Kellway comen con nosotros antes de irnos todos juntos a la boda de Rosemary H., hija de una vecina amiga mutua. La chimenea se niega a prender, y aún estoy luchando con ella cuando llegan con su hijito de la edad de Vicky, los tres congelados. ¡Venid a calentaros!, les digo, y aceptan mi ofrecimiento, por poco sentido que tenga, con entusiasmo. Vicky entra corriendo y, como de costumbre, me llama la atención lo absolutamente liso y lacio que tiene el pelo en comparación con el de casi todos los demás niños del mundo. (El pequeño Kellway tiene ondas naturales.)

El pollo está demasiado hecho y las patatas demasiado crudas. Los merengues son un éxito, en especial entre los niños, aunque desembocan en un enérgico encontronazo *sottovoce* entre Vicky y Mademoiselle sobre la cuestión de repetir. La cosa acaba en la petición de Mademoiselle a Vicky de «*un bon mouvement*» que ella le facilita quitándole sumariamente el plato, la cuchara y el tenedor. Todos ignoran semejante espectáculo con excepción del pequeño Kellway, quien parece divertido y ataca sin acobardarse un segundo merengue.

Nos ponemos en marcha justo después de comer, momento en que Robert y el marido de Mary aparecen en un estado de elegancia reluciente nada natural y con un sombrero de copa cada uno. Cuando se calan los sombreros, el efecto de semejante esplendor queda tremendamente mitigado por los gritos de sincera diversión de ambos niños. Nos alejamos en el coche y los dejamos recostados contra Mademoiselle, muertos de risa al parecer.

(Duda: ¿No está pasando hoy en día el complejo de inferioridad, del que tanto se ha escrito y hablado, de hijos a padres?)

Mary viste de azul y lleva una admirable joya de brillantes, y está muy guapa. Yo voy de rojo, y me acuerdo con pesar del anillo de brillantes de mi tía abuela, que sigue depositado en una callejuela en Plymouth, custodiado por mi viejo amigo el prestamista. (Nota: Situación financiera tocando fondo. Decididamente, tengo que tomar medidas y enviar al comerciante de ropa de segunda mano una partida de prendas para su venta. Me impresiona el falso aire de opulencia con que luzco el abrigo de pieles, los guantes blancos y los zapatos nuevos —uno de los cuales me hace un daño tremendo— y me subo al coche. Todo un ejemplo de la ironía de la vida.)

Una boda encantadora; Rosemary H. está preciosa, y las damas de honor son de lo más pintorescas. Una tiene el cabello de un rojo intenso. Me deja completamente paralizada una devastadora pregunta del marido de Mary, quien me sisea entre dientes: «¿No era el tuyo de ese color cuando te lo teñiste?».

En la recepción hay muchísima gente. Conozco a la mayoría, aunque una dama de rosa y con gafas a quien nunca había visto me dice que no me acuerdo de ella —lo que no deja de ser cierto—, pero que ha jugado a tenis en mi casa. ¿Cómo están esos adorables gemelos que tengo?, me pregunta. Me encuentro contestando que están muy bien, antes de saber qué terreno piso. Solo confío en no volver a verla nunca más. Converso un poco con la señora Somers, recién llegada al vecindario, que se deshace en disculpas por no haberme devuelto la visita. No sé si decir que no había reparado en la omisión o que confío en que le ponga remedio lo antes posible. Ambas cosas me parecen descorteses.

Hablo con la anciana lady Dufford, quien me recuerda que nos vimos por última vez en la boda de los Jones. El matrimonio se fue al traste al cabo de menos de un año, me explica. Pregunta asimismo si he sabido lo de los Green, que se han separado, y lo de la pobrecita Winifred R., quien ha tenido que volver a casa de sus padres porque Él bebe. No me sorprende que concluya con la observación de que le parte el corazón ver a esos dos jovencitos emprender una vida juntos.

Un gran automóvil perteneciente al novio se detiene ante la puerta, y la anciana lady D. sacude la cabeza y dice: «Ah, en nuestros tiempos se habría tratado de un coche de caballos», comentario con el que no me muestro de acuerdo, pues me parece un innecesario recordatorio del paso del tiempo; además, lady D. me lleva muchísimos años.

La melancolía que ha suscitado semejante conversación se ve disipada por una copa de champán. Le pregunto a Robert, con tono sentimental, si todo esto le recuerda a nuestra boda. Parece sorprendido y contesta que no especialmente, ¿por qué debería recordársela? Como no se me ocurre una respuesta particular en ese preciso momento, lo dejamos estar.

La marcha de los novios va seguida por un éxodo general, y llevamos a los Kellway a casa a tomar el té.

Me quito los zapatos, enormemente agradecida.

3 de marzo. Vicky, tras una partida de damas chinas, me pregunta de pronto si lloraría si ella muriera. Contesto afirmativamente. Pero quiere saber si lloraría muchísimo. ¿Aullaría y daría alaridos? Rehúso comprometerme a demostraciones exageradas de esa clase, ante lo que Vicky da muestras de cierta tendencia a un asombro ofendido. Hablo con Mademoiselle para decirle que confío en que disuada a Vicky de cualquier cosa que raye en lo morboso. Mademoiselle requiere que le traduzca esa última palabra, y, tras pensar unos instantes, sugiere *dénaturé*, lo que la lleva a chillar con dramatismo y a santiguarse, y a asegurarme que si supiera lo que estoy diciendo, debería *en reculer d'effroi*.

Decidimos abandonar el tema.

La mujer del párroco pasa a recogerme a las siete y vamos a un Instituto de la Mujer cercano donde he prometido, un poco precipitadamente, dar un discurso. Por el camino, la mujer del párroco me cuenta que la secretaria del Instituto puede tener un ataque al corazón en cualquier momento y que no debe hacer esfuerzos bajo ningún concepto, y tampoco sobreexcitarse. Hasta un violento ataque de risa puede acabar con ella en un santiamén, añade con dramatismo.

Reviso a toda prisa mi discurso y elimino dos anécdotas divertidas. Después, me quedo horrorizada al enterarme de que el programa de la velada incluye un baile y juegos como el de la gallinita ciega y el de las sillas. Le pregunto a la mujer del párroco qué pasaría si a la secretaria le diera en efecto un ataque al corazón, y su misteriosa respuesta es: «Oh, siempre lleva gotas en el bolso. Lo que hay que hacer es no perder de vista el bolso». Y eso hago yo, con nerviosismo, durante toda la velada, pero por suerte no sobreviene ninguna crisis.

Pronuncio mi discurso, me dan las gracias y me preguntan si querría ser jurado de una competición de zurcido. Y eso hago, pese a abrigar cierto recelo, puesto que hay poca gente menos cualificada que yo para opinar sobre un zurcido. Vuelven a darme las gracias y me ofrecen té y un donut. Jugamos todas a las sillas y acabamos muy acaloradas. Momento álgido de la velada cuando dos robustas y ancianas participantes colisionan en el centro de la habitación y caen pesadamente al suelo. Eso sí va a traer consigo un ataque al corazón, sin duda, y me preparo para correr hacia el bolso, pero no pasa nada. Todas entonamos el himno nacional y la mujer del párroco dice que espera que los faros de su biplaza funcionen bien y me lleva a casa. Nos alivia y sorprende comprobar que todas las luces, excepto las de atrás, funcionan, si bien débilmente.

Le ruego a la mujer del párroco que pase; dice: «No, no, la verdad es que es muy tarde», y entra. Robert y Helen Willsestán dormidos en el salón. La mujer del párroco dice que tiene que irse enseguida, y hablamos de las mujeres de campo, de Stanley Baldwin, de hoteles en Madeira (donde ninguna de las dos ha estado nunca) y de otros temas que no guardan relación entre sí. Ethel nos trae leche con cacao, pero por la forma en que deja la bandeja advierto que le parece una petición poco razonable, y es bastante probable que quiera despedirse de su puesto mañana mismo.

A las once, la esposa del párroco dice que confía en que los faros del biplaza sigan funcionando y consigue llegar hasta la puerta de entrada. Allí hablamos del próximo concierto en el pueblo, de la psitacosis y del obispo de la diócesis.

El coche se niega a ponerse en marcha y Robert y yo lo empujamos por el sendero. Tras una buena serie de sacudidas y mucho rechinar de neumáticos, el motor arranca, la mano de la mujer del párroco nos saluda por el agujero en la capota y el coche desaparece carretera abajo.

Robert, nada hospitalario, dice que apaguemos las luces, cerremos bien la puerta de

entrada y subamos a la cama de inmediato, por si la mujer del párroco volviese para algo. Así lo hacemos, y solo nos retrasa *Helen Wills*, a la que Robert trata en vano de echar de casa. La gata se mete debajo del piano, luego detrás de la estantería, y por fin desaparece del todo.

4 de marzo. Ethel, como yo ya había previsto, decide despedirse. La cocinera dice estar tan afectada que mejor se despide ella también. Soy presa de la desesperación. Escribo cinco cartas a sendas oficinas de colocación.

7 de marzo. No hay esperanza.

8 de marzo. La cocinera transige y dice que se quedará mientras me convenga. Me siento inclinada a contestar que, en ese caso, más vale que se vaya preparando para una vida entera a mi lado, pero me contengo, como es natural. Paso un día agotador en Plymouth persiguiendo criadas imaginarias. Me encuentro con lady B., para quien las dificultades con el servicio doméstico sencillamente no existen. Ella no tiene ningún problema. La cuestión es saber cómo tratarlos. Con firmeza, dice, pero al mismo tiempo hay que ser humana. ¿Lo soy yo?, pregunta. ¿Comprendo que necesitan divertirse de vez en cuando, igual que yo? Pierdo la calma y contesto que no, que yo tengo la costumbre de encadenar al servicio en el sótano cuando acaban su jornada. Semejante alarde de sátira se ve un poco menoscabado por la carcajada de lady B. y su comentario sobre lo divertida que soy. Bueno, concluye, sin duda nos veremos a la hora del almuerzo en el Hotel Duke of Cornwall, el único sitio donde sirven comida decente. Contesto con toda cordialidad que sin duda nos veremos allí y me marcho a dar cuenta de mi almuerzo habitual de judías y un vaso de agua en una pequeña y recóndita cafetería. Me planteo aquí una duda inevitable e intensamente dolorosa: si me hubiese invitado lady B. a almorzar con ella en el Hotel D. de C., ¿debería haber aceptado? Estoy hasta la coronilla, y lo sé, de judías con agua, que, en cualquier caso, no bastan para sustentarla a una durante una larga jornada de compras y de caza de criada. Es más, siempre estoy dispuesta a ver mundo, en hoteles o donde sea. Por otra parte, soy consciente de que mi amor propio padecería mucho si me dejara invitar a un almuerzo de cinco chelines por lady B. En el tren de camino a casa le doy vueltas a este problema psicológico, pero no llego a ninguna conclusión definitiva.

El día ha constituido un completo fracaso en lo que a la doncella respecta, pero la expedición no ha sido en vano, pues he encontrado dos tarjetas de cajetillas de tabaco en la acera, ambas de aves de pico curioso.

9 de marzo. Sin noticias de ninguna criada disponible. Ethel, por su parte, tiene noticias de por lo menos un centenar de posibles puestos. Desfile constante ante la puerta de casa de opulentos automóviles cargados con candidatas para sus servicios. La cocinera está cada vez más intranquila. Si esto sigue así, iré a Londres, a casa de Rose, para visitar agencias de colocación.

Por la mañana, en el pueblo, me encuentro a Barbara, que estrena atuendo *detweed*; es una muchacha lista y simpática, pero tengo ganas de sugerirle que se opere de vegetaciones. Me pregunta si tendría el bondadoso gesto de acercarme a ver a su madre, que está prácticamente inválida. Le contesto afectuosamente que sí, por supuesto, y aunque en realidad no pretendo hacerlo, me acuerdo de que estamos en Cuaresma y tomo la repentina decisión de ir. Admiro el nuevo traje *detweed*. Es bonito, ¿verdad?, dice Barbara, y añade que, por extraño que parezca, lo compró por catálogo en las rebajas de John Barker, por menos de cuatro guineas, y que solo hizo falta sacarle en la cintura y entrarle un poco en los hombros. Sobre todo ahora que las faldas vuelven a llevarse largas, concluye sin que venga mucho a cuento.

Barbara asiste a la misa vespertina y yo voy a ver a su madre, a quien encuentro cubierta con un chal, sentada en una butaca y leyendo, con cierta ostentación, la voluminosa *Vida de lord Beaconsfield*. Cuando me intereso por cómo se encuentra, sacude la cabeza y me pregunta si habría sospechado alguna vez que antaño sus

amigos la llamaban *Mariposa*. (Estas cuestiones siempre son delicadas, porque tu respuesta puede parecer insensible tanto si es afirmativa como negativa. Tengo la impresión de que no serviría de mucho sugerirle que, a la vista del chal, ahora resultaría más apropiado *Crisálida*.) Sin embargo, prosigue la señora Blenkinsop con una sonrisa triste, nunca ha sido de las que solo piensan en sí mismas y sus propios problemas. Se limita a sentarse ahí, día tras día, siempre dispuesta a comprender las pequeñas alegrías y las penas de los demás, y me costaría creer con cuánta frecuencia la gente la hace partícipe de ellas. Según la gente, añade con tono de reproche, hasta una simple sonrisa suya les hace mucho bien. No entiende a qué se refieren con eso. (Y yo tampoco.)

Dicho lo cual hace una pausa y me asalta la sensación de que está esperando a que le suelte mis pequeñas alegrías y mis penas. Quizá confía en que le cuente que Robert me ha sido infiel o que me he enamorado del párroco.

Como soy incapaz de estar a la altura, decido hablarle del nuevo traje *detweedde* Barbara. La señora Blenkinsop se apresura a decir que, por su parte, nunca ha renunciado a todos esos pequeños toques femeninos que marcan la diferencia. Una cinta aquí, una flor allá. Lo cual la lleva a una historia sobre lo que un amigo le dijo una vez. Empieza así: «Es maravilloso, mi querida señora Blenkinsop, ver cuántas molestias se toma por el bien de los demás» y acaba con las palabras de la propia señora B. para explicar que ella solo es una vieja inútil pero que tiene muchísimos amigos, y que eso se debe, sin duda, a que su lema ha sido siempre: mira hacia fuera y no hacia dentro, mira hacia arriba y no hacia abajo, echa una mano.

La conversación vuelve a decaer y recurro a lord Beaconsfield. ¿Qué opinión le merece? La señora B. contesta que le parece una figura extraordinaria. La gente le ha dicho muchas veces: «Ay, qué sola debe de sentirse aquí encerrada cuando la querida Barbara está ahí fuera, disfrutando con cosas de jóvenes». Pero la respuesta de la señora B. es siempre que no. Que ella nunca se siente sola si tiene sus libros. Los libros, para ella, son amigos. Que le den a Shakespeare o Jane Austen, a Meredith o Hardy, y es capaz de perderse en su propio mundo. Duerme tan poco que la mayor parte de la noche la pasa leyendo. Pregunta si tengo idea de lo que supone oír cómo dan las horas los relojes, cada media hora, la noche entera. Pues no, no tengo ni idea, porque a partir de las nueve me veo invariablemente obligada a luchar contra una modorra abrumadora, pero como prefiero no contárselo, me dispongo a irme. A modo de despedida, la señora B. expresa su agradecimiento por el interés que he demostrado por una anciana, y comenta que, a sus sesenta y seis años, está mejor de lo que podría desear; de hecho, sus amigas dicen que está hecha un pimpollo.

Llego a casa sin haber sacado el más mínimo provecho de la visita y con una extraña tendencia a dirigirme de malos modos a todos con los que me encuentro.

10 de marzo. Sigo sin criada y le escribo a Rose para preguntar si puedo alojarme con ella una semana. Escribo asimismo a la tía Gertrude de Shropshire para saber si puedo mandarle de visita a Vicky y Mademoiselle, pues así habrá menos trabajo en la casa mientras andemos cortos de personal; pero no digo que se las mando por esa razón. Le pregunto a Robert si va a sentirse terriblemente solo. Qué va, contesta, y añade que espera que lo pase en grande en Londres. Invierto grandes dosis de elocuencia en explicarle que no voy a Londres para pasarlo en grande, pero me asalta el súbito temor de parecerme a la señora Blenkinsop y me interrumpo en seco.

Robert no dice nada.

11 de marzo. Rose me contesta por telegrama que estará encantada de acogerme. La cocinera me suelta con tono muy desagradable: «Confío de verdad en que disfrute de sus vacaciones, señora». El serio temor de que también me deje plantada me impide contestarle como me gustaría hacerlo. Le digo en cambio que espero dejar solucionada la cuestión de la doncella antes de mi regreso. La cocinera esboza una expresión

incrédula y dice que ella también lo espera, porque las cosas no andan nada bien últimamente. Finjo no haberla oído y salgo de la cocina.

Rebuscando entre mi ropa advierto que no tengo nada que ponerme en Londres. Según el *Daily Mirror*, ahora los vestidos de fiesta se llevan largos, y compruebo horrorizada que ninguno de los que tengo me llega ni a media pierna.

12 de marzo. Reúno una parte considerable de mi vestuario y me dispongo a mandarla a una dirección que, según el anuncio de las páginas de *Time and Tide*, ofrece los precios más altos por prendas de segunda mano y paga con un cheque a vuelta de correo. El sombrío presentimiento de que el valor de mi contribución equivaldrá al de seis sellos de un penique me impulsa a añadir la vieja americana de caza de Robert, un impermeable que se remonta a 1907, y el menos decente de sus suéteres de lana. Sigue el dilema de costumbre entre la vía más franca y directa de contarle a Robert lo que he hecho y la decisión, menos directa pero más práctica, de guardar silencio absoluto sobre la cuestión y dejar que lo descubra por sí mismo una vez que el paquete haya salido de casa. Le gano la batalla a mi conciencia, como de costumbre, aunque no consigo acallarla.

(Duda: ¿No denotaría mayor fortaleza de carácter, si bien menor delicadeza sentimental, pasar menos tiempo lamentando errores de juicio y de conducta? La respuesta es afirmativa, estoy casi segura. Esbozo, brillante aunque vago, de un impactante artículo para *Time and Tide*: ¿Es la crueldad más provechosa que el arrepentimiento? Si el artículo no cuajara —me falta tiempo por la marcha de la doncella y la necesidad de aprenderme el poema «Wreck of the Hesperus» para recitarlo en el concierto del pueblo—, ¿sería un tema adecuado para un debate en el Instituto de la Mujer? Me cuesta creer que la esposa del párroco no vaya a pensar que el tema entra dentro del terreno de su marido.)

Me doy de baja del club del libro debido a nuestras diferencias de opinión, cada vez mayores, sobre los méritos y deméritos de las obras de ficción recientemente publicadas. Escribo una carta larga y elocuente al respecto, pero cuando ya la he mandado me acuerdo de que todavía les debo doce chelines y seis peniques por el *Byron* de Maurois.

13 de marzo. Vicky y Mademoiselle se marchan de visita a casa de tía Gertrude. Mademoiselle se pone sentimental: «*Ah, déjà je languis pour notre retour!*». Puesto que a estas alturas llevan media hora de ausencia y les quedan tres semanas por delante, no me parece que deba fomentar ese espíritu. Las acompaño hasta el tren, donde Mademoiselle se apresura a sacar un frasco de *eau-de-Cologne* por si alguna de las dos, o ambas, se pone mala. Cuando regreso, la casa parece una tumba y el jardinero me dice que Vicky es muy pequeñita para mandarla lejos de esa manera y que, además, tampoco es que vaya a poder contarme por carta cómo le estará yendo.

Me voy a la cama sintiéndome una asesina.

14 de marzo. Llega un giro postal que deja mucho que desear, junto con una cazadora de tenis forrada de conejo, que, según dice la carta que la acompaña, me devuelven por invendible. Me gustaría saber por qué. Le doy vueltas a la idea de escribir a la editora de *Time and Tide* para preguntar si someten todos los anuncios a un examen detallado antes de insertarlos, pero decido que, de obtener respuesta, me expongo a explicaciones difíciles por mi parte y la mengua de mi prestigio como beneficiaria ocasional del primer premio (*ex aequo*) en el certamen semanal.

(Recordatorio: Comprobar si la cazadora puede teñirse y transformarse en capita de noche.)

Por desgracia estoy en casa cuando vienen de visita el señor y la señora White. Acaban de montar una granja de pollos en el vecindario; al parecer se casaron con la esperanza de hacer una fortuna con eso. Hablamos de las gallinas, de las casas, del paisaje y del servicio de trenes a Londres. Les pregunto si juegan al tenis, y sugiero

con educación que deben de ser brillantes en ese deporte. El señor White me deja perpleja cuando contesta que él no diría tanto, lo que significa que en efecto lo diría si no supusiera alardear. Pregunta por los torneos. Pasa a recordarle a la señora White los torneos en los que han salido vencedores o han perdido en el pasado. Mencionan su hándicap. Decido no pedirles nunca a los White que vengan a jugar en nuestra pista de segunda.

Luego hablamos de los políticos. El señor White dice que, en su opinión, Lloyd George es astuto, pero nada más. Eso es todo, añade con fervor. Astuto y punto. Hago referencia al gobierno de coalición y la Ley de Seguros Públicos, pero el señor White repite firmemente que ambas cosas se consiguieron mediante pura astucia. Añade que Baldwin es un hombre honesto hasta la médula y que Ramsay MacDonald es débil. La señora White apoya a su marido cuando hace la irrelevante afirmación de que el Partido Laborista debe de estar a partir un piñón con Rusia, pues si no, ¿cómo iban a atreverse los pro bolcheviques a seguir así?

La señora añade asimismo que la Ley Seca, los judíos y Toda La Pesca son en realidad el principio de males mucho peores, ¿no me lo parece? Digo que sí, pues es la manera más rápida de acabar con la conversación. Le pregunto si toca el piano y contesta que no, pero que sí toca un poco el ukelele, y hablamos de las tiendas de la zona y del reparto del periódico dominical.

(*Nota bene:* Los placeres de la conversación pueden ser a veces curiosísimos objetos de estudio, sobre todo en el campo.)

Los White se marchan. Confío en no volver a verlos nunca, a ninguno de los dos.

15 de marzo. Robert descubre la ausencia del impermeable que databa de 1907. Dice que «habría preferido perder cien libras», aunque sé que no es verdad. Velada bastante desastrosa. No consigo decidir si contarle de inmediato lo de la americana de caza y el suéter, y acabar de una vez, o dejar que lo descubra él solo dentro de un tiempo, cuando la dolorosa impresión de ahora se le haya pasado. Un rayo de luz atraviesa la impenetrable penumbra cuando Robert me pregunta si sé «una palabra de seis letras que signifique *tranquilo*» y yo, tras pensarlo un poco, sugiero *sereno*; dice que le servirá y vuelve a centrarse en el crucigrama del *Times*. Poco después me pregunta por una famosa montaña griega, pero no acepta mi precipitada propuesta del monte Atlas ni presta atención a mi interesante explicación sobre las asociaciones entre Grecia, Hércules y Atlas. Cuando llevo ya un rato con el tema, percibo que no me está escuchando y me voy a la cama.

17 de marzo. Viaje a Londres con Barbara Blenkinsop (vestida con el traje *detweed* nuevo), que va a pasar dos semanas en Streatham en casa de una vieja amiga del colegio y que está deseando ver la exposición de arte italiano. Le digo que yo también y le pregunto por la señora B. Barbara contesta que está de maravilla. Hablamos sobre las Exploradoras e intercambiamos conjeturas sobre el motivo de que la señora T. de la oficina de correos ya no le dirija la palabra a la señora L., la tendera. Después, la conversación toma un rumbo más intelectual y coincidimos en que hacen falta unas cuantas mejoras en la revista parroquial. Sugiero un crucigrama, y Barbara, una página para niños. Llegamos a la estación de Paddington justo cuando decidimos que sería imposible conseguir que alguien realmente bueno, como Shaw, Bennett o Galsworthy, colaborara con un artículo en la revista.

Invito a Barbara a tomar el té en mi club un día de la semana que viene, ella acepta y nos despedimos.

Viene a recogerme Rose con un sombrero nuevo y dice que ya nadie los lleva con ala; me deja desanimada, en parte porque esos son los únicos que tengo y en parte porque sé que uno sin ala me quedaría fatal. Le confío mis temores a Rose, quien me dice: «¿Y si vamos a un salón de belleza muy famoso y nos hacemos un tratamiento?». Me miro en el espejo, veo mucho sitio para mejoras y acepto, especificando tan solo que

guarde el secreto como una tumba, pues no toleraría los comentarios de lady B. si llegara a enterarse. Pedimos cita por teléfono. ¿Y si entretanto vamos a la exposición de arte italiano?, dice Rose. Ella ya la ha visto cuatro veces. Sí, sí, digo; es una de las cosas para las que he venido a Londres, pero preferiría ir más temprano. ¿Mañana a primera hora, entonces?, propone Rose. Respondo, con todos los indicios posibles de reticencia, que debo dedicar la mañana a las oficinas de colocación. Bueno, pues ¿cuándo vamos?, insiste Rose. Decidámoslo un poco más adelante, ruego yo, cuando sepa mejor lo que estoy haciendo. Advierto que Rose no tiene muy buena opinión de mí, pero es demasiado diplomática para seguir insistiendo. Comprendo que tendré que ir tarde o temprano a la exposición italiana, y en realidad estoy decidida a ir, pero también estoy segura de que no voy a entender nada cuando vaya y me veré en grandísimas dificultades cuando me pidan después mi opinión.

La cocinera de Rose, como de costumbre, prepara una cena maravillosa, y recuerdo con vergüenza y compasión que Robert, en casa, estará sentado ante un plato de carne picada y macarrones con queso, seguidos por nueces.

Rose dice que mañana me llevará a cenar con una distinguida escritora que tiene una maravillosa colección de jade, para que conozca a una profesora más distinguida incluso y a otras personas. Decido que iré y que mañana me compraré un vestido de fiesta, por mucho descubierto que tenga.

18 de marzo. Un día muy positivo, aunque sigo sin haber visitado la exposición de arte italiano. (Recordatorio: Ir sin falta antes de encontrarme con Barbara para el té en el club.)

Visito varias oficinas de colocación y me dicen que a las sirvientas no les gusta el campo, algo que ya sé, y que el sueldo que ofrezco es bajo. Salgo un poco deprimida y decido alegrarme comprando un vestido de noche, que no puedo permitirme, con el talle que se lleva ahora, que no me sienta bien. Me decido por Brompton Road, que probablemente contendrá lo que busco, y recorro la calle mirando detenidamente los escaparates. Casi me doy de bruces con Barbara Blenkinsop, quien considera extraordinario que nos encontremos ahí, y le digo que pasa mucho cuando una viene a Londres. Dice que justo iba de camino a la exposición italiana y me apresuro a despedirme y a zambullirme en un elegante establecimiento con prendas de aspecto caro en el escaparate.

Me pruebo cinco vestidos, pero me cuesta mucho apreciar sus virtudes porque cada vez tengo más pelos de loca y menos maquillaje en la nariz. Me preocupa además la extraordinaria e indiscreta tendencia de la vendedora a hacer hincapié en que todos los colores que me gustan resultan muy duros a la luz del día, pero lo serán menos por la noche. Me decido por fin por uno de tisú de plata con un gran lazo, especifico que me lo manden de inmediato y me dicen que es imposible. Accedo de mala gana a llevármelo en una caja de cartón y me marcho preguntándome si no habría hecho mejor en quedarme el negro de gasa.

Confío en que el experimento del salón de belleza aumente mi amor propio en estos momentos de decaimiento, aunque me anima bastante entrar en Fuller's y mandarles sendas cajas de bombones a Robin y Vicky. En el último momento añado unos caramelos de menta bañados en chocolate para Mademoiselle, pues si no podría sentirse *blesée*. Mi almuerzo consiste en sopa de rabo de buey, langosta con mayonesa y una taza de café, el menú que menos se parece al que tomaría en casa.

Sigue la visita al salón de belleza. Me da la impresión de que podría escribirse largo y tendido sobre la experiencia y hasta contemplo la posibilidad —en relación con las recientes observaciones que intercambié con Barbara B.— de animar un poco las páginas de nuestra revista parroquial con el resultado de mis reflexiones, pero, pensándolo dos veces, abandono la idea, pues es poco probable que le gustara al editor (nuestro párroco).

Me recibe una persona absolutamente aterradora con un cutis deslumbrante, el cabello azul añil y las uñas naranja, que ocupa el mostrador de la entrada, pero después me transfieren a una criaturita preciosa con el pelo caoba a lo paje y una sonrisa encantadora. Me tranquilizo. Me llevan a un discreto cubículo tras una cortina y me tienden en un diván. Las actividades subsiguientes, que duran horas y horas, parecen consistir en la eliminación de cientos de capas de suciedad de mi cara. (Como me explica discretamente la empleada encantadora, son resultado de la «acidez».) También me arranca parte de las cejas. Una operación muy, muy dolorosa. Por fin salgo, más o menos irreconocible y muy mejorada. Pierdo la cabeza y me compro base de maquillaje, colorete, polvos y pintalabios. Preveo grandes dificultades para reconciliar a Robert con el uso de dichos artículos, pero decido no pensar en eso ahora mismo.

Vuelvo a casa de Rose a tiempo de vestirme para la cena. Me cuenta que se ha pasado la tarde en la exposición italiana.

19 de marzo. Rose me lleva a cenar con un grupo de amigas de mucho talento y vinculadas al movimiento feminista. Llevo puesto el vestido nuevo y por una vez en mi vida estoy satisfecha con mi aspecto (aunque aún lamento lo del anillo de brillantes de la tía abuela, que ahora adorna el establecimiento del prestamista en una callejuela de Plymouth). Sin embargo, me veo obligada a hacer un gran esfuerzo de voluntad para no pensar en las facturas que van a llegar del salón de belleza y la tienda de moda. Y lo consigo gracias sobre todo a los encantos de las distinguidas feministas, todas amabilísimas. Una célebre profesora (antes le he hecho una consulta a Rose sobre si era deseable leer algo sobre moléculas u otro tema similar para poder conversar con ella) me deja completamente abrumada al ofrecermela, con una sonrisa encantadora, dos tarjetas de cajetillas de tabaco, pues se ha enterado de que las colecciono para Robin. A partir de ahí, echo por la borda cualquier ocurrencia sobre moléculas y, por consiguiente, soy más feliz durante el resto de la velada. También está presente la editora de la conocida revista literaria, que se acuerda de que nos conocimos en la cena del club literario y todo. Más o menos en los postres me entero de que no ha visitado la exposición italiana y le dirijo a Rose una mirada que confío en que le llegue hondo.

Los cócteles y una cena absolutamente admirable vuelven más magnífica incluso la velada. Me siento junto a la editora, quien, con actitud algo temeraria, me pide mi opinión sobre su revista. Se la doy sin tapujos, gracias al cóctel y a sus encantadores modales, que se combinan para provocarme la ilusión de que mis palabras son ingeniosas, tienen mucho peso y vale la pena escucharlas. (Pero no dejo de ser consciente de que me despertaré en plena noche, empapada en sudor frío, y veré la escena en retrospectiva con sentimientos muy distintos en cuanto a mi papel en ella.)

Rose y yo nos marchamos justo antes de medianoche y compartimos taxi con una dramaturga muy famosa. (Me encantaría que lady B. lo supiera; estoy decidida a mencionárselo como quien no quiere la cosa en cuanto tenga oportunidad.)

20 de marzo. Más oficinas de colocación, menos resultados que nunca.

Barbara Blenkinsop viene a tomar el té a mi club y comenta que Streatham es un sitio muy alegre y que sus amigas la llevaron anoche a bailar, y que un tal señor Crosbie Carruthers la llevó después a casa en su coche. Pasamos a hablar de ropa —los vestidos de noche se llevan largos, lo cual resulta elegante pero no higiénico; las mujeres no volverán a someterse a las faldas largas durante el día; casi todo el mundo se está dejando crecer el cabello—, pero Barbara retoma finalmente el tema del señor C. C. y me pregunta si permitir que un amigo te lleve a cenar al Soho es de chica fácil. No, en absoluto, contesto, y decido para mis adentros que Vicky estaría monísima de dama de honor, con un vestido de tafetán azul y una coronita de rosas de pitiminí.

Por la noche llega carta de mi querido Robin, remitida desde casa. Comenta lo divertido

que sería irse de viaje en automóvil durante las vacaciones de Pascua, como hará un amigo suyo del colegio que se llama Briggs. (Briggs es hijo único de unos millonarios, propietarios de dos Rolls-Royce y no sé cuántos chóferes.) Creo que no soportaría rechazar su inocente petición, y decido que probablemente conseguiré convencer a Robert de que me deje llevarme a los niños a la otra punta del condado en el viejo Standard. La modesta expedición podrá tildarse de viaje en automóvil si nos quedamos a pasar la noche en un hostel y volvemos al día siguiente.

Al mismo tiempo, tal como está la situación financiera, y sobre todo dada la cercanía del momento en que tendré que rescatar el anillo de brillantes de la tía abuela o perderlo para siempre, comprendo que no me queda otra que hablar con el banco sobre un crédito al descubierto.

Semejante perspectiva nunca me llena de júbilo, y no me parece, ni mucho menos, que la repetición la vuelva más placentera, sino todo lo contrario. Considerables dificultades para ir al grano, como de costumbre. El director del banco y yo hablamos durante un rato, y con finura no exenta de pasión, del tiempo, de la situación política y de probables participantes en el Grand National. Luego se hace un silencio inevitable y nos miramos a través de una planicie inmensa de papel secante rosa. Siento el impulso, que no viene al caso, de preguntar si tiene papel de repuesto en el cajón del escritorio o le traen un taco nuevo cada vez que recibe a un cliente. (El de las extrañas divagaciones del cerebro humano bajo la presión del nerviosismo extremo se me antoja un tema sobre el que especular. Me gustaría conocer la opinión al respecto de la profesora de anoche. El tema es muy preferible al de las moléculas.)

Sigue una conversación larga y bastante dolorosa. El director se muestra amable, pero si no pronuncia veinte veces la palabra «seguridad» no la pronuncia ninguna. Yo, por mi parte, doy muestras de parecida insistencia con «solo es un arreglo provisional», que a mí me suena tremendamente profesional y al mismo tiempo optimista en cuanto a la prontitud con la que devolveré el dinero. Justo cuando pienso que lo peor ha pasado, el director del banco me deja el alma hecha papilla al sugerir que echemos un vistazo al estado de mi cuenta en estos momentos. Como es natural, me veo obligada a acceder con aire distante y cortésmente divertido, pero sé muy bien en qué estado se encuentra —o más bien languidece— mi cuenta: tiene un saldo deudor de trece libras, dos chelines y diez peniques. En una gran hoja de papel que nos traen y depositan ante nuestros ojos aparece tan impresionante importe.

Retomamos las negociaciones.

Por fin salgo a la calle habiendo cumplido mi propósito pero sintiéndome completamente trastornada para el resto de la jornada. Rose, la amabilidad personificada, me ofrece Bovril y un almuerzo excelente, y coincide conmigo en que decir que el dinero no da la felicidad es un absoluto disparate, porque sabemos muy bien que sí la da.

21 de marzo. Le expreso a Rose mi temor de que voy a perder la razón si no se materializa una criada. Se muestra tan comprensiva como de costumbre, pero no consigue sugerir nada que no haya probado ya. Para animarnos un poco nos vamos de rebajas y me compro un vestidito tenis de hilo amarillo —una libra, nueve chelines y tres peniques— en virtud del crédito recién formalizado, pero inmediatamente después me asalta el convencimiento de que les estoy quitando el pan de la boca a Robin y Vicky.

Momento un poco lamentable cuando le propongo la exposición italiana a Rose, quien, tras un silencio peculiar, contesta que ya se ha acabado. No sé qué decir, y como la expresión de la querida Rose no me gusta nada, me lanzo a hablar sobre novelas recién publicadas con toda la inteligencia que soy capaz de esgrimir.

22 de marzo. Absolutamente atónita ante una lacónica postal de Robert por la que me hace saber que la oficina local de colocación puede proporcionarnos un*criado*, y que si

no haríamos bien en contratarlo, vistas las dificultades que tengo para encontrar a alguien. Le contesto mediante un telegrama que sí, y acto seguido tengo la impresión de haber cometido un error, pero Rose opina que no y se niega a permitir que salga corriendo a mandar otro telegrama; cuando reflexiono con un poco de calma, se lo agradezco y tengo la certeza de que Robert, con esa aversión que los hombres sienten por los telegramas, se lo agradecerá aún más.

Me paso la velada entera escribiéndole una carta larguísima a Robert con una lista de las obligaciones del criado. (Me resisto a la idea de que venga a despertarme por las mañanas con un té, y consulto al respecto a Rose, quien exclama con descaro: «¡Piensa en los camareros en los hoteles extranjeros!»; eso hago, y me acuerdo al instante de muchos episodios vergonzosos que preferiría olvidar.) También envío instrucciones detalladas a Robert sobre cómo anunciarle semejante innovación a la cocinera. Rose vuelve a adoptar una actitud moderna e intrépida y dice que la cocinera quedará encantada, espera y verás.

Paso gran parte de la noche dándole vueltas a la cuestión de cómo llevar bien la casa y me digo —no por primera vez ni mucho menos— que mis habilidades en ese sentido dejan mucho que desear. Justo cuando esta certeza amenaza con abrumarme, me quedo dormida.

25 de marzo. De vuelta en casa con Robert, *Helen Willsy* el nuevo criado, que, me entero ahora, se llama Fitzsimmons. Le digo a Robert que no puede ser que se llame así. ¿Por qué no?, pregunta. Solo puedo responder que, si no lo ve por sí mismo, será inútil explicárselo. En ese caso, dice Robert, sin duda podemos llamarlo por el nombre de pila. Tras la investigación de rigor, resulta que se llama Howard. Incapaz de sobrellevar la situación, mi manera de afrontarla consiste en dirigirme al criado simplemente con «oiga usted» y en referirme a él cuando hablo con Robert como «Howard Fitzsimmons», entre comillas, como si pretendiera que resulte gracioso. Una solución nada satisfactoria.

Intento contarle todo a Robert sobre mi estancia en Londres (excepto lo de la exposición de arte italiano, que no menciono), pero la lámpara de aceite sale ardiendo, y eso interfiere, y tengo que ocuparme además de la correspondencia concerniente a la reunión mensual del Instituto de la Mujer, de sustituir unos vasos rotos en el dormitorio —de los que se culpa a Ethel—, de la desaparición de una parte de arriba de pijama y dos servilletas de la colada, y de darle instrucciones a Howard Fitzs. sobre sus tareas. (Recordatorio: Sin duda tengo que hacerle saber con absoluta claridad que la fórmula aceptable, cuando se recibe una orden, no es exclamar «¡Vale!». En estos momentos no sé muy bien cómo decírselo, pero debo encontrar la forma correcta y hacérselo saber con firmeza y precisión.)

Robert se muestra muy amable con lo de Londres, pero quizá más interesado en mi encuentro con Barbara Blenkinsop —algo que, después de todo, puedo hacer cualquier día en el pueblo— que en mis opiniones sobre *Nine till Six* (la mejor obra de teatro que he visto en muchísimo tiempo) o en el considerable aumento del tráfico en estos últimos años. Le cuento poco a poco lo de mi ropa nueva. Pregunta cuándo espero ponérmela y contesto que nunca se sabe —totalmente cierto, por otra parte— y la conversación acaba ahí.

Escribo una larga carta a Angela con el expreso propósito de referirme como quien no quiere la cosa a las distinguidas amistades de Rose a las que conocí en Londres.

27 de marzo. Angela contesta a mi carta, pero apenas menciona el distinguido círculo social en que me he movido y me pide, en cambio, que le cuente todas mis impresiones sobre la exposición de arte italiano. Dice que William y ella viajaron a propósito para verla y que la visitaron tres veces. Solo puedo decir —pero no lo digo, por supuesto— que tuvo que haber arrastrado por los pelos a William hasta allí.

28 de marzo. Leo en *Time and Tide* un artículo admirable pero profundamente

descorazonador sobre las mujeres de Bernard Shaw que, con todo, podría aplicarse a la mayoría de nosotras. Caigo en la cuenta, y no por primera vez, de que como mejor pueden cumplir las mujeres inteligentes sus obligaciones para con su propio sexo es quizá mediante el devastador proceso de contarles la verdad sobre sí mismas. Al mismo tiempo, no acaba de parecerme que yo fuera a disfrutar oyéndola. Es más, el último párrafo del artículo me persigue de forma bien desagradable en lo que respecta a mi propia e indudable vulnerabilidad cuando de Robin y Vicky se trata. Me he preguntado muchas veces si las madres no serán en realidad un error garrafal, y ahora llego a la definitiva conclusión de que, en efecto, lo son.

La interesante especulación sobre cuál sería la mejor manera de reemplazarlas se ve interrumpida por la necesidad de comprobar si Fitzs. está limpiando la habitación de invitados como se le ha indicado. Me llevo un disgusto inenarrable al encontrarlo sentado en la butaca del cuarto en cuestión con los pies sobre la repisa de la ventana. Dice que se encuentra un poco mal. Claramente mucho más sorprendida que él, pierdo la calma hasta el punto de exclamar: «Entonces vaya a encontrarse mal a su propia habitación». Después caigo en la cuenta de que podría haberlo expresado mejor.

2 de abril. Nos visita Barbara. ¿Puede hablar conmigo en la más estricta confianza?, pregunta. Le aseguro que sí y saco de inmediato a *Helen Willsy* su gatito por la ventana para crear una atmósfera confidencial. Me siento, llena de emoción, con la esperanza de que Barbara vaya a decirme, como mínimo, que está comprometida. Trato de que no se me note y de esbozar tan solo una expresión de franca y comprensiva atención, en tanto que Barbara comenta que a veces cuesta saber cuál es tu deber, que ella siempre ha pensado que la verdadera vocación de una mujer es la de construir un hogar y que amar a un buen hombre es la cúspide de la vida. «Sí, sí», contesto. (Tras darle vueltas al asunto, comprendo que no estoy de acuerdo con todo eso y me asombra la extraordinaria hipocresía de la que soy capaz.)

Barbara admite por fin que Crosbie le ha pedido que se case con él —según ella se lo pidió en el zoológico— y que se vayan juntos al Himalaya. Y ahí es donde todo se vuelve complicado, dice. Quizá sea un poco anticuada —desde luego que lo es— pero ¿va a dejar sola a su madre? No, no puede hacer eso. Por otra parte, ¿va a renunciar al querido Crosbie, que nunca hasta ahora había amado a una muchacha y dice que nunca volverá a hacerlo? No, tampoco es capaz de hacer eso.

Barbara se echa a llorar. La beso. Howard Fitzsimmons elige ese preciso instante para entrar con el té, de modo que vuelvo a sentarme, presa de la confusión, y empiezo a hablar sobre los narcisos de la rectoría, más tempranos que los nuestros, mientras Barbara arremete contra el veredicto del caso Podmore. Damos nerviosas vueltas a ambos temas mientras Howard Fitzsimmons completa sus preparativos para el té. La atmósfera se ha hecho añicos, desastre que acentúan mis necesarias preguntas a Barbara sobre cuestiones como la leche, el azúcar, el pan con mantequilla, etcétera. (Recordatorio: Tengo que hablar con la cocinera sobre esa diminuta porción de bizcocho, pues tengo la certeza de que es un resto del que hizo su primera aparición hace más de diez días. Además, ¿a qué viene la perpetua y nada apetitosa procesión de bollitos con frutos secos?)

Entra Robert, empieza a hablar de la fiebre porcina, y se vuelve imposible intercambiar más confidencias. Barbara se despide justo después del té, y solo me pregunta si puedo visitar a su madre y tener una pequeña charla con ella. Accedo, un poco de mala gana, y Barbara monta en su bicicleta y se aleja pedaleando. Robert dice: «Esa muchacha tiene un buen porte, pero qué lástima de tobillos».

4 de abril. Voy a visitar a la anciana señora Blenkinsop. Como de costumbre, está envuelta en chales, pero ha cambiado *Lord Beaconsfield* por *Froude and Carlyle*. Dice que soy muy buena, acercándome a visitar a una pobre vieja, y que se pregunta a menudo por qué será que tantos de la generación más joven parecen encontrar el

camino hasta ella por instinto. ¿Será porque aún es joven de corazón, pese a las canas y las arrugas, ja, ja, ja? Y, gracias a Dios, eso ha hecho que siempre vea el lado bueno de las cosas. Doy rodeos hasta centrarme por fin en el tema de Barbara. La señora B. comenta al instante que los jóvenes son muy duros y egoístas. Es natural que lo sean, quizá, pero la entristece. Y no por ella —no, no, qué va— sino porque no soporta pensar en cuánto hará sufrir el remordimiento a Barbara cuando sea demasiado tarde. Me siento fuertemente inclinada a señalar que eso no es ver el lado bueno de las cosas, pero me contengo. Sigue un largo monólogo de la señora B. Los puntos más importantes que salen a la luz son: (a) Que la señora B. no va a pasar muchos años más entre nosotros; (b) que su vida entera la ha dedicado a los demás, pero que no hay que reconocerle mérito alguno porque, sencillamente, ella es así; (c) que solo quiere ver feliz a su Barbara y no importa en absoluto que ella se quede sola y desamparada en su vejez, nadie tiene que considerar eso ni por un instante. Y, por fin, que nunca ha sido de las que solo piensan en sí mismas o tienen en cuenta sus propios sentimientos. La gente le ha dicho muchas veces que da la impresión de no saber qué es el egoísmo, así de simple. Sigue un silencio que no trato de llenar.

Volvemos al tema de Barbara, y la señora B. dice que es muy natural que una muchacha esté inmersa en sus pequeñas preocupaciones. Con la sensación de no estar llegando a ningún sitio, tengo el atrevimiento de introducir el nombre de Crosbie Carruthers. Causa un tremendo efecto en la señora B., que se lleva una mano al corazón, se echa hacia atrás y empieza a resoplar y a ponerse azul. Lamenta ser tan insensata, jadea, pero lleva muchas noches sin apenas dormir y la tensión empieza a cobrarse su precio. Me ruega que la perdone. Me apresuro a perdonarla y me marcho. Una visita poco satisfactoria, poquísimo.

De camino a casa, la señora S. del hotel Cross and Keysme comenta que se aloja allí un caballero que dice estar comprometido con la señorita Blenkinsop, pero que la anciana madre no quiere ni oír hablar del asunto, y mira que parece buen caballero el hombre, aunque quizá no sea tan joven como cabría esperar, y ¿creo yo que estará bien lo de irse al Himalaya si tienen un bebé? Intercambio conjeturas y comentarios un ratito con la señora S. hasta que recuerdo que todo el asunto era supuestamente privado y que, en cualquier caso, cotillear no es aconsejable.

En casa, me recibe Mademoiselle con una sagaz pregunta sobre las perspectivas del inminente matrimonio de la señorita Blenkinsop y la actitud de la anciana señora B. «*Le coeur d'une mère*», declara con sentimentalismo. Hasta la pequeña Vicky quiere saber de repente si el caballero del Cross and Keys es realmente el verdadero amor de la señorita Blenkinsop. Cuando la oye, Mademoiselle exclama «*Ah, mon Dieu, ces enfants anglais!*» y parece muy disgustada ante el impropio lenguaje de la niña.

Hasta Robert pregunta: «¿Qué es todo eso sobre Barbara Blenkinsop?». Se lo explico y contesta, muy brevemente, que a la vieja señora Blenkinsop tendrían que pegarle un tiro, lo que no nos lleva a ningún lado pero merece mi absoluta aprobación.

10 de abril. El *affaire* Blenkinsop es ahora la comidilla de toda la comunidad. La anciana señora B. cae enferma y tiene que guardar cama. Barbara pedalea arriba y abajo como una loca entre su madre y el jardín del Cross and Keys, donde C. C. pasa mucho tiempo leyendo ejemplares del *Times of Indiy* fumando puritos. Barbara nos pregunta a todos qué debería hacer, y todos le damos consejos distintos. Parece haberse llegado a un punto muerto cuando C. C. anuncia de pronto que lo esperan en Londres y que le urge una respuesta inmediata en un sentido u otro.

La anciana señora B. —que estaba mejorando y tomando oporto— vuelve a empeorar al instante y dice que ya no se interpondrá mucho tiempo más en el camino de la felicidad de Barbara.

Se inicia un período de tremenda tensión, y Barbara y C. C. se dicen adiós en el saloncito delantero del Cross and Keys. Hecha un mar de lágrimas, Barbara me dice que han roto para siempre y que la vida se ha acabado para ella, y que si la reemplazaré esta noche en la reunión de las Exploradoras; le digo que sí.

12 de abril. Vuelta de Robin por vacaciones. Está resfriado y, como de costumbre, anda corto de pañuelos. Escribo al respecto a la supervisora, pero no tengo la más mínima esperanza de recuperar los pañuelos ni de que me den explicación racional alguna de su desaparición. Robin menciona que ha invitado «a un niño» a quedarse con nosotros una semana. Le pregunto si es simpático y si es muy amigo suyo. «No, qué va —contesta—. Es uno de los niños menos populares del colegio.» Y al cabo de un momento añade: «Es por eso». Me enternece y pienso que da muestras con eso de su espíritu generoso, pero siento también una innegable aprensión ante las posibles características del futuro invitado. Le repito la historia a Mademoiselle, quien, como suele hacer cuando alabo a Robin, comenta de inmediato: «*Madame, notre petite Vicky n'a pas de défauts*», lo que ni es cierto ni viene al caso.

Recibo una carta de Mary K. con la siguiente posdata: ¿Es cierto que Barbara Blenkinsop está comprometida y va a casarse?, y lady B., quien pasa a verme de camino a alguna ceremonia ducal en la otra punta del condado, me hace la misma

pregunta. No me da tiempo a disfrutar de la altura de mi posición como fuente de información, pues lady B. añade al instante que ella siempre aconseja a las muchachas que se casen, sea como sea el hombre en cuestión, pues vale más un marido cualquiera que ninguno, y no hay tantos candidatos para andar de aquí para allá.

Hago inmediata referencia a la colección de distinguidas feministas de Rose, dándole a entender que las conozco a todas muy bien y he discutido a menudo la cuestión con ellas. Lady B. hace un ademán despreciativo (con un elegante guante blanco de cabritilla, nuevecito, que no ha pasado por la tintorería) y declara que todo eso está muy bien, pero que si pudieran conseguirse un marido no serían feministas. Afirmando al instante que todas tienen marido, y que algunas dos o tres, lo cual puede ser cierto o no, pero rara vez he sentido mayores instintos homicidas. El colmo de los colmos cuando lady B. observa afablemente que yo, al menos, no puedo quejarme, pues Robert le ha parecido siempre un marido muy seguro y respetable para cualquier mujer. Le doy a entender brevemente que Robert es en realidad una mezcla de Don Juan, el marqués de Sade y el doctor Crippen, pero que no nos gusta que se sepa por ahí. No sé decir si queda o no impresionada, pues declara que tiene que irse porque la ceremonia ducal no puede empezar sin ella. Solo se me ocurre replicar que las duquesas (aunque lo cierto es que no conozco a ninguna) siempre me recuerdan a Alicia en el País de las Maravillas, al igual que los guantes blancos de cabritilla me hacen pensar en el Conejo. «Tan culta como siempre», contesta lady B., y su coche emprende la marcha dejándola, como de costumbre, con la última palabra. Me sumo en una alegre fantasía en la que miembros de la familia real visitan el pueblo y nos honran a Robert y a mí convirtiéndose en nuestros invitados a un almuerzo. (No acabo de encajar a Howard Fitzs. en semejante escena, pero paso por alto el detalle.) A Robert acaban de concederle el título de lord y yo, con una leve y elegante inclinación de cabeza, indico mi precedencia sobre lady B. en un gran banquete, pero en ese momento entra Vicky para decir que ha llegado el afilador y que, si no tenemos nada que afilar, estará encantado de echar un vistazo a los relojes o reparar piezas de loza.

Me desconcierta encontrarme con un gitano ambulante, de condición especialmente baja, acampado ante la puerta de atrás con una colección de artículos domésticos desparramados en torno a él y su máquina. Aún más desconcertante resulta la aparición de Mademoiselle, presa de una lamentable y estridente alegría gala, con fragmentos en extremo inadecuados de objetos de alcoba en ambas manos. Ella, Vicky y el afilador se reúnen en indecoroso alborozo y en eso los dejo, agradecida al menos de que lady B. haya puesto ya tierra de por medio y no pueda ser testigo de la escena. Me preocupa seriamente el talante del que probablemente dará muestras nuestra Vicky de mayor.

Busco a Robin y al final lo encuentro encerrado con la gata en el armario de la ropa blanca, sin la más mínima ventilación y comiendo queso que ha encontrado, dice él, en las escaleras de atrás.

(Sin duda puede captarse cierta ironía en mi reciente nombramiento como miembro del Comité de Tutores. Se espera que haga visitas a talleres, etcétera, con especial atención a las dependencias de los niños, para ofrecer valiosas sugerencias sobre cuestiones de higiene y bienestar general de los internos. Confiemos en que a mis colegas del comité nunca se les ocurra someter a una inspección similar mi propio sistema doméstico.)

Escribo cartas. Muchas interrupciones, por parte de *Helen Wills*, que quiere salir, del gatito, que quiere entrar, y del querido Robin, que se encarama a todos los muebles sin ser consciente de sus actos, por lo visto, mientras me cuenta, entera y a pleno pulmón, la historia de *Los Robinsones suizos*.

14 de abril. La cocinera me deja perpleja al preguntarme si me he enterado de que el compromiso de la señorita Barbara Blenkinsop está en marcha otra vez. Dice que el

caballero llegó anoche en el tren de las ocho y cuarenta y cinco y está en el Cross and Keys. Puesto que son exactamente las nueve y quince de la mañana cuando me lo cuenta, le pregunto que cómo lo sabe. Se limita a insistir en que lo sabe todo el pueblo, y añade que la señorita Barbara se casará probablemente con una licencia especial y que la anciana señora B. está peor que nunca. Me desconcierta que la cocinera y yo nos hayamos pasado casi cuarenta minutos parlotando como loros antes de caer en la cuenta de que cotillear no solo es indecoroso sino también poco recomendable.

Cuando me estoy poniendo el sombrero para ir a casa de los Blenkinsop entra corriendo la mujer del párroco. Todo eso es verdad, dice, y hay más. Crosbie Carruthers, presa de una desesperación absoluta, ha amenazado con suicidarse y le ha escrito una terrorífica carta de despedida a Barbara, quien ha llorado tanto que —en palabras de la esposa del párroco— se ha quedado más seca que un corcho y le ha rogado que viniera de inmediato. Tras un cónclave de la familia Blenkinsop, la anciana señora B. ha tenido varios ataques (nadie sabe exactamente de qué), pero por fin la han convencido de reconsiderar toda la cuestión. Le han pedido al párroco que acudiera a dar consejo imparcial y consuelo a todas las partes. Está allí ahora mismo. Digo yo que sin duda utilizará toda su influencia en beneficio de C. C. y Barbara, ¿no? Claro, claro, contesta la mujer del párroco muy alterada; su marido está a favor de que los jóvenes vivan su propia vida, pero también le parece que los derechos de una madre son sagrados, y aunque es consciente de la belleza que entraña el sacrificio, nadie sabe mejor que él, por otra parte, que la devoción de un buen hombre no es algo a lo que renunciar a la ligera.

Si en eso consiste la contribución de nuestro párroco para solucionar el problema, me da la sensación de que podría haberse quedado en casa, aunque, como es natural, no hago partícipe de mi opinión a su mujer. Decidimos acercarnos al pueblo, y eso hacemos. Cuando emprendemos el camino, el jardinero me detiene para decirme que quizá me gustaría saber que ha vuelto a aparecer el joven caballero de la señorita Barbara, que quiere casarse con ella antes de zarpar el mes que viene, y que la anciana señora Blenkinsop se lo está tomando tan mal que piensan que va a darle un ataque de apoplejía.

Una vez en el pueblo nos llega información similar de seis fuentes distintas. Ante la casa de la anciana señora B. se ven al menos tres automóviles y dos bicicletas, pero no sale nadie, y me veo obligada a sugerirle a la mujer del párroco que venga a comer a casa. Acepta tras poner muchos reparos, y le servimos pastel de carne —con demasiada cebolla—, flan de arroz y compota de ciruelas. De haberlo sabido, habría mandado a buscar nata a la granja.

15 de abril. Me informan de que la anciana señora Blenkinsop ha entrado en razón. Una pariente soltera de cierta edad, a la que llaman prima Maud, ha aparecido de pronto y se ha ofrecido a vivir con ella —nuestro párroco ha hecho gala de cierto atrevimiento al declararse partidario de dicho plan—, y Crosbie Carruthers le ha regalado a Barbara un anillo de compromiso con tres piedras, que según se dice son topacios indios poco comunes, y luego se ha vuelto a la ciudad a ocuparse de los preparativos. Se espera un anuncio inmediato en el *Morning Post*.

18 de abril. Recibo una visita de Barbara, quien me ruega que la escolte a Londres para contraer matrimonio de forma inmediata y sin revuelo. Me veo obligada a decirle que no por culpa de los serios resfriados de Robin y Vicky, la inestabilidad general del personal doméstico y mi deficiente situación financiera habitual. El ofrecimiento se lo hace entonces a la mujer del párroco, que acepta al instante. Ante la insistencia de Barbara, sí accedo, sin embargo, a visitar a su madre cuando me sea posible. Y Barbara me pide además que le deje bien claro que no pierde una hija, sino que gana un hijo, y que dos años pasarán muy deprisa, y cuando eso ocurra el querido Crosbie la traerá de vuelta a Inglaterra. Me comprometo a hacer todo lo que sea, y escribo a los

economatos del Ejército y la Marina para pedir comestibles para una cesta que ofrecerle a Barbara como regalo de boda. Los Exploradores la obsequian con un azucarero y una papelería con flores de rafia. Lady B. manda un calentaplatos con una tarjeta en la que ha escrito con letra casi ilegible un chiste descabellado que parece guardar relación con el curry indio. Todos estamos de acuerdo en que no tiene ni una pizca de gracia. Mademoiselle hace que Vicky le ofrezca a Barbara un tapetito donde ha bordado dos corazones en punto de cruz.

19 de abril. Los dos niños contraen simultáneamente una dolencia en extremo humilde, la «conjuntivitis», que, según afirma todo el mundo, es propia de la sección más desatendida y mal alimentada de la población infantil del East End de Londres.

Vicky tiene fiebre alta y tiene que guardar cama, mientras que Robin sigue en pie, pero no se le permite salir de casa hasta que hayan amainado los vientos fríos que soplan ahora. Dejo a Vicky con Mademoiselle y las *Memorias de un burro* en el cuarto de los niños y me llevo a Robin abajo para que se distraiga. Dice que tiene una idea espléndida. Resulta que consiste en que yo toque el piano mientras él pone a la vez el gramófono, la caja de música y el reloj de carillón.

Protesto.

Robin me suplica diciendo que será como una orquesta. (¡Me recuerda a la dama Ethel Smyth, cuyas memorias acabo de leer!) Por fin cedo y ataco, *con spirito*, «La melodía de Broadway» en Do Mayor. Robin, presa de gran excitación, hace sonar el carillón, pone «Mucking about the garden» en el gramófono y le da cuerda a la caja de música, que reproduce el vals de *Floradora* con un tintineo metálico y en un tono irreconocible. Robin da brincos por la habitación y suelta vítores. Lo observo compasiva y, tal como me indica, no quito el pie del pedal.

Howard Fitzs. abre la puerta de par en par y hace su entrada lady B. ataviada con un traje nuevito de kashá verde con cuello de ardilla y sombrero a juego, y acompañada por un amigo de porte militar.

No me apetece dejar constancia de los minutos siguientes, durante los que trato de combinar elegantes fórmulas de saludo a lady B. y el amigo militar con una explicación simple y sin embargo digna del singular estado de las cosas al que se ven expuestos y con discretas instrucciones a Robin de que apague la caja de música y el gramófono y traslade su persona y su conjuntivitis al piso de arriba. Gracias a Dios, el reloj ha dejado de sonar y Robin, muy galante, forcejea con la caja de música, pero «Mucking About the Garden» continúa tronando en la habitación durante lo que parece una hora y media... (No me habría importado tanto si se hubiera tratado de «Classical Memories», que también la tengo, o incluso de un dúo de Layton y Johnstone.)

Robin se va al piso de arriba, pero no antes de que lady B. lo haya observado con atención y declarado que a ella le parece que tiene sarampión. El amigo militar, con mucho tacto, finge estar inmerso en la librería más cercana hasta que el intercambio concluye, momento en que regresa con una simpática observación sobre la serie del capitán Drummond.

Lady B. le informa de inmediato de que no debe hacerme esa clase de comentarios, puesto que soy muy literata. Dicho lo cual, el amigo militar me mira sin disimular su espanto y no vuelve a dirigirme la palabra. En general, me siento muy aliviada cuando la visita llega a su fin.

Subo a ver a Vicky, que parece haber empeorado, y llamo por teléfono al médico. Mademoiselle empieza a contar una lúgubre historia, sin duda condenada a un final desastroso, sobre una familia de su ciudad natal que contrajo misteriosamente la viruela (cuyos síntomas preliminares eran idénticos a los de la dolencia actual de Vicky), enfermedad a la que luego se le siguió el rastro hasta un vendedor ambulante del muelle de Marsella al que *le papale* había comprado una alfombra oriental sin encomendarse a Dios ni al diablo. La corto en seco después de la muerte del bebé de

seis meses, pues me temo que los otros cinco hijos irán detrás y que su agonía va a ser lo más lenta posible.

20 de abril. Vicky ha contraído el sarampión, de eso no hay duda, y según el médico, Robin puede caer también en cualquier momento. Deben de haber pillado la infección en casa de la tía Gertrude, pienso escribirle para hacérselo saber.

La situación se vuelve de pesadilla en grado sumo. Alterno entre prepararle limonada a Vicky y contarle la historia de *Frederick y el picnic* en el piso de arriba y lavarle el ojo infectado a Robin con una solución de ácido bórico y leerle *La isla de coral* en el piso de abajo.

Mademoiselle está extremadamente *dévouée* y se niega en redondo a permitir que nadie excepto ella duerma en la habitación de Vicky, pero me cuesta entender qué principio la conduce a insistir en llevar *peignoir* y *pantoufles* día y noche. También se muestra incansable en su recomendación de extrañas tisanas que se ofrece a preparar ella misma con hierbas del jardín que, por suerte, resultan imposibles de encontrar.

En medio de esta crisis, Robert no ayuda tanto como yo quisiera y adopta esa actitud tan masculina de que estamos armando mucho revuelo por muy poco y de que todo el asunto se ha montado con el expreso propósito de causarle molestias a él (lo que, sin embargo, no es el caso, teniendo en cuenta que se pasa el día entero fuera e insiste en cenar todas las noches igual que siempre).

Vicky es tan buena que casi resulta alarmante, y Robin, a ratos, casi lo es tanto como ella, aunque Fitzs. le ha cogido antipatía porque deja manchas de plastilina, churretes de acuarelas y hasta manchones de tinta en muchos muebles. Me resulta muy difícil combinar la inspección cotidiana de la que debo hacer objeto al niño para detectar los inicios del sarampión, con el desenfadado optimismo que se me antoja el estado de ánimo adecuado y racional.

Tiempo muy frío y lluvioso. Todas las chimeneas se niegan a prender. No sé por qué, pero esto acentúa considerablemente la sensación de melancolía y agotamiento que tengo, mayor con cada hora que pasa.

25 de abril. Vicky se recupera lentamente y Robin no tiene síntomas de sarampión. En cuanto a mí, soy víctima de unos curiosos y desagradables escalofríos, sin duda debidos a la fatiga extrema.

Howard Fitzsimmons presenta su renuncia, para alivio de todos, y consigo los servicios temporales de una doncella de primera por una suma semanal exorbitante.

27 de abril. La persistencia de los escalofríos me obliga a guardar cama durante medio día, y Robert insinúa con pesimismo que he pillado el sarampión. Procedo a demostrarle que eso es imposible y me levanto después del almuerzo y juego a críquet con Robin en el jardín. Después del té le hago compañía a Vicky. La niña insiste en jugar a los trabajos de Hércules, y llevamos a cabo enérgicas representaciones matando a la Hidra, limpiando los establos de Augías, etcétera. Me debato entre la satisfacción ante las inclinaciones clásicas de Vicky y la poca disposición a agotarme tantísimo.

7 de mayo. Retomo mi diario tras un largo y deplorable intervalo. Reparición, con intensidad y furia tremendas, de los escalofríos ya superados, que resultaron ser un caso de sarampión. Robin empezó a toser ese mismo día, y apareció una enfermera carísima que se hizo cargo de todo. Amable y eficiente, me traía mensajes de los niños y, en una ocasión, un dibujo realista de Robin con el título de «Persona enferma comida por los *jérmenes*».

(Duda: ¿Será en el futuro mi querido Robin un Heath Robinson o un Arthur Watts?)

Poco después, todo se volvió incoherente y confuso. Tengo el breve recuerdo de oírle decir al médico que mi edad no ayudaba gran cosa, lo que hirió mis sentimientos y me hizo sentir como la anciana señora Blenkinsop. Sin embargo, al cabo de unos días le gané la batalla a mis años y me dieron champán, uvas y reconstituyente Valentine.

Me gustaría preguntar cuánto va a costar todo esto, pero creo que no sería muy elegante.

Para mi asombro, los niños vuelven a estar en pie y les permiten venir a verme. Juegan a las panteras sobre la cama hasta que la enfermera los baja. Robin me lee un artículo de *Time and Tides* sobre lord Chesterfield que le ha llamado la atención porque a él, como al escritor, le cuesta aceptar con elegancia un cumplido. Quiere saber qué hago yo cuando, de tantos cumplidos a la vez que me hacen, me siento abrumada. Me veo obligada a admitir que no me he encontrado todavía en semejante aprieto, y Robin parece sorprendido y un poco decepcionado al oírlo.

Robert, la enfermera y yo decidimos en un cónclave mandar a los niños a pasar dos semanas en Bude con la enfermera y darle vacaciones a Mademoiselle para que se recobre de sus esfuerzos. Yo me reuniré con el grupo de Bude cuando el médico lo permita.

Robert anuncia la medida en las dependencias de los niños y regresa con la fatal noticia de que Mademoiselle se siente *blesée*, y que cuanto más le pide él que le explique el motivo, más monosilábica se vuelve ella. No me permiten verla ni escribirle una nota aclaratoria y apaciguadora, y no me siento muy tranquila que digamos cuando Vicky me informa de que, mientras la bañaba, Mademoiselle lloraba y decía que algunos ingleses tienen el corazón de piedra.

12 de mayo. Nuevo paréntesis, en esta ocasión por culpa de un problema con los ojos (nueva concomitancia con mi edad, sin duda alguna.) Partida de los niños y la enfermera el día 9, seguida, para mí, de un melancólico período de inactividad absoluta, sin nada que hacer. Al cabo de un tiempo me levanto y merodeo por ahí en una suerte de penumbra semieclesiástica que las enormes gafas de cristales tintados vuelven más intensa incluso. Mi único consuelo es que no puedo verme en el espejo. Dos días atrás decidí hacer el gran esfuerzo de bajar a tomar el té, pero casi al borde de una recaída, y me volví a la cama ante la visión del colosal importe de la contribución municipal, que me desafiaba desde el mueble del vestíbulo sin que mediara un mal sobre entre ambas.

(Recordatorio: Qué poco se parece esto a la pintoresca convalecencia de las novelas, cuando la visión de unas flores de primavera, del sol y de qué sé yo qué más viene a alegrar a la heroína. Nunca se mencionan impuestos municipales ni nada por el estilo.) Echo muchísimo de menos a los niños. Por toda compañía, tengo al gato de la cocina, un animal endurecido con solo tres patas y media, y la reputación de cazar y zamparse una media de tres conejos por noche. Nos llevamos bien hasta que recurro a tocar el piano, momento en que invariablemente aúlla para que lo dejen salir. En general, debo admitir que es muy probable que tenga razón, pues he olvidado todo lo que sabía y me veo reducida a tocar música popular de oído, lo que no se me da muy bien.

La querida Barbara me manda un libro de quintillas humorísticas, y Robert me asegura que más adelante lo pasaré muy bien con ellas. Personalmente, no me creo capaz de sobrevivir muchos días más así.

13 de mayo. Un bochornoso pero innegable rayo de diversión viene a iluminar las tinieblas cuando me entero por Robert de que la prima Maud Blenkinsop tiene un biplaza *Austinbaby*, y de que se la ha visto circulando por la zona con la anciana señora B., con chales y todo, sentada a su lado. (Ya hace años que la señora B. viene dándonos a entender a todos que si tratara de cruzar sin ayuda una habitación, caería muerta en redondo.)

Robert añade, pensativo, que la prima Maud no es lo que él considera una buena conductora. No dice nada más, pero tengo al instante una dramática visión de la anciana señora B. volando sobre el seto más cercano, chales ondeando en todas direcciones, mientras la prima Maud y el *Austinbaby* colisionan contra una apisonadora en un callejón. Lamento dejar constancia de que dicha visión me provoca una sincera

carcajada, después de la cual me siento mejor que en las últimas semanas.

Viene a verme el médico, dice que «cree» que volverán a crecerme las pestañas (habría preferido algo mucho más categórico, pero me da miedo insistir, no vaya a hacer más referencias a mi edad) y me autoriza a reunirme con los niños en Bude la próxima semana. Dice también, aunque con cierta desgana y con aire suspicaz, que puedo utilizar los ojos una hora al día, a menos que me duelan.

15 de mayo. Cuando la esposa del párroco se entera de que ya no estoy en cuarentena, viene a animarme un poco. La recibo con un entusiasmo al que no está acostumbrada, me temo, pues parece asustarse. Me esfuerzo en explicarle, quizá sin mucho tacto, que llevo sola mucho tiempo... con Robert fuera todo el día... con los niños en Bude... y acabo con una cita que viene a decir que nunca oigo la dulce música del habla y me espanta el sonido de mi propia voz. Por la reacción de la mujer del párroco, advierto que no reconoce que se trata de una cita y cree que el sarampión me ha afectado el cerebro. (Duda: ¿Estará en lo cierto?) Su ruego de que saque de la habitación al gato de la cocina devuelve el ambiente a la normalidad. Sabe que es una tontería por su parte, dice, pero la presencia de un gato la hace marearse. A su abuela le pasaba lo mismo. Bastaba con que hubiese un gato en su misma habitación, debajo del sofá incluso, y al cabo de un par de minutos su abuela decía: «Creo que en esta habitación hay un gato», y se ponía mala al instante. Me apresuro a sacar al gato por la ventana y ambas coincidimos en que esto de la herencia es bien extraño.

Bueno, dice la mujer del párroco, ¿y qué tal estoy? Antes de que pueda contestar lo hace ella por mí: dice saber exactamente cómo me siento. Debilucha, con las piernas flojas como el algodón, como si no me aguantaran los huesos y con la cabeza hecha un bombo. Semejante diagnóstico me deprime y empiezo a pensar que puede ser correcto. Sin embargo, añade, todo será diferente en cuanto me dé el aire de Bude; entretanto, me contará todas las noticias. Y eso hace.

En nuestra comunidad parece haber tenido lugar un número increíble de nacimientos, bodas y muertes durante las cuatro últimas semanas; además, la señora W. ha despedido a su cocinera y no encuentra a otra, nuestro párroco ha escrito una carta sobre el alcantarillado al periódico local y la han publicado, y se ha visto a lady B. con un coche nuevo. Respecto a esto último, la esposa del párroco añade una pregunta retórica: «¿Por qué no un aeroplano, ya puestos?». (Por qué no, desde luego.)

Finalmente, el comité ha celebrado una reunión —en la cual, se apresura a interpolar, se me echó mucho de menos— y se ha organizado un rastrillo benéfico al aire libre para recaudar fondos para el casino vecinal. Sería estupendo, añade con tono de optimismo, que el rastrillo pudiera celebrarse aquí. Pues sí, lo sería, coincido, y reprimo la sospecha de que Robert puede no estar de acuerdo. En cualquier caso, él sabe tan bien como yo, y tan bien como la mujer del párroco, que el rastrillo tiene que celebrarse aquí, pues no hay otro sitio.

Traen el té —es la tarde libre de la doncella de primera, y la cocinera, como siempre y para ahorrarse trabajo, ha recurrido a la estratagema de poner tres bizcochos y un bollo apretujados en el mismo plato— y hablamos de Barbara y Crosbie Carruthers, de la cría de abejas, de la juventud moderna y de cómo cuesta quitar manchas de aceite de las alfombras. ¿He leído *A Brass hat in no man's land?*, pregunta la mujer del párroco. Pues no, no lo he leído. Me dice entonces que ni se me ocurra leerlo. Ya hay tantas cosas tristes y espantosas en la vida que los escritores deberían ceñirse a lo alegre, lo feliz y lo hermoso. Y el autor de *A brass hatha* fracasado estrepitosamente en ese terreno. Luego resulta que la mujer del párroco no ha leído el libro en realidad, pero su marido le ha echado una ojeada y ha declarado que era un libro doloroso e innecesario. (Recordatorio: Proponer *Brass hat* para la lista del club del libro del *Times*, si no figura ya en ella.)

La mujer del párroco descubre de pronto que son las seis, exclama que no puede

creerlo y lleva a cabo una *fausse sortie*, pero acaba volviendo con la urgente recomendación de que pruebe a tomar reconstituyente Valentine, que en cierta ocasión y con la ayuda de la Providencia, prácticamente le salvó la vida al tío del párroco. Sigue la historia de la enfermedad, la convalecencia, la recuperación y la posterior muerte del tío a los ochenta y un años. Por mi parte, no puedo resistirme a contarle el maravilloso efecto que tuvo el tónico Bemax en el hijo pequeño de Mary Kellway, lo cual nos lleva —por curioso que parezca— a las novelas de Anthony Trollope, la muerte de la begum de Bhopal y el paisaje de la región de los lagos.

A las siete menos veinte, la esposa del párroco vuelve a exclamar que no puede ser y sale a toda prisa de la casa. Se encuentra con Robert en el porche y se detiene a decirle que estoy más flaca que un palillo, que tengo muy mal color y que, después del sarampión, los ojos suelen dar serios problemas. Por lo que alcanzo a oír, Robert no contesta y la mujer del párroco se marcha por fin.

(Duda que se plantea por sí sola: ¿No es a menudo el silencio más eficaz que la elocuencia extrema? Respuesta afirmativa, probablemente. Debo intentar recordarlo más a menudo.)

En el correo de la tarde llega una larga carta de Mademoiselle, que se recupera en casa de unos amigos en Clacton-on-Sea. Escrita, por lo visto, con un alfiler mojado en tinta violeta y sobre el papel más fino imaginable, y llena de garabatos en todas direcciones. Descifro algunas partes con grandes dificultades, pero me alivia comprobar que todavía soy «*Bien-chère Madame*» y que la reciente y misteriosa afrenta queda olvidada.

(Recordatorio: Si la cocinera vuelve a mandar gelatina otra vez porque constituye una dieta adecuada para el convaleciente, enviarla de vuelta a la cocina.)

16 de mayo. Si no fuera porque decepcionaría a los niños, me tentaría abandonar el plan de reponerme del todo en Bude. Hace un frío que pela, me siento muy débil, tiendo a un estado febril, y Mademoiselle, que debía venir conmigo para ayudarme con los niños, me escribe ahora que está *désolée*, pero ha contraído *une angine*. Como no sé muy bien qué es eso, me alarma que tenga que ver con la angina de pecho, pero el diccionario me tranquiliza. Le digo a Robert: «A fin de cuentas, ¿no me recuperaría igual de rápido en casa?». Se limita a contestar: «Más vale que vayas», y percibo que la decisión está tomada. Al cabo de un momento, sugiere, aunque sin mucha convicción, que invite a la esposa del párroco a acompañarme. Le dirijo una mirada por toda respuesta, y la sugerencia cae en saco roto.

Carta de lady B. en la que dice que se entera ahora de lo de mi sarampión (¿por qué ahora, si hace semanas que la noticia corre por la comunidad?), y que lo siente mucho, sobre todo porque, a mi edad, el sarampión no es ninguna tontería. (¿Se habrá conchabado con el médico, que también ha recurrido a tan desagradable expresión?) Como tiene siempre tantas visitas que vienen y van, no puede venir a interesarse por mí, no sería sensato, pero si necesito algo de la casa, no debo dudar en llamar por teléfono. Ha dado instrucciones a «su gente» de que me envíen cualquier cosa que pida. Tengo unas ganas locas de llamar y pedir una libra de té y el collar de perlas de lady B. (¿Podría citar aquí a Cleopatra como precedente?), a ver qué pasa.

Llega otro aviso de pago de la contribución municipal y la cocinera vuelve a mandarme gelatina con la comida. Se la ofrezco a *Helen Wills*, que hace arcadas y se aparta. Me da la impresión de que eso justificaría que el plato llegara de vuelta abajo sin tocar, pero la cocinera se daría cuenta, sin duda, y no puedo enfrentarme a esa posibilidad. Interesante señalar que, aunque a estas alturas la vista de todas las gelatinas de la cocinera me quita el poco apetito que me ha dejado el sarampión, la variedad verde esmeralda me revuelve más el estómago que la amarilla o la roja. Me gustaría extraer de ahí un posible significado freudiano, pero no consigo concentrarme.

Por la tarde duermo la siesta y me despierto lo bastante repuesta para dedicarme a la

tarea largo tiempo prevista de revisar mi vestuario. El resultado es tan deprimente que desearía no haberlo hecho. No tengo nada que ponerme, y si lo tuviera, en estos momentos me haría parecer un espantapájaros. Mando un paquete con un cárdigan rojo de punto, dos vestidos de fiesta (demasiado cortos para lo que se lleva ahora), tres sombreros pasados de moda y una falda *detweed* cedida en las rodillas al rastrillo benéfico de Mary Kellway, para el que, según declara, cualquier cosa es bienvenida. Presa de una agradable emoción, hago una lista de todas las prendas nuevas que necesito, pero vuelvo a verme cara a cara con la contribución municipal y arrojé la lista al fuego.

17 de mayo. Robert me lleva a la estación de North Road para coger el tren a Bude. La temperatura ha vuelto a bajar, y le pregunto a Robert si estamos bajo cero. Su breve y poco fiable respuesta es que hará más calor a medida que avance el día, y que sin duda en Bude brillará un sol espléndido. Llegamos pronto y nos sentamos en un banco del andén junto a una joven con tos, quien me mira brevemente y comenta: «Espantoso, ¿no?». No puedo dejar de pensar que ha resumido de maravilla toda la situación. Robert me tiende el billete —ha tenido el detalle de ofrecermelo en primera, que yo he rechazado— y me mira con una expresión rara. Por fin pregunta: «No estarás pensando que vas allí a morirte, ¿verdad?». Ahora que lo sugiere, comprendo que sí siento algo parecido, en efecto, pero esbozo una sonrisa que no me convence ni a mí y hago una alegre referencia a aquel obispo, cuyo nombre he olvidado, que fue en busca del descanso eterno a un lugar del que no consigo acordarme. A Robert todo eso le suena a chino, y lo dejo allí todavía tratando de desentrañar el misterio. El trayecto que sigue resulta gélido y agotador. La lluvia arrecia contra las ventanillas, y cada vez que se abre la puerta del vagón, lo que ocurre a menudo, entran ráfagas de un aire helado que, soplando misteriosamente en dos direcciones a la vez, sube piernas arriba y se cuele nuca abajo. No les he dicho a los niños en qué tren llegaba, de modo que nadie viene a recibirme, ni siquiera el autobús con el que contaba. Sin embargo, me siento secretamente agradecida, pues así tengo excusa para coger un taxi. Llego al alojamiento a la anodina hora de las tres menos cuarto, demasiado pronto para el té o para la cama, mis máximas aspiraciones en estos momentos. Clamorosa bienvenida por parte de los niños, ambos rebosantes de salud y de alegría, que lo compensa todo.

19 de mayo. Restablecimiento claramente a la vista, aunque sin duda retrasado por la idea genial de la casera de subirme una deliciosa gelatina con la cena la noche de mi llegada. Habitaciones razonablemente confortables (excepto por el frío extremo que, según la casera, es inaudito en esta época del año o en cualquier otra), todas con linóleo, porcelana en rosa y dorado, y fotografías ampliadas de mujeres con cuellos de encaje y hombres con bigote y pajarita. Robin, Vicky y la enfermera —a quien hemos conservado a un precio altísimo como sustituta temporal de Mademoiselle— han hecho frente al mal tiempo, por lo visto, y han pasado gran parte del tiempo en el rompeolas. Vicky ha trabado amistad, además, con un perrito que, según afirma ella, se llama *Baby*, con un caballero que vende periódicos, con otro caballero que pasea por ahí en su Sunbeam y con el *maitre* del hotel. Le cuento que Mademoiselle está enferma y, tras un silencio, exclama con descarada indiferencia: «¡Oh!», y vuelve al tema del perrito *Baby*. Robin, de quien no puedo evitar esperar una reacción mejor, se limita a comentar «¿De verdad?» y, acto seguido, pide un plátano.

(Recordatorio: ¿No sería posible escribir una versión más doméstica y menos extranjera de *Huracán en Jamaica* en la que apareciera la extraordinaria crueldad de la infancia?) Me acuerdo muy bien de una correspondencia muy acalorada en *Time and Tides* sobre *lavraisemblance* de los niños jamaicanos, y ahora, de una vez por todas, me pongo de parte del autor. No me cuesta nada creer que, de ser necesario, la querida Vicky sería capaz de asesinar a los marineros que hiciera falta.

23 de mayo. Tarde repentinamente radiante y calurosa, los niños se quitan los zapatos y chapotean en los charcos de la orilla. La casera comenta que suele pasar eso justo el último día de una visita al mar, y yo doy un animoso paseo por las rocas con un grueso abrigo *detweed*. Al cabo de una hora empiezo a sentir verdadero calor. Hago la maleta cuando los niños ya se han acostado, manifiesto mi decisión de no volver a permitir que la compota de ciruelas y las natillas formen parte de una comida en toda mi vida, y acometo la grata tarea de escribirle una postal a Robert para hacerle saber a qué hora llegaremos a casa mañana.

28 de mayo. Mademoiselle regresa y, para mi gran alivio, se encuentra con un recibimiento entusiasta. (Quizá Robin y Vicky son menos jamaicanos de lo que me temía.) Lleva un conjunto nuevo de falda a cuadros blancos y negros, blusa blanca con volantes, guantes negros de cabritilla con bordados blancos en el dorso, y un sombrero negro de paja cubierto casi por completo por flores de color púrpura, y me informa de que ella misma se ha hecho todo el atuendo por un precio total de una libra, nueve chelines y cuatro peniques y medio. Los franceses son ahorrativos, sin duda, y se les da bien usar una aguja, pero no puedo evitar pensar que si hubiera economizado un poquito menos habría obtenido mejores resultados.

Haciendo gala de gran amabilidad, me ofrece un regalo que consiste en dos jarrones de cristal azul con forma de espiral y adornados con botoncitos de oro en muchos sitios inesperados. A Vicky le hace entrega de una gran rosa roja de seda artificial, que por suerte la niña parece admirar, y a Robin, un trastito de alambre que, según Mademoiselle, sirve para extraer los huesos de las cerezas.

(Recordatorio: Sería interesante averiguar cuántos de esos ingeniosos artilugios se venden en un año.)

La generosidad de Mademoiselle me deja secretamente abrumada. Desearía poder llegar al nivel de los franceses en lo que ellos mismos describen como *petits soins*. Coloco los jarrones en un sitio bien visible sobre la repisa de la chimenea del comedor, y por fortuna llego a tiempo de contener el comentario que veo aflorar a los labios de Robert cuando se sienta a comer y advierte su presencia.

Después de comer, Robert lleva a Robin de vuelta al colegio y yo examino la ropa de verano de Vicky con Mademoiselle. Descubrimos que absolutamente todo se le ha quedado pequeño.

30 de mayo. Llega la revista *Time and Tidey* me encuentro con que me han concedido el segundo premio *ex aequo* por una piecicita encantadora que en mi opinión merecía algo mejor. A Robert le conceden una mención honorífica por su intento. Reconozco el seudónimo del ganador: es el que utiliza Mary Kellway. Me gustaría creer que me invade una generosa satisfacción ante el éxito de mi querida amiga, pero no estoy segura de ello. Se anuncia que el certamen de esta semana consistirá en un *triolet*, una forma métrica que no puedo soportar y cuyas reglas soy totalmente incapaz de dominar.

Recibo una invitación telefónica para comer con los Frobisher el domingo. Acepto, no tanto por las ganas de verlos como porque siempre es agradable un cambio del rosbif doméstico y la tarta de grosellas; además, nuestra ausencia aligera el trabajo del servicio. (Recordatorio: Un examen sincero e inteligente de los motivos, etcétera, conduce con frecuencia a revelaciones muy angustiosas.)

Obligada por mi conciencia y por la promesa que le hice a Barbara, decido ir a visitar a la anciana señora Blenkinsop. En el pueblo, mucha gente me pregunta amablemente si me he recuperado por completo del sarampión, pero percibo una singular tendencia por parte de todos a referirse a tan seria dolencia como si fuera una tontería.

Encuentro la casita de la anciana señora B. en un inaudito estado de higiénica ventilación, sin duda atribuible a la prima Maud. Todas las ventanas abiertas de par en par, y las cortinas, ondeando en todas direcciones con un viento frío del este muy

perceptible. La señora B. (¿con menos chales que de costumbre?), sentada cerca de la ventana abierta y no muy lejos de la puerta también abierta, parece haberse vuelto de un curioso tono azul claro y muestra cierta tendencia a estremecerse. En la habitación hay un intenso olor a cera para muebles y grafito. La chimenea, de hecho, luce una generosa capa reciente de este último, y es evidente que lleva días sin albergar un fuego. La anciana señora B. está más callada que antaño y no hace referencia a lo de ver el lado bueno y esas cosas. (¿Habrán salido volando su espíritu optimista, viviendo la señora B. como vive en una corriente continua y rigurosa?) La prima Maud hace su entrada casi de inmediato. Nos hemos visto antes una vez, y se lo digo, pero deja bien claro que dicho encuentro no le hizo mella y se le ha olvidado por completo. Estoy convencida de que la prima Maud es una de esas personas que se enorgullecen de decir siempre la verdad. Lleva un suéter rojo teja, sin duda tejido por ella misma, una falda *detweed* más larga por detrás que por delante, y un largo collar de perlas. Es muy campechana y enérgica, y utiliza muchas expresiones informales.

Pregunto qué saben de Barbara, y la señora B. (su voz es apenas un quejido en comparación con la de la prima Maud) dice que su querida niña pasará a verla antes de zarpar, y que ya se sabe que las despedidas constantes son el destino de los ancianos como ella. Empieza a parecerme la señora B. de siempre, pero la prima Maud la interrumpe a grito pelado diciendo que todo eso son paparruchas y que es una suerte que la pobre Barbara haya salido por fin del jaleo en que andaba metida. Pasamos a hablar entonces de *hándicaps* en el golf, de Roedean —el querido colegio de la prima Maud— y del *Austinbaby*. Quizá sería más adecuado decir que la prima Maud habla y nosotras escuchamos. Ni rastro de la *Vida de Disraelini* de ninguna de las actividades literarias de las que la señora B. solía verse rodeada, y prefiero no preguntar a qué dedica ahora el tiempo. Tengo la inquietante sospecha de que se lo organizan sin tener en cuenta sus deseos.

Me dispongo a irme, un poco deprimida. Cuando me despido de ella, la anciana señora B. pone los ojos en blanco y murmura que no va a seguir ahí mucho tiempo más, pero su voz queda ahogada por una risotada de la prima Maud, quien declara que no es más que una vieja farsante y que va a enterrarnos a todos.

La prima Maud me acompaña hasta la puerta y me comenta que a la anciana señora B. le sienta de maravilla que la saquen un poco de sus casillas, y pregunta si no es pistonudo estar vivo con un día tan tonificante como el que hace hoy. Me gustaría contestar que a algunos más nos valdría estar muertos, en mi opinión, pero me falta el ánimo necesario para semejante réplica y solo contesto débilmente que entiendo a qué se refiere. Me voy antes de que alcance a darme una palmada en la espalda, pues estoy segura de que eso sería lo siguiente.

Tenía prevista la agradable tarea de escribirle a Barbara esta noche para contarle que la anciana señora B. estaba estupendamente y no mostraba indicio alguno de depresión, pero ya no puedo decirle eso, y tras darle muchas vueltas decido no escribirle siquiera y me paso la velada tratando de hacer cuadrar la grave discrepancia entre el libro de cuentas, las matrices del talonario y una nota del banco redactada con bastante aspereza.

1 de junio. Almuerzo dominical con los Frobisher y cuatro invitados más que se alojan en su casa, a quienes nos presentan, por lo que creo oír, como el coronel Brightpie (que suena bastante absurdo) y señora, sir William Reddie (o Ready, o Reddy, o incluso Reddeigh) y «mi hermana Violet». Esta última es guapísima y lleva un precioso vestido floreado de seda salvaje que, como de costumbre, imagino en mi persona; termino percatándome de que evocaría, sin duda, el melancólico dicho que alude a una mona vestida de seda.

El coronel se sienta a mi lado en la comida y hablamos sobre pesca. Nunca la he practicado, y la considero una crueldad hacia los animales, aunque esto último, sin

duda haciendo gala de hipocresía y cobardía moral, me lo callo. Robert se sienta con «mi hermana Violet» y lo oigo a ratos hablarle de los cerdos, lo que parece un poco raro, pero como a ella se la ve contenta, a lo mejor le interesan.

La conversación se amplía de pronto cuando lady F. introduce el tema de la odontología hoy en día. Todos, excepto Robert, que come pan, tenemos mucho que decir.

(Recordatorio: Dirigir la conversación hacia una vía similar cuando los invitados a mi mesa se sumen en uno de esos típicos y periódicos silencios sepulcrales.)

Hace un tiempo lluvioso y frío, y había confiado en que nos libraríamos de la visita al jardín, pero no va a ser así, y en cuanto acabamos de comer nos aventuramos en la inclemencia. Nos caen gotas de las ramas en la cabeza y avanzamos chapoteando, pero los rododendros y los altramuces son sin duda magníficos y no se hace mayor referencia de la habitual a los monólogos de Ruth Draper. Me encuentro paseando junto a la señora Brightpie (?), quien sabe cuanto hay que saber sobre un jardín, eso es evidente. Por suerte, está dispuesta a hacer todos los comentarios necesarios, y yo solo tengo que decir cosas como «Sí, desde luego que es una variedad muy atractiva». En un momento dado me pregunta si he conseguido alguna vez que su adorada flor azul *Grandiflora magnifica-superbiensis* (o algo parecido) se sienta realmente feliz y como en casa con este clima, a lo que respondo con absoluta sinceridad con una simple negativa. Creo que la dejo bastante tranquila. ¿Será su vida una larga lucha por aclimatar a la G.M.-S.? ¿Qué habría dicho de haberle revelado yo que, en mi jardín, su adorada flor crecía como una mala hierba?

(Recordatorio: Debo cuidarme de la creciente tendencia a especulaciones ociosas de este tipo, que no llevan a ningún sitio y es probable que me hagan parecer un ser distraído en compañía de mis congéneres.)

Tras una prolongada inspección, volvemos sobre nuestros pasos, y en esta ocasión me encuentro hablando con sir William R. y lady F. sobre céspedes. Advierto horrorizada que nos dirigimos hacia los establos, nada menos. No puedo hacer nada al respecto, excepto mantenerme lo más alejada posible de los caballos y abstenerme de hacer comentarios con la esperanza de ocultar que lo único que sé sobre esos animales es que me dan miedo. Advierto que le doy un poco de lástima a Robert, por lo visto, pues se interpone entre mi persona y un animal de aspecto aterrador que me mira furibundo desde su box y enseña los dientes. Siento agradecimiento hacia mi marido, y salgo por fin de los establos con los nervios hechos trizas y los zapatos empapados. Intercambio las cortesías de rigor con los anfitriones y me despido diciéndoles cuánto he disfrutado con la visita.

(Duda que se plantea por sí sola, como ocurre a menudo: ¿Es totalmente imposible combinar las actividades placenteras de la civilización con el mínimo de franqueza requerida para satisfacer la voz de la conciencia? La respuesta sigue pendiente en estos momentos.)

Robert acude a la misa vespertina y yo juego a las damas chinas con Vicky. La niña dice que quiere ir al colegio y esgrime una serie de excelentes razones por las que debería hacerlo. Le digo que lo pensaré, pero soy bien consciente, gracias a experiencias anteriores, de la capacidad casi milagrosa de Vicky para salirse con la suya y de que es probable que en este caso también lo consiga.

Cena de domingo bastante deprimente —carne fría, patatas asadas, ensalada y tarta muy mermada—, después de la cual me dedico a escribir a Rose, a la tintorería, a los economatos del Ejército y la Marina y a la secretaria del condado del Instituto de la Mujer. Robert duerme al otro lado del *Sunday Pictorial*.

3 de junio. Increíble y encantador cambio en el clima, que se vuelve cálido. Saco al jardín una silla, útiles de escritura, una estera y un cojín, pero me llaman para que haga el favor de echar un vistazo al fregadero de la cocina, que por lo visto se ha embozado.

Intento de regresar al jardín frustrado por la llegada de una nota del pueblo —se ruega respuesta inmediata— en referencia a los preparativos del rastrillo al aire libre. La nota me obliga a hablar por teléfono con el carnicero, y después caigo en la cuenta de pronto de que la lista de la tintorería no está hecha y la furgoneta llegará a las once. Cuando llega, me veo en la necesidad de sacar el tema de los manteles, y eso nos lleva —no sé cómo— a una larga conversación sobre el Derby, en la que el conductor de la furgoneta habla maravillas de un caballo que no está entre los favoritos —*Trews*—, mientras que yo defiendo las posibilidades de *Silver Flare* (sobre todo porque me gusta el nombre).

Al cabo de poco llega la señora S. a recoger cosas usadas para el rastrillo al aire libre, y eso lleva su tiempo. Después del almuerzo el cielo se nubla y Mademoiselle y Vicky me ayudan amablemente a entrar otra vez en casa la silla, los útiles de escritura, la estera y el cojín.

Con el correo de la tarde, Robert recibe una carta en la que le anuncian la muerte de su padrino, a los noventa y siete años, y decide asistir al funeral el 5 de junio.

(Recordatorio: Un funeral, y esto es un hecho curioso pero corroborado, es la única reunión a la que la mayoría de hombres acude voluntariamente. Me gustaría reflexionar sobre el motivo, pero tengo que exhumar el sombrero de copa y otros avíos de luto e intentar que el aire libre les quite el olor a naftalina.)

7 de junio. Recibo una carta de Robert (¿por qué no un telegrama, por el amor de Dios?) con el anuncio de que su padrino le ha dejado quinientas libras. Me parece tan absolutamente increíble y magnífico que lloro de puro alivio y satisfacción. Mademoiselle entra en pleno llanto y, cuando le doy una explicación, me besa en ambas mejillas y exclama: «*Ah, je m'en doutais! Voilà bien ce bon Saint Antoine!*». No puedo sino sacar la enternecedora conclusión de que ha estado rogando al Cielo por nosotros, y solo pensarlo casi me hace echarme a llorar otra vez. Paso una tarde muy animada redactando listas de cuentas por pagar, joyas que rescatar, amigos a quienes ayudar y compras que hacer con la herencia, y quedo algo desconcertada al ver que, sumados los importes correspondientes, el total de las listas arroja la cifra exacta de mil trescientas veinte libras.

9 de junio. Regreso de Robert, ayer. Tengo todos los motivos para creer que, pese a no estar muy hablador ni eufórico, aprecia plenamente la flamante estabilidad financiera de que gozamos. Coincide afectuosamente con mi sugerencia de recuperar el anillo de brillantes de la tía abuela en manos del prestamista de Plymouth a tiempo para que figure en nuestro próximo festejo, esto es, en el rastrillo al aire libre, y me apresuro por tanto a viajar a Plymouth en el primer autobús disponible.

No solo vuelvo con el anillo (el prestamista, echando un vistazo al calendario, me felicita por haber llegado justo a tiempo), sino que he comprado asimismo un sombrero para mí, y muchos metros de tela para vestidos de Vicky y un tren eléctrico Hornby para Robin y varios discos de gramófono y un bolsito malva para Mademoiselle. Todos los regalos procuran la mayor satisfacción. Dispongo, además, langosta caliente y ensalada de frutas para la cena, menú que, por desgracia, no hace muy feliz a Robert, quien sugiere, aunque amablemente, que quizá pensaba más en mis propios gustos que en los suyos al concebir esa forma de celebración. Tengo que reconocer, aunque me cueste, que cierta razón tiene. Pasamos una velada agradable charlando sobre el legado del padrino. Comento que deberíamos celebrar una fiesta, y sugiero combinarla con el rastrillo en el jardín. Sin embargo, Robert contesta —y, cuando lo pienso bien, coincido con él— que así ninguna de las dos celebraciones va a ser un éxito, y se abandona el plan. También me ruega que espere a que el rastrillo al aire libre haya pasado antes de ponerme a pensar en otra cosa, y accedo a hacerlo.

12 de junio. Solo se habla del tiempo, favorable en estos momentos —pero ¿quién puede decir si se mantendrán condiciones similares hasta el 17?—, de las ventajas

relativas de que el té se sirva bajo los robles o cerca de la pista de tenis, de qué precio de venta sería razonable poner a los artículos de segunda mano, de la conveniencia de tener un puesto en que se sirvan tanto helados como limonada, y esa clase de cosas. La fecha, por suerte, coincide con las vacaciones de medio trimestre de Robin, y creo que el niño no debe faltar en casa para la ocasión. Los gastos, como le señalo a Robert, no nos suponen nada ahora. Robert cede. Me vuelvo temeraria, se me ocurre alojar a un grupito de huéspedes e invito a Rose a que venga de Londres. Acepta.

Por una curiosa coincidencia, mi vieja amiga del colegio Cissie Crabbe me escribe que pasará por aquí de camino a Land's End el 16, y pregunta si puede quedarse dos noches en casa. Pues sí, puede. Robert no parece muy contento cuando le explico que tendrá que vaciar su vestidor para Cissie Crabbe, pues Rose se alojará en la habitación de invitados y Robin estará en casa. Ya tengo completo mi grupito de huéspedes.

17 de junio. Toda la casa se levanta prácticamente al amanecer para participar en los preparativos del rastrillo al aire libre. Comentan que Mademoiselle se ha saltado el desayuno para terminar el bordado de una bolsa para el puesto de objetos de fantasía, una bolsa para botas de satén rosa en la que, por lo que sé, lleva trabajando las seis últimas semanas. A las diez entra corriendo la mujer del párroco a preguntarme qué opino del tiempo, y añade que no tiene un segundo que perder. A las once sigue aquí y se han unido a ella varios encargados de los puestos y una pareja muy pesada de la zona, los White, que quieren saber si habrá torneo de tenis, y, de no haberlo, si estamos a tiempo de organizar uno. Respondo a las dos preguntas con sendas negativas secas y los White se marchan con pinta de ofendidos. La mujer del párroco comenta que es posible que los hayamos perdido como clientes del rastrillo y que se rumorea que la madre de la señora White, que se aloja con ellos, es rica, lo que bien podría habernos supuesto un par de libras.

Por suerte nos distrae de todo eso la inesperada llegada de un robusto automóvil de color clarete de dimensiones considerables, del que emergen Barbara y Crosbie Carruthers. A Barbara se la ve emocionadísima; C. C. está tranquilo pero parece bien dispuesto. La esposa del párroco suelta un grito y, como una loca, lanza por los aires las tijeras que llevaba en la mano. (Al final aparecen en el cubo de serrín que contiene monedas de dos peniques para la pesca milagrosa, y dan pie a problemas considerables cuando las extrae un niño que, empeñado en que son un premio de verdad, se niega a devolverlas.)

Barbara está radiante y dice que es maravilloso comprobar que su querido pueblo no ha cambiado casi nada. No puedo estar completamente de acuerdo, teniendo en cuenta que no ha pasado fuera ni tres meses, pero por suerte no espera respuesta, y dice que C. C. y ella van a visitar a unos viejos amigos y que volverán esta tarde para la inauguración del rastrillo.

Robert se va a recoger a mi vieja amiga del colegio Cissie Crabbe a la estación, y Rose y yo ayudamos a poner precio a las prendas en el puesto de ropa usada. (Descubro que mis opiniones no siempre coinciden con las de otros miembros del comité. Por ejemplo, ¿por qué piden solo tres chelines y seis peniques por el vestido de crepé georgette que, a última hora y a regañadientes, saqué de mi armario para su sacrificio?)

Llegada de Cissie Crabbe (con un curioso sombrero de lana que, pienso al instante, quedaría mejor en el puesto de prendas de segunda mano) seguida por un almuerzo frío. He puesto empeño en acordarme de que hubiese nueces y sándwiches de plátano para Cissie, pero tengo ciertas dificultades para impedir que Robin y Vicky —a quienes no he dado explicaciones— dejen bien claro que los prefieren al cordero frío con ensalada. Justo cuando superamos la fase de piña en conserva y dulce de cuajada, Robin me informa de que empieza a llegar gente, y todos nos dispersamos con prisas desesperadas y emocionadísimos para reaparecer con nuestras mejores galas. Me

pongo un fular y el sombrero nuevo, ambos rojos, pero me encuentro, como de costumbre, con que todas las combinaciones que tengo son demasiado largas o demasiado cortas. Mademoiselle acude en mi rescate y me pone imperdibles en los tirantes, pero uno se abre más tarde y me provoca muchísimos padecimientos. Rose, también como de costumbre, está más guapa que nadie con su precioso atuendo de muselina de lana verde. Cissie Crabbe lleva a su vez un vestido razonablemente bonito, pero todos esos anillos con escarabeos engarzados, los camafeos, los pañuelos de tul, las hebillas de esmalte y los collares de estilo primitivo lo afean un poco. Y, además, se aferra (erróneamente en mi opinión) al sombrerito de lana, que es bien raro. Tanto Robin como Vicky están adorables, aunque los tres pequeños de Mary Kellway, todos igualitos con su seda salvaje rosa pálido, resultan innegablemente decorativos. (Los tres tienen ondas naturales en el cabello, lo cual me parece injusto, pero hasta que Vicky tenga edad de hacerse la permanente no hay nada que hacer.)

Llega lady Frobisher —diez minutos antes de hora— a inaugurar el rastrillo y Robert la pasea por ahí hasta que el párroco dice: «Bueno, me parece que ya estamos todos congregados aquí...». (Tengo el profano impulso de añadir «ante los ojos de Dios», pero, como es natural, me contengo.) Lady F. se planta con mucha elegancia en una pequeña loma bajo el castaño con el párroco a su lado, Robert y yo retrocedemos modestamente unos pasos, y la esposa del párroco, muy amable pero cometiendo un error, trata de animar a varias personas poco indicadas a que se encaramen a la loma —a la que llama, por gracioso que suene, «plataforma»—, cuando tiene lugar una verdadera confusión con la sensacional llegada de un Bentley colosal cargado con lady B., de azul zafiro y con perlas, y una escolta de criaturas, machos y hembras, muy a la moda, que, por lo visto, van vestidas para Ascot.

«¡Continuad, continuad!», exclama lady B. agitando una mano enguantada en cabritilla blanca que deja caer el bolsito tachonado de joyas, la sombrilla de encaje y el pañuelo bordado. Sigue un gran desbarajuste mientras se recogen dichos artículos para devolverlos a su propietaria, pero por fin continuamos y lady F. dice que es para ella un placer estar hoy aquí, que un casino es un bien muy deseable para el pueblo, y muchas cosas más por el estilo. El párroco le da las gracias por haber venido, con tantos compromisos como tiene, Robert corrobora sus palabras con brevedad casi increíble, algún otro nos da las gracias a Robert y a mí por abrir las puertas de tan magníficos jardines (una pista de tenis, tres arriates de flores y un macizo de arbustos microscópico), yo miro a Robert, quien dice que no con la cabeza forzando, por tanto, una réplica por mi parte, y la esposa del párroco, con innegable presencia de ánimo, se apresura a recordarle a lady F. que ha olvidado declarar inaugurado el rastrillo. Esto último queda hecho de inmediato y todos nos dispersamos hacia los puestos y las casetas.

Lady B. me detiene para preguntarme con tono de reproche si no sabía que ella habría estado perfectamente dispuesta a inaugurar el rastrillo, de habérselo pedido yo. En otra ocasión, añade, no debo dudar un instante en pedírselo. Procede entonces a gastarse nueve peniques en un saquito de lavanda, y luego se marcha de nuevo en su coche con esos amigos suyos de aspecto caro. Semejante conducta nos proporciona a todos un tema de animadísima conversación para el resto de la tarde.

Todo el mundo compra generosamente, se rifan artículos poco apropiados (las rifas son ilegales, el ganador debe pagar seis peniques), los invitados tienen que adivinar el contenido de cajas cerradas, el número de pasas en un gran pastel, el peso de un jamón de aspecto repugnante, etcétera. Llega la banda de música, que se instala en el jardín y toca selecciones del musical *La geisha*. Un elegante caballero con pantalones de franela gris adquiere la bolsa para botas de Mademoiselle; tras un examen más minucioso, el caballero resulta ser Howard Fitzsimmons. Cuando me estoy recuperando de eso, Robin me informa, muy excitado, de que ha ganado una cabra en

una rifa. (La cabra en cuestión goza de una reputación espantosa en la zona, tiene una edad proveya y es muy feroz.) Apenas me da tiempo a decirle que es estupendo y que vaya corriendo a contárselo a papá cuando aparecen la anciana señora B., Barbara, C. C. y la prima Maud, todos juntos. (¿Será posible que hayan cabido todos en el *Austinbaby*?) La señora B. está menos tristonera que en nuestro último encuentro, y hasta llega a decir que, aunque tiene muy poco dinero que gastar, siempre le ha parecido que una sonrisa y una palabra amable valen más que el oro, algo de lo que disiento para mis adentros.

Me pongo pero que muy contenta cuando percibo que C. C. da muestras de una férrea antipatía hacia la prima Maud y que la contradice siempre que ella abre la boca. Los deportes, el té y el baile en la pista de tenis son todo un éxito (excepto quizá desde el punto de vista de futuros tenistas) y Robin y Vicky ni sueñan en comerse los últimos cucuruchos e irse a la cama hasta que dan las diez.

Robert, Rose, Cissie Crabbe, *Helen Willsy* yo nos sentamos en el salón presas de un satisfecho agotamiento y nos felicitamos mutuamente. Robert dice haberse informado a través de una fuente sin duda fiable, aunque misteriosa, de que la recaudación ha sido de tres cifras. Por el momento, todo es *decouleur-de-rose*.

23 de junio. Jornada de tenis en la ornamentada casa de unos ricos. Es la primera vez que nos invitan a Robert y a mí. (Y, probablemente, la última.) Inmensa opulencia de los anfitriones, perceptible al instante gracias a un fabuloso despliegue de tumbonas, todas ellas absolutamente estables y milagrosamente limpias. Me presentan a una joven dama de amarillo y a un joven serio con gafas de montura de concha. La dama de amarillo dice de inmediato que está segura de que tengo un jardín precioso. (¿Por qué?)

Me asignan una pareja mayorcita pero con pinta de eficaz y jugamos contra el de las gafas de concha y una joven y ágil criatura cubierta de un crepé de China carísimo. Advierto al instante que los tres juegan mucho mejor al tenis que yo. Peor todavía, advierto que ellos también lo advierten. Cuando empezamos el partido, mi pareja me avisa con expresión muy seria de que es zurdo. Incapaz de imaginar qué espera de mí al respecto, pierdo la cabeza y le doy la descabellada respuesta de que me parece espléndido.

El partido sigue su curso, hago varias dobles faltas y mi pareja mayorcita se pone cada vez más serio. Al principio de cada juego me mira y repite el tanteo con una claridad aterradora, algo que me desconcierta muchísimo, porque nunca es a nuestro favor. Cuando llegamos a «seis-uno» abandonamos la pista y, en silencio, buscamos sillas lo más alejadas posible entre sí. Me encuentro sentada junto a nuestro diputado y hablamos de la maza ceremonial, de la entrada de mujeres en la Cámara de los Lores —tema en el que discrepamos—, de deportes de invierno y de pastores alemanes.

Robert juega al tenis y hace un buen papel.

Más tarde me mandan de nuevo a la pista y, para mi inenarrable espanto, me hacen jugar una vez más con mi pareja mayorcita.

Me disculpo ante él por semejante desgracia y me pregunta con extraordinario pesimismo: «¿Qué importará dentro de cincuenta años que hayamos perdido este partido?». La dama que está a su lado —¿su esposa, probablemente?— parece muy inquieta al oír sus palabras, que complementa con incoherentes comentarios sobre lo placentero que, en cualquier caso, está resultando. Advierto que miente, pero es evidente que tiene buena intención, y me siento agradecida. Juego peor que nunca y casi ni me sorprende cuando la anfitriona me pregunta si me siento repuesta del todo del sarampión, pues ha oído decir que muchas veces se tarda un año entero en superarlo. Respondo, haciendo gala de sentido del humor, que también me llevará más de un año recuperarme de estos partidos de tenis. Por la expresión de educada perplejidad en su rostro, me percato de que no ha captado en absoluto tan sutil

agudeza y me arrepiento de haberla soltado. Estoy aún dándole vueltas a semejante error cuando advierto que la conversación en torno a mí ha pasado a centrarse, misteriosamente, en los Estados Unidos de América, sobre los que todos nos mostramos muy categóricos. Los americanos, decimos, son sin duda hospitalarios, pero ¿y la deuda de guerra? ¿Y la Ley Seca? ¿Y Sinclair Lewis? ¿Y Aimée MacPherson y la coeducación? Para cuando hemos acabado con todo eso, resulta que ninguno de nosotros ha estado nunca en Estados Unidos, pero tenemos opiniones tajantes, que por suerte coinciden con las de todos los demás.

(Duda: ¿No podría alguien de valentía moral inusitada llevar a cabo un pequeño e interesante experimento que consistiera en aportar de pronto una opinión absolutamente nueva, como, por ejemplo, que los estadounidenses tienen mejores modales que nosotros o que sus leyes sobre el divorcio suponen una gran mejora con respecto a las nuestras? Me encantaría ver el efecto de esas bombas psicológicas o de otras similares, aunque desearía que Robert no estuviese presente en la escena.)

El anuncio del té pone fin a tan inteligentes especulaciones.

Como de costumbre, me llama la atención la infinita superioridad de la comida ajena con respecto a la propia.

La conversación deriva hacia lady B. Todos comentan que en realidad tiene muy buen corazón y luego añaden anécdotas que ilustran sus cualidades menos atractivas. La joven dama de amarillo dice que conoció a lady B. la semana pasada en Londres y que su cara lucía una capa de bronceado de diez centímetros de grosor. No me cuesta creerlo. En este punto me siento mucho más cómoda y noto que un nuevo vínculo ha unido al grupo. Lo que eso viene a revelar sobre la naturaleza humana no deja de ser lamentable, pero también innegable. Hasta mi juego mejora a partir de entonces, y la razón no es otra que la historia que acabo de contar sobre la singular conducta de lady B. en el rastrillo y el éxito de que ha gozado. Hago menos dobles faltas, aunque sigo bastante convencida de que quien juega conmigo siempre pierde el set; no puedo creer que sea mera coincidencia.

De camino a casa, le comento a Robert que más me valdría dejar el tenis, y tras un largo silencio —durante el cual espero que esté concibiendo un pequeño discurso elogioso y convincente a un tiempo—, me contesta que no se le ocurre a qué podría dedicarme en su lugar. Como yo tampoco lo sé, dejamos el tema y volvemos a casa en silencio.

27 de junio. Dice la cocinera que, si no mando a llamar al deshollinador, no se hace responsable de la cocina económica. Por supuesto que podemos llamarlo, contesto. Si no viene, insiste la cocinera ignorando por completo mi respuesta, no quiere ni pensar en lo que podría pasar. Reitero mi total disposición a mandar a llamar al deshollinador de inmediato, y la cocinera sigue mirando para otro lado y repitiendo que si no aviso al deshollinador no sabe qué va a pasar.

Este dialogo —no sé muy bien por qué— me deja alterada el resto del día.

30 de junio. Llega el deshollinador y me arruina el día entero. Tanto el agua de la bañera como la comida están frías, y aparecen restos de hollín en zonas de la casa totalmente alejadas del ámbito de trabajo del deshollinador. A media mañana me pide doce chelines y seis peniques en efectivo, y no los tengo. Recorro a todos los ocupantes de la casa y resulta que tampoco los tienen. Finalmente la cocinera anuncia que acaba de llegar el chico de la carnicería, que está en la puerta de atrás, y que él me los presta si a mí no me importa. No me importa, y le pago por tanto al deshollinador, que se aleja en su motocicleta

3 de julio. Desayuno animado por una carta de la querida Rose, escrita al parecer desde un paraíso terrenal de mar azul y rocas rojizas en el sur de Francia. Dice que está descansando mucho y disfrutando de la agradable compañía de unos amigos encantadores, y hace la inesperada sugerencia de que me vaya a pasar un par de

semanas allí con ella. Me veo impelida a exclamar —un poco sin pensar, quizá— que ser una viuda sin hijos debe de ser lo más maravilloso del mundo, pero solo recibo un frío silencio por parte de Robert, que me hace recobrar la compostura y añadir que no quería decir exactamente eso, en absoluto.

(Recordatorio: En muchas ocasiones, me resulta muy penoso tener que explicar qué he querido decir; de hecho, muchas veces soy consciente de evitar a propósito el autoanálisis. Sin embargo, no pienso adentrarme en este tema ahora ni en ningún otro momento.)

Le digo a Robert que si no fuera por los gastos, porque no tengo qué ponerme, por el servicio y por dejar sola a Vicky, consideraría seriamente la propuesta de Rose. Y pregunto sin esperar respuesta: «¿Por qué va a tener lady B. el monopolio del sur de Francia?». Robert contesta: «Bueno...», y hace una pausa tan larga que me pongo nerviosísima. Ya he imaginado nuestro paso por el tribunal de divorcios cuando por fin se limita a repetir «Bueno...» y abre el *Western Morning News*. Me da la sensación —aunque no lo digo— de que dicho gesto no constituye una contribución adecuada a la discusión. Sin embargo, prefiero continuar con el tema en solitario que dejarlo estar. Y eso hago, pero me veo interrumpida primero por *Helen Wills*, que entra por la ventana («Maldito gato, debería haberlo ahogado», suelta Robert, pero con tono distraído) y luego por la lámpara de alcohol, que se ha apagado de pronto y requiere una mecha nueva. Robert está claramente a favor de llamar al timbre de inmediato, pero se lo desaconsejo y me lanzo a hablar, estrujando el pañuelo que llevo en el bolsillo. (Por desgracia, mi sobrecargada memoria me falla después, en la cocina, y me siento incapaz de recordar si estoy allí porque la mermelada se ha vuelto azúcar por permanecer demasiado tiempo en el tarro o porque las gachas tenían más grumos que de costumbre, pero esto es una digresión.)

Vuelvo a leer la carta de Rose de cabo a rabo y tengo la impresión de que es la oportunidad de mi vida. De pronto me oigo exclamar apasionadamente que los viajes amplían los horizontes, y me acuerdo al instante de la esposa del párroco, quien suele hacer un comentario similar cada vez que se lleva a su marido a pasar dos semanas de vacaciones en el norte de Gales.

Finalmente Robert vuelve a decir «Bueno...», esta vez con un tono algo más benévolo, y luego me pregunta si es tan complicado que nadie toque su frasco de Eno de la repisa del baño.

Condeno al instante a Mademoiselle como indudable malhechora, aunque pienso, con una pizca de culpabilidad, que es probable que la sugerencia original la hiciera yo misma. ¿Y qué pasa con el sur de Francia?, pregunto. Robert parece estupefacto y al cabo de poco abandona el comedor sin haber pronunciado palabra.

Me ocupo de contestar la correspondencia omitiendo la carta de Rose. El resto se reduce a una colección bastante aburrida de facturas pendientes, un ofensivo folletito en el que se interesan por el estado de mis encías, una tarjeta de la secretaria del condado del Instituto de la Mujer en la que me avisa de una reunión para la que cuentan con mi asistencia, y una comunicación en la que un caballero de la nobleza a quien no conozco se dirige a mí en términos afectuosos y por mi nombre de pila, y que acaba con la petición de cinco chelines, si no puedo permitirme más, para una obra benéfica en la que está interesado. El asunto del sur de Francia se archiva hasta la noche, cuando, con Vicky ya acostada, voy a la sala de estudio en busca de Mademoiselle. Me horroriza comprobar que su cena, que espera sobre la mesa, consiste en queso, pepinillos en vinagre y una rodaja de fiambre relleno, todo ello en un mismo plato (¿no le sugeriría acaso a una mente artística un estudio de naturaleza muerta en arte moderno?), junto a una jarra colosal de agua fría. ¿Le gustan esas cosas?, pregunto. Mademoiselle me asegura que sí y añade, muy frugal, que la comida no es algo que le importe. Podría pasarse días sin comer y ni se daría cuenta. Le ha

pasado siempre, desde la más tierna infancia.

(Duda inevitable que se plantea por sí sola: ¿De verdad espera Mademoiselle que me lo crea? Y si es así, ¿qué opinión le merecerán mis aptitudes mentales?)

Hablamos sobre Vicky y doy a entender que la niña es algo discutidora. «*C'est un petit coeur d'or*», replica de inmediato Mademoiselle. Admito que así es, aunque con términos modificados, y Mademoiselle señala al instante la tenacidad y la fuerza de voluntad innegables de Vicky, y hasta llega a decir: «*Plus tard, ce sera un esprit fort... elle ira loin, cette petite*».

Saco el tema del sur de Francia. Mademoiselle, muy comprensiva, me asegura que debo ir a toda costa y añade —sin que haga mucha falta— que he envejecido muchos años en estos últimos meses, y que una vida sin distracciones como la que llevo yo al final solo conduce a la locura.

Me da la sensación de que difícilmente podría haberlo expresado de manera más cáustica, y me deja muy impresionada.

(Duda: ¿Advertiría Robert la fuerza de esas imágenes? Suele tener prejuicios ante lo que no es puramente inglés.)

Regreso al salón y me encuentro a Robert dormido detrás del *Times*. Releo la carta de Rose de arriba abajo, lo que me induce a hacer una lista de la ropa que me haría falta si me uniera a mi amiga, de los gastos estimados —aun sin ser boyante, nuestra situación financiera sigue considerablemente más próspera de lo habitual gracias al legado reciente— y hasta anoto en el dorso del sobre las instrucciones que les dejaría a Mademoiselle, la cocinera y los tenderos antes de marcharme.

6 de julio. Por fin decido unirme a Rose en Ste. Agathe y le escribo para hacérselo saber. La suerte está echada y el Rubicón, cruzado, o lo estará cuando alcance la otra orilla del Canal. En conjunto, Robert adopta una postura benévola ante el proyecto. Supone que no me contentaré con otra cosa, dice, y añade que mejor no cuente con el clima caluroso que promete Rose y lleve mucha ropa interior de lana de repuesto. Mademoiselle se muestra solidaria, pero exclama con dramatismo: «*C'est la Ste. Vierge qui a tout arrangé!*», que a mí me suena a agencia de viajes y me choca muchísimo.

Me acerco al Instituto de la Mujer y hago saber a la secretaria que, sintiéndolo mucho, me perderé la próxima reunión del comité. Se apresura a contestar que no cuesta nada cambiar la fecha. Protesto, pero me gana la batalla un pequeño calendario que saca ella al instante rogándome que proponga un día. Añade que a las otras once integrantes del comité les dará igual el cambio.

(A veces siento cierta aprensión cuando recuerdo conmovedores discursos de las distintas portavoces de nuestra Federación Nacional sobre que todas las integrantes del Instituto de la Mujer tienen las mismas responsabilidades y los mismos privilegios. Confío en que ninguna de ellas tenga ocasión de ahondar en los tejemanejes de las reuniones mensuales de nuestro comité.)

12 de julio. Visito a la gente para despedirme y recibo muchos buenos consejos. Nuestro párroco comenta que beber agua en Francia es una locura a menos que la hayan hervido y filtrado primero; la mujer del párroco comparte la desconfianza de Robert con respecto al clima, aconseja tejidos de fibra animal contra la piel y se ofrece a prestarme un pequeño botiquín de viaje para emergencias. La discusión que sigue sobre si el sulfato de quinina es un artículo sujeto a aranceles aduaneros llega a una conclusión nada concluyente cuando nuestro párroco dicta con firmeza que, en cualquier caso, la honradez es la mejor norma de conducta.

A la anciana señora Blenkinsop —a quien visito de mala gana siempre que recibo carta de Barbara en la que agradece mi generosidad— se la ve temblorosa y debilucha; confía en seguir aquí para darme la bienvenida a mi regreso, pero da a entender que en realidad no debería contar con ello. «Vamos, vamos», digo, y empiezo a pronunciar una elegante frase sobre la maravillosa vitalidad de la señora B. cuando la prima Maud

entra brincando y me corta la inspiración en seco. «¡Demontre!», exclama (o al menos da la impresión de haber dicho eso, aunque es posible que haya sido algo más moderno, pero no mucho más). ¿Qué es todo eso de que me largo al Lido o a no sé dónde y los dejo a todos en casa para que se las apañen? «Para que luego hablen de la emancipación de la mujer», añade. Me gustaría contestar que nadie salvo ella habla nunca de eso, pero sospecho que eso podría tildarse, con razón, de descortés, y no quiero inquietar a la desdichada señora B., a quien ahora considero pura y simplemente una víctima. Ignoro a la prima Maud y le pregunto a la señora B. qué libros me aconseja llevarme. Las restricciones de equipaje son muy estrictas, tanto en lo respectivo al peso como al tamaño, pero podría incluir dos volúmenes largos, si bien en edición de bolsillo, y otro para el viaje en el bolsillo del abrigo.

La anciana señora B., probablemente absorta en la idea de su inminente tránsito, declara de pronto que no hay nada como la Biblia, sugerencia que habría hecho mejor en dejarle a nuestro párroco, en mi opinión. Como es natural, le doy a entender que estoy de acuerdo, pero no me comprometo más. Con un tono categórico que me molesta, la prima Maud recomienda que no me lleve ningún libro, sobre todo en una travesía por mar. Es bien sabido, afirma, que no hay nada que provoque más mareos que fijar la vista cuando el barco se mueve. Mejor recitar poesía o las tablas de multiplicar, pues eso sirve de distracción. No estoy segura de dominar las tablas de multiplicar, pero no lo manifiesto en presencia de la prima Maud.

La anciana señora B. abandona su postura bíblica y dice: «Que lea Shakespeare. En Shakespeare se encuentra de todo, mira si no *El rey Lear*». La prima Maud asiente con su energía habitual, pero apostaría lo que fuera a que nunca ha leído una palabra de *El rey Lear* desde que, imagino, se lo hicieron tragar a la fuerza en su querido colegio Roedean, entre partidos de críquet y hockey.

Hablamos de literatura en general. La anciana señora B. observa que gran parte de lo que se publica hoy en día le parece innecesario, y ¿por qué aparece tanto sexo en todas partes? La prima Maud comenta que, en todo caso, los libros almacenan polvo, y aparta de un manotazo un inofensivo ejemplar de *Time and Tide* en el que la señora B. encuentra evidente consuelo cuando no la están metiendo y sacando del *Austin baby*. Me despido. La anciana señora B. (quien presenta una tendencia a sufrir uno de sus ataques de antaño pero se ve firmemente disuadida por la prima Maud) me da un abrazo y la prima Maud me propina una fuerte palmada en la espalda, un gesto familiar y tremendamente ofensivo.

Echo a andar hacia mi casa y me adelanta un Bentley azul que conozco muy bien, desde el que lady B. saluda con elegante ademán y le ordena al chófer que se detenga. Eso hace el hombre, y lady B. dice: «Entra, entra, no te preocupes por las botas llenas de barro», ante lo que me siento como un simple labriego. Y añade que, como de costumbre, me habré pateado el pueblo haciendo buenas obras. Le parece maravilloso que pueda seguir así día tras día. Contesto con mucha claridad que estoy a punto de emprender viaje hacia el sur de Francia, donde me encontraré con un grupo de amistades distinguidas. (No es del todo mentira, pues la querida Rose ha prometido presentarme a muchos conocidos interesantes, incluida una vizcondesa.)

«No me digas», responde lady B. ¿Pero por qué no voy en la época adecuada del año? ¿O por qué no hago todo el trayecto por mar? Navegar a vela es una maravilla. O ya puestos, ¿por qué no voy a Escocia en lugar de a Francia?

No contesto a ninguna de sus preguntas y pido que me dejen en la esquina. Eso hacen, y lady B. le ordena con un gesto al chófer que siga, pero luego le ordena que se detenga otra vez y se asoma para decir que, si quiero, puede encontrarme alguna pensión baratita. No quiero, y por fin nos separamos.

Me concedo una fantasía bastante melodramática en la que el Bentley se estrella contra un gigantesco autobús y queda hecho fosfatina. Permito que el chófer salga

ileso, pero el destino de lady B. no queda muy claro, porque en la más tierna infancia me marcaron a fuego la máxima de que está mal desear la muerte de otra persona. Considero que esta ley no incluye heridas graves y una posible desfiguración, pero como toda esta cuestión es bastante inútil, más vale dejarla correr.

14 de julio. La cuestión de qué libros me llevo sigue pendiente hasta última hora de la víspera del viaje. Robert pregunta: «¿Para qué vas a llevarte ninguno?» y Vicky aparece con *Les Malheurs de Sophie*, que mete en el fondo de mi maleta, de donde Mademoiselle lo extrae más tarde con ciertas dificultades. Finalmente me decido por *La pequeña Dorrity* *The Daisy Chain*, y por *Jane Eyre* en el bolsillo del abrigo. Preferiría ser de esas personas que no pueden separarse de un volumen de Keats, o hasta de Jane Austen, pero eso queda fuera de mi alcance.

15 de julio. Recordatorio: Insistirme a Robert en que Gladys cobra los sábados. Ocuparme de que hagan una limpieza a fondo de mi habitación. Hablar con Mademoiselle de los dientes de Vicky, del colutorio para enjuagarse la boca, de que *Helen Will* no se suba a la cama y del forro del abrigo de seda salvaje. Escribir al carnicero. Lavarme el pelo.

17 de julio. Tras una salida ajetreada, Robert me acompaña a coger el primer tren a Londres para despedirme. Muchos nervios a causa de los frenéticos esfuerzos por convencer a la maleta de que se cerrara. Por fin se cierra, pero he acabado convencida de que va a costar lo suyo también convencerla de que se abra. Vicky me dedica una despedida alegre pero cariñosa y luego, a última hora, me deja estupefacta al preguntar si volveré a casa a tiempo para leerle un poco después del té. Como ya le he explicado muy bien cuánto va a prolongarse mi ausencia, la pregunta resulta simplemente absurda, pero consigue perturbarme muchísimo, en especial cuando Mademoiselle exclama: «*Ah! La pauvre chère mignonne!*» sin que venga a cuento.

(Recordatorio: Los franceses suelen dejarse llevar por el sentimentalismo hasta extremos completamente ridículos.)

La cocinera, Gladys y el jardinero me despiden en la puerta y me desean que disfrute mucho de las vacaciones, y la cocinera no se calla el comentario de que parece que va a haber temporal en el mar y de que siempre le ha horrorizado la posibilidad de morir ahogada. Dicho lo cual, nos ponemos en marcha.

Llego a la estación demasiado temprano, como de costumbre, y mato el tiempo pidiéndole a Robert que me mande un telegrama si les pasa algo a los niños, porque puedo estar de vuelta en veinticuatro horas. Por toda respuesta me pregunta si llevo el pasaporte. Sé muy bien que el pasaporte está en el maletincito morado que utilizo de neceser, donde lo metí hace una semana, y he comprobado un par de veces al día que siguiese ahí, la última de ellas justo antes de salir de mi habitación hace cuarenta y cinco minutos. Aun así, siento el misterioso impulso de abrir el bolso, sacar la llave, abrir el neceser morado y verificar una vez más que el pasaporte está dentro.

(Duda: ¿No es bien sabido en los círculos terapéuticos que esta clase de conducta es sintomática de un trastorno mental? Vaga pero inquietante asociación con el singular comportamiento de Samuel Johnson en las calles de Londres, aunque demasiado dolorosa para ahondar en ella.)

Llega el tren, me despido de Robert y de pronto tengo la absurda ocurrencia de preguntarle si prefiere que me quede. Me ignora, y con razón.

(Duda: ¿No me vería en una situación sumamente angustiada si un día alguien aceptara uno de esos impulsivos ofrecimientos míos? Lo que me lleva, inevitablemente, a especular sobre la sinceridad de tales ofrecimientos; una vez más, la cuestión resulta demasiado dolorosa para enfrentarme a ella con toda franqueza y me veo obligada a dar carpetazo a este hilo de pensamientos.)

Centro la atención en una compañera de viaje de cabello entrecano y con pinta de desconfiada, quien me informa de inmediato de que la puerta del excusado, que da a

nuestro compartimiento, cierra mal y se abre sola. «Oh», digo con tono de solidaria preocupación, y cierro la puerta. Permanece cerrada. La observamos con inquietud y, acto seguido, se abre de par en par. Poco después, mi compañera de viaje hace un nuevo intento con resultado similar. Dedicamos gran parte del trayecto a este ejercicio. Comento con aire pensativo que la esperanza fluye eternamente en el corazón humano y mi compañera parece más desconfiada que nunca. Por fin dice con tono de desesperación que esta situación no es muy agradable que digamos y se sume en un silencio abatido. La puerta permanece abierta, triunfal.

Voy de la estación de Waterloo a la de Victoria en un taxi, donde saco el pasaporte para tenerlo a mano, pero luego decido que es más seguro volver a meterlo en el neceser, y eso hago. (Leve recrudescimiento del complejo de Samuel Johnson, que desestimo al instante.) Observo con espanto la violencia extrema con que se bambolean los árboles de Grosvenor Gardens bajo el vendaval.

Cambio moneda inglesa por francesa en la estación Victoria, donde el caballero joven y altanero del quiosco se niega a darme nada más pequeño que billetes de cien francos. Le pregunto de qué van a servirme cuando quiera darles algo a los mozos de equipaje, pero el caballero joven y altanero no da su brazo a torcer. Un individuo infinitamente competente con un traje en azul y dorado en el que se lee Dean & Dawson acude en mi rescate y, milagrosamente, me proporciona cambio, me pregunta si tengo reserva en el tren, me conduce hasta mi asiento y me cuenta que representa a la agencia de viajes más famosa de Londres. Le aseguro efusivamente que jamás utilizaré los servicios de ninguna otra —y es verdad— y nos separamos sintiendo gran estima mutua. En una etiqueta de equipaje rasgada por la mitad, tomo nota de que sería un gesto de mera honradez escribir a D. & D. y felicitarlos por tan admirable empleado, aunque intuyo que probablemente no llegaré a hacerlo.

Trayecto hasta el puerto de Folkestone dedicado por entero a observar por la ventanilla del tren los altos árboles, que la fuerza del viento inclina hasta casi tocar el suelo. Me vienen a la memoria las palabras de la cocinera y no me gustan un pelo. Una vez en el barco, recuerdo los distintos consejos recibidos y me cuesta decidirme entre ir derecha al salón para damas, quitarme el sombrero y tenderme en posición perfectamente horizontal (la sugerencia de Mademoiselle) o quedarme a toda costa donde me dé el aire y pensar en otras cosas (forma de proceder que la tía Gertrude me aconsejaba en una postal). Sin opción a decidir cuando descubro, transcurridos apenas cinco minutos desde que hemos subido a bordo, que el salón para damas está lleno de gente que se ha quitado el sombrero y se ha tendido en posición perfectamente horizontal.

Vuelvo a cubierta, me siento en la maleta y decido pensar en otras cosas. Quedo emplazada entre un maestro de escuela y su esposa que se van de vacaciones a Boulogne y que hablan a través de mí sobre los cursos de extensión universitaria. Parecen estar por encima de los elementos. Saco *Jane Eyre* del bolsillo del abrigo, en parte con la leve esperanza de impresionarlos y en parte para distraerme, pero me acuerdo de la prima Maud y me veo obligada a concluir que posiblemente tenía razón. ¿La tendría también con su consejo de recitar poesía? Solo soy capaz de pensar en el frío extraordinariamente húmedo que parece calarme hasta los huesos. El maestro me dice de repente: «Se encuentra bien, ¿verdad?», a lo que contesto: «Oh, sí», y suelta una risotada vivaracha y bastante académica, y me habla del Matterhorn. Pese a no ser en absoluto consciente de recordarlo, me encuentro repitiendo para mis adentros un curioso e ingenioso ejemplo de verso aliterado que aprendí de memoria en mis tiempos de colegiala. (Nota: Comprendo vagamente que los moribundos revivan impresiones de la más tierna infancia.) Justo cuando llego a: «Cargan los comandantes cosacos con cruenta ceguera / Derramando su devastadora destrucción doquiera...» los elementos me superan completamente. Tengo el vago recuerdo de oír gritar al maestro, con tono de gran autoridad, a quien pueda oírle: «¡Abran paso a esta dama! ¡Está indispuerta!»,

instrucción que repite entonces cada vez que me veo obligada a abandonar la maleta. A intervalos, y en estado más o menos delirante, continúo batallando con el poema aliterado y no cejo en el empeño hasta que llego a: «La razón retorna, la religión su rango recupera». Me parece bastante encomiable. Por fin llegamos a Boulogne, descubro que tengo asiento reservado en el tren, pregunto a varios revisores si hacemos transbordo al llegar a París, me contestan unos que sí y otros que no, renuncio por el momento a esclarecer la cuestión y pido, y obtengo, una copita de brandy que me deja como nueva.

18 de julio, en Ste. Agathe. Vicisitudes del viaje bien extrañas, y me dejan pasmada —como tantas veces— las enormes disimilitudes entre los viajes que se emprenden en la vida real y los que se describen en la ficción. Recuerdo muy pocas novelas en las que un trayecto cualquiera en tren no entrañe: (a) un encuentro muy intenso con un miembro del sexo opuesto que conduce a un tenso desenlace emocional; (b) el descubrimiento del cuerpo de alguien asesinado en un estado lamentable y en circunstancias que vuelven imposible su investigación; (c) dos personas a la fuga, ambas casadas con otro, que culmina en grave desilusión o noble renuncia.

Nada de todo esto le añade emoción a mis peregrinaciones, pero, por otra parte, tampoco puede decirse que durante la noche no haya habido incidentes.

Vagón de segunda clase lleno, y la suerte no quiere que me toque un asiento en un extremo. Frente a mí tengo a un joven caballero americano y una pareja francesa bastante mayor con un amigo muy locuaz que lleva una boina azul, se corta las uñas con una navajita y nos habla sobre el estado del comercio de vinos.

A un lado tengo a una madre mayorcita y vestida de negro y al otro a sus dos hijos, que resultan llamarse Guguste y Dédé. (Dédé aparenta unos quince años, pero lleva calcetines; me parece una equivocación, pero no debo pecar de estrecha de miras.)

Hacia las once todos nos hemos sumido en el silencio, menos Boina Azul, que ahora despotrica contra los campeones de tenis, sobre los que tiene mucho que decir. El joven caballero americano parece inquieto ante la mención de algún compatriota suyo, pero es evidente que no entiende lo bastante bien el francés para seguir los comentarios de Boina Azul, y menos mal.

Justo cuando el sueño nos vence a todos, uno por uno —menos al incansable Boina, que ahora come bollitos de salchicha—, el tren se detiene en una estación y nos llegan del pasillo fragmentos de un altercado sobre la admisión de alguien claramente acompañado por un perro grande. Se opone a ello una voz masculina que repite sin parar a breves intervalos: «*Un chien n'est pas une personne*» y cuenta con el considerable apoyo de un coro que repite: «*Mais non, un chien n'est pas une personne*».

Me quedo dormida oyéndolos, pero al cabo de un buen rato me despierta el sonido de una voz suplicante que flota desde el pasillo y pregunta: «*Mais voyons... N'est-ce pas qu'un chien n'est pas une personne?*»

La cuestión sigue sin resolverse cuando vuelvo a dormirme, y por la mañana ya no se oye nada. Especulo en vano sobre si el dueño del *chiense* habrá quedado con el animal en la estación o viajará *tête-à-tête* con él en vagón aparte. Me lavo de manera inadecuada en el cuarto extremadamente sucio dispuesto al efecto tras pasar un buen rato en una cola larguísima. Descubro angustiada que no hay manera de que a una le den de desayunar hasta que el tren pare en Aviñón. Comparto esta información con el joven caballero americano, quien parece profundamente consternado y confiesa que no sabe cómo se dice «pomelo» en francés. Yo tampoco lo sé, pero sí puedo informarlo con contundencia de que no va a hacerle ninguna falta.

El tren lleva retraso y no llega a Aviñón hasta casi las diez. El joven caballero americano parece presa del pánico y asegura que, si se apea, el tren se irá sin él. Ya le pasó una vez en Davenport, Iowa. Con vistas a evitar que se repita semejante

calamidad, me ofrezco a procurarle una taza de café y dos bollos, pero antes de hacerlo me ocupo de mis propias necesidades. Eso nos anima a todos, y Guguste anuncia su intención de afeitarse. Su madre suelta un grito y exclama: «*Mais c'est fou*», con lo que no puedo sino coincidir. Todos los demás reprenden acaloradamente a Guguste (excepto Dédé, quien está sumido en el desánimo) y señalan que con el bamboleo del tren se cortará. Boina Azul llega incluso a vaticinar que se decapitará, lo que provoca los gritos de todos.

Guguste se mantiene firme y saca los chismes de afeitado y una tacita, que le tiende a Dédé para que la sostenga. Todos esperamos en medio de un enorme suspense. La madre sujeta del codo a Guguste mientras este lleva a cabo sus operaciones, que concluye sin haber producido cambio perceptible alguno en su aspecto.

Tras tamaña emoción todos reaccionamos sumiéndonos en un silencio caluroso y polvoriento. El paisaje se vuelve pedregoso y árido, con una deslumbrante calma cubriéndolo todo y ocasionales retazos de reluciente mar verde azulado.

El tren se detiene de vez en cuando y escupe gente diversa. Perdemos a la pareja de franceses, a quienes Guguste tiene que llamar a gritos asomándose a la ventanilla porque se dejaban un termo, y después a Boina Azul, elocuente hasta el final, quien gira en redondo en el andén para hacernos una reverencia cuando el tren vuelve a emprender la marcha. Guguste, Dédé y su madre me acompañan hasta el final, puesto que se dirigen a Antibes. El joven caballero americano se apea conmigo, pero lo pierdo de vista por completo con la emoción de encontrarme con Rose, adorable con su vestido de hilo amarillo con bordados. Dice que está encantada de verme y que estoy hecha un trapo —una verdad como un templo, como compruebo al llegar al hotel y verme en el espejo— pero tiene el generoso detalle de omitir que tengo manchurriones en la cara y que mi combinación ha resbalado misteriosamente hasta asomar cuatro dedos bajo el vestido, lo que añade un toque definitivo de degradación a mi aspecto general.

Rose recomienda un baño y la cama. Accedo a ambas cosas, pero rechazo la taza de té que me ofrece, temerosa de que me recuerde en exceso la campiña inglesa y quede fuera de lugar. Pregunto si han llegado cartas de casa, una tontería, puesto que, en tal caso, tendrían que haberlas escrito antes de mi marcha. Rose pregunta por Robert y los niños, y cuando contesto que tengo la sensación de que no debería haber venido sin ellos, vuelve a recomendarme la cama. Pienso que tiene razón y a ella me encamino.

23 de julio. No puedo dejar de comparar la descabellada rapidez con la que vuela el tiempo cuando estás de vacaciones con la forma en que se arrastran los días y hasta las horas en otros entornos más familiares.

(Recordatorio: Esto echa por tierra de una vez por todas la falacia de que los días parecen más largos cuando se está completamente ocioso. Bien al contrario, cuando están llenos de incesantes actividades parecen mucho más largos.)

Rose, a quien tan bien se le da hacer amigos atractivos e interesantes, forma parte de un círculo de personalidades de talento y, en algunos casos, hasta famosas. Cada día nos reunimos todos en las rocas y nos bañamos en el mar. La temperatura y el entorno son muy distintos de los del canal de la Mancha o el océano Atlántico, tanto que me animo hasta el extremo de practicar la natación. Sin embargo, no puedo competir con la vizcondesa, que sabe bucear, o con una amiga suya cuyo método de lanzarse al agua de espaldas es único y espectacular. Las ganas de emularla, de hecho, me llevan a intentar zambullirme en una única ocasión. Quedo convencida de haber llegado hasta el fondo mismo del Mediterráneo —lo cierto es que hasta dudaba de si volvería a emerger— pero cuando le pregunto a una amabilísima espectadora (famosa directora de colegio) cuánto me he sumergido, me responde con delicadeza: «Hasta justo debajo de la superficie, diría yo», así que lo dejamos estar.

25 de julio. Vicky me escribe una carta cariñosa aunque breve, y Mademoiselle una más larga y bastante ilegible, pero que trasluce su evidente esperanza de que lo esté pasando bien. Me enternecen y les mando una postal a cada una. La carta de Robin, escrita desde el colegio, me llega más tarde y contiene las menciones de costumbre de chicos que no conozco y la noticia de que les ha pedido a dos de ellos que pasen unos días en casa por vacaciones. También ha aceptado una invitación para pasar una semana en casa de otro. Añade en la posdata una pregunta directa: ¿He comprado ya chocolate? Lo hago en el acto.

26 de julio. Compruebo en el espejo que parezco diez años más joven que cuando llegué, y me siento satisfecha. Y lo estoy pese a la peligrosa aventura, no puedo llamarla de otro modo, que acabo de vivir en un mar (temporalmente) muy picado, agitado por el *vent d'est*, en el que solo la vizcondesa de Rose se atrevía a bañarse. Indicó una roca enorme y distante y anunció su intención de nadar hasta ella. Dije que la acompañaría. Mucho antes de que estuviéramos a medio camino, y sabedora de que nunca llegaría a la roca, ya confiaba en que la segunda esposa de Robert fuera buena con los niños. La vizcondesa, que nadaba tranquilamente, me preguntó si estaba bien. «Oh, sí», contesté, y acto seguido me hundí.

(Duda: ¿Castigo divino?)

Continué nadando. La roca se alejaba más y más. Me dije que los titulares que anunciaran mi fallecimiento en tan augusta compañía tendrían cierta distinción y me puse a redactar mentalmente un par que, en mi opinión, quedarían bien en el periódico del pueblo. Estaba pasando a considerar el párrafo en la revista parroquial cuando choqué con una pequeña roca y volví a hundirme al instante. Volví a emerger misteriosamente de la espuma, aunque, y eso lo sé bien, no como Venus ni mucho menos.

Dicen que la muerte por ahogamiento viene precedida por un panorama mental de la vida pasada, perturbadora reflexión esta que estuvo a punto de hacer que me hundiera otra vez. Teniendo en cuenta que un solo recuerdo de mi pasado escogido sin tino bastaría para desconcertarme en grado sumo, me veo incapaz de contemplar la serie entera. Me di cuenta de pronto de que el espacio entre la roca y yo había disminuido. La vizcondesa, quien había permanecido cerca de mí y lucía todo el tiempo una expresión inquieta, la alcanzó sin percances y por fin yo también me encontré agarrándome a afiladas protuberancias con las yemas de los dedos y con las rodillas sangrando profusamente. Comprendí que me habían perdonado la vida, como dicen por ahí.

(Recordatorio: Debo intentar descubrir con qué propósito, si lo hay.)

Decidida a quitarle importancia a tan colosal logro, me limité a hacer una referencia literaria a Byron cruzando a nado el Helesponto, que habría sonado mejor de haberla pronunciado con menos prisas y sin verme obligada a jadear y a escupir litros y litros de agua.

En este punto se me plantea un problema menor pero bastante desquiciante: ¿Qué puede suplir a un pañuelo cuando una se baña en el mar? No se me ocurre ninguna ocasión, excepto quizá el funeral de un ser muy querido, en la que se requiera con mayor frecuencia y urgencia tan doméstico artículo. La respuesta, cuando la obtengo, es cualquier cosa menos satisfactoria.

Dije que tenía frío —y era verdad— y que volvería por las rocas. La vizcondesa, con admirable tacto, no trató de disuadirme y emprendí la marcha.

27 de julio. Fin de las vacaciones a la vista, inconfundible, y todos preguntan amablemente que por qué no me quedo. Menciono en mi respuesta a Robert y los niños y añado, aunque no en voz alta, el servicio doméstico, la colada, el Instituto de la Mujer, la capa de pintura que necesita la bañera y el estado de mi cuenta. Muy corteses, todos dicen que lamentan mi marcha, y llego al temerario extremo de declarar

que volveré el año que viene, aunque sé bien que es improbable.

Paso la última velada escribiendo todas las postales que me había propuesto escribir desde mi llegada.

29 de julio. Londres. Trayecto en tren de regreso en condiciones enormemente mejoradas, en primera y en compañía de una de las amigas más distinguidas de Rose. (Me encantaría encontrarme con lady B. en París o donde fuera, pero no sobreviene tan gratificante coincidencia. Sin embargo, sí me encargaré de hacerle saber en qué círculos me he estado moviendo.)

Travesía del canal tan tempestuosa como siempre y he de recurrir una vez más a «Alarde de aguerridos austríacos», con tan poca suerte como la vez anterior. El barco llega con retraso y el tren todavía más, y el último tren hacia el oeste de Inglaterra ha salido de Paddington mucho antes de que yo llegue a la estación Victoria, así que me veo obligada a hacer noche en Londres. Llamo por conferencia a Robert para contárselo, pero la comunicación es muy mala, como de costumbre, y solo lo oigo decir «¿Qué?». Como parece que Robert, por su parte, no es capaz de oír ni eso, no llegamos muy lejos. Me encuentro con que no tengo dinero, pese a haberle pedido prestado a Rose —los gastos, como siempre, han sido más de los estimados—, pero se lo confío todo a la secretaria de mi club, quien accede a fiarme aunque añade: «Ya que es solo por una noche», lo que me desconcierta un poco.

30 de julio. A veces cuesta bastante readaptarse después de una ausencia de duración y naturaleza insólitas.

31 de julio. El inicio de las vacaciones queda señalado, como de costumbre, por la tarea de concertar citas con el dentista y el médico. Llegan las fotografías que tomé en Ste. Agathe. Por lo visto, me interesan mucho más a mí que a los demás; quizá es natural. (El traje de baño me favorece más incluso de lo que pensaba, aunque el pelo, por otra parte, no se ve en su mejor momento, quizá por culpa del agua salada.) Me doy cuenta con cierto pesar de que paso mucho más tiempo estudiando imágenes más que del admirable grupo de amigos encantadores o de las maravillas de la Naturaleza, ejemplificadas aquí en estudios fotográficos del mar y el cielo.

Los regalos para Vicky, Mademoiselle y la esposa del párroco gozan de mucho éxito, y me siento complacida. Sin embargo, el vestido de cretona floreada que compré en Ste. Agathe por treinta y seis francos ya no me sienta bien, pues mi bronceado está palideciendo y vuelve a aparecer el tono cetrino original. Hasta Mademoiselle, quien tanto me apoya normalmente en lo que respecta a la ropa, observa con recelo el vestido de cretona y exclama: «*Tiens! On dirait un bal masqué*». Puesto que sabe, como lo sé yo, que este pueblo nunca ha sido ni será proclive *abals masqués*, esto equivale a una condena rotunda del vestido de cretona azul, y lo relego, por tanto, a lo más recóndito del armario.

Según la cocinera, *Helen Will* está a punto de tener más gatitos. No sabría decir si Robert lo sabe o no.

Invierto mucho tiempo en cartearme con madres desconocidas a cuyos hijos ha invitado Robin, así como con una abuela con cuyo descendiente va a pasar mi hijo una semana. La curiosa imposibilidad de cuadrar fechas y trenes para todos vuelve el asunto sumamente exasperante. La abuela en particular envía incontables cartas y telegramas que me veo en el deber de contestar, casi siempre con corteses expresiones de gratitud por su amabilidad al acoger a Robin en su casa. Me cuesta muchísimo dar con nuevas fórmulas, y debo reservar alguna para la carta que tendré que escribir cuando la visita haya concluido sin incidentes.

1 de agosto. Regreso de Robin, que ha crecido y está paliducho. También ha comprado un gran frasco de brillantina para ponérsela en el pelo, que ahora le huele a farmacia de mala muerte. Prefiero no mostrarme desagradable al respecto, de modo que me quedo callada mientras Vicky exclama efusivamente que le queda de maravilla,

coincidiendo con la opinión del propio Robin. Los dos se excitan y gritan mucho, y les sugiero el jardín. Robin dice que tiene hambre porque no ha almorzado, y añade muy serio: «casi nada». Resulta que ese «casi nada» ha consistido en un paquete de sándwiches, dos botellas de un líquido atroz llamado Cherry Ciderette, una tableta de chocolate con leche, dos plátanos que ha comprado por el camino y una latita de muestra de galletas de queso. Esta última se la ha cambiado un niño llamado Sherlock por su ejemplar del año pasado de *Pop's Annual*, las aventuras del chimpancé.

Destacan las habituales y enternecedoras muestras de afecto entre Robin y Vicky. Lamento que la experiencia de muchas vacaciones anteriores me haya enseñado a no contar ni por un instante con que duren más de veinticuatro horas, como mucho.

(Duda: ¿Conduce la maternidad al cinismo? Esto contradice todas las convenciones artísticas, literarias o morales, pero no consigo dejar de pensar que bien puede ser cierto.)

Sin embargo, me cuesta no sentirme conmovida cuando oigo que Vicky informa a la cocinera de que, cuando se case, su marido será exactamente como Robin. La cocinera, benévola, contesta que claro que sí, pero que sea buena chica y suelte de una vez la salsera. ¿Y cómo va a ser la esposa del señorito Robin?, pregunta entonces, a lo que el niño contesta que no cree que sea capaz de encontrar una mujer exactamente igual que Vicky, pues con lo buena que es, no puede haber otra.

2 de agosto. Es asombroso cómo cambian las cosas cuando hay un niño más en la casa. Robert encuentra una canica —que por desgracia pisa—, una misteriosa cajita con un agujero en el fondo y media esponja en las escaleras, y comenta: «Esta casa está hecha un desastre», lo que me parece excesivo. Mademoiselle se refiere a los sonidos que emiten Robin, Vicky, el perro y *Helen Wills*, que al parecer han enloquecido todos juntos en el granero, con las palabristas *ohu-bohu*, bien expresivas en mi opinión.

Las comidas, en especial el almuerzo, no son ni muchísimo menos pacíficas. Recuerdo de tanto en tanto con afligido asombro las teorías que defendía en los días en que la maternidad me era ajena: que no era aconsejable andar diciéndoles a los niños siempre que no y encontrándoles defectos sin cesar, y esa clase de cosas. Ahora, de hecho, me avergonzaría de las incontables ocasiones en que me veo obligada a recurrir a esas tácticas, y a otras similares, para mantener a raya a mis queridos hijos. Me acuerdo a menudo de las entusiastas historias que Angela me contaba sobre otras familias y de la admirable disciplina que imperaba en ellas sin esfuerzo alguno por ambas partes. Me gustaría saber —o, más bien, no me gustaría— qué anda diciendo Angela sobre nuestra casa cuando visita a amigos o parientes comunes.

Llega una alegre carta de Rose, todavía en el sur de Francia: el cielo sigue azul, las rocas, rojizas y los baños, tan perfectos como siempre. Experimento la curiosa ilusión de haber recibido un mensaje de otro mundo, un mundo que visité hace siglos y que apenas recuerdo. Aquí hace un tiempo abominable y tengo las dificultades habituales para idear actividades que los niños puedan realizar en casa y que sean variadas, apasionantes y razonablemente tranquilas. No logro imaginar qué pasará si persisten estas condiciones meteorológicas cuando llegue el compañero de colegio de Robin. Se llama Henry. Le pregunto a mi hijo qué gustos tiene su amigo y me contesta: «Oh, no tiene ninguno». Pregunto si le gusta el críquet y Robin dice: «Sí, supongo». ¿Le gusta leer? Robin responde que no lo sabe. Lo dejo estar y escribo a los economatos del Ejército y la Marina para pedir una lata grande de galletas por si vamos de picnic.

Los señores de R. Sydenham y otras dos firmas desconocidas de distintos emplazamientos en Holanda me envían folletos sobre bulbos de interior. En R. Sydenham se muestran especialmente optimistas y, aunque admiten tener constancia de algunos fracasos, señalan que la causa de todos ellos, sin excepción, ha sido siempre el incumplimiento de las instrucciones que vienen en la página veintidós. Me sumerjo en la página veintidós y compruebo que no me queda otro remedio que

conseguir el Preparado Especial de R. Sydenham para cultivar los Bulbos Especiales de R. Sydenham.

Se lo menciono a Robert, quien no apoya en absoluto mi proyecto y hace referencia al pasado noviembre. En el momento no me viene a la cabeza ninguna buena réplica, pero probablemente se me ocurrirá el domingo en la iglesia o en cualquier otro entorno igualmente inapropiado.

3 de agosto. Diferencia de opiniones entre Robin y su padre con respecto a la naturaleza y el emplazamiento de la cena del primero. Robin declara con firmeza que todos los niños de su edad cenan tarde y con los mayores como es debido, y Robert contesta qué allá los idiotas de sus padres. La verdad, no me parece el lenguaje más apropiado para utilizar delante de los niños. En virtud de un acuerdo final y poco satisfactorio, Robin baja esta noche al comedor para compartir la sopa con nosotros y, tras un intervalo, disfrutar del postre. Robert, contrariado, guarda silencio durante todo el ágape y yo les hablo a ambos sobre temas completamente distintos.

(La vida de una esposa y madre es a veces agotadora.)

Además, Vicky se ofende al verse excluida de lo que claramente considera un magnífico banquete digno de Lúculo, y su rebelde actitud cuenta con el apoyo encubierto de Mademoiselle. Me deja pasmada la extraordinaria insistencia con que la niña, día tras día, pregunta por qué no puede quedarse levantada ella también hasta la cena, y el número igualmente inusitado de veces que yo recorro a la invariable fórmula de «Eres demasiado pequeña a tus seis añitos, cariño».

El tiempo está frío y desagradable, y me quejo. Robert afirma que, en realidad, hace bastante calor, pero que no hago suficiente ejercicio. He reparado a menudo en una curiosa falsa creencia muy extendida entre los hombres, la de que nunca, bajo ningún concepto, deben mostrarse amables y comprensivos cuando se trata de los pequeños disgustos y contratiempos que nos depara la vida.

Los días se ven interrumpidos por las recurrentes cuestiones de si la hierba está demasiado mojada para que los niños se sienten en ella y si deben ponerse los suéteres de lana. A la pregunta de si tienen frío, siempre contestan con expresión ofendida que se están «asando». Me gustaría disponer de una explicación científica o psicológica para tan singular estado de cosas, y me reservo mentalmente la cuestión para plantearla en la próxima ocasión en que me encuentre en un entorno intelectual. En estos momentos, sin embargo, esta perspectiva me parece extremadamente remota.

La cocinera dice que, a menos que disponga de ayuda en la cocina, no puede ella sola con todo el trabajo. Me parece una idea poco razonable y un gasto innecesario. Además, sé muy bien que en esta época del año es imposible encontrar ayuda. Me asquea oírme responder con tono agradable e hipócrita que muy bien, que veré qué puede hacerse. Lo cierto es que el servicio doméstico nos convierte a todas en unas cobardes.

7 de agosto. Se celebra la exposición floral de la zona. Paseamos por ahí con nuestras gabardinas, pisando la hierba mojada y diciendo que podría haber sido mucho peor, ¡mira si no qué día les hizo la semana pasada en West Warmington! No puedo evitar acordarme de lo que me han contado sobre el espléndido monólogo de Ruth Draper acerca de los bazares benéficos en la campiña, pero me esfuerzo en quitármelo de la cabeza. La mujer del párroco me lleva a ver las labores de costura de las colegialas, expuestas en una tienda de campaña entre cebollas, begonias y otras hortalizas y plantas. Cuando estoy admirando una blusita de algodón rosa, se me acerca un niño un poco raro y me dice que la niña no está bien, que no pueden bajarla de la barca del columpio y que si puedo ir, por favor. Voy, seguida por la mujer del párroco, que suelta tonterías como que será por el calor y que a ella esos columpios siempre le han parecido peligrosos desde el espantoso accidente que ocurrió donde vivía antes,

cuando al romperse el trasto murieron siete personas y muchos espectadores resultaron heridos. Después de eso me tranquiliza encontrarme con una Vicky paliducha que se agarra con obstinación a las cuerdas de la barca en movimiento y hace caso omiso de dos hombres que le dicen desde abajo «Vamos, baje de ahí, señorita» y «Venga, baja ya, pequeña». Mademoiselle, en tremendo estado de agitación y con las manos entrelazadas, se pasea de aquí para allá profiriendo toda clase de exclamaciones y súplicas galas a los santos. Robin se ha alejado hasta el fondo del campo de juegos y finge interés en un inmenso caballo de tiro atado con cintas rojas.

(*Nota bene:* Quizá mi querido Robin no es tan distinto a su padre como a veces quisiera suponer.)

Le digo a Vicky con mucha dureza que, a menos que baje de ahí al instante, va a acostarse temprano cada noche durante una semana. Por desgracia, la banda ataca en ese momento «Land of Hope and Glory» con tremendo estruendo y me veo obligada a decirselo a pleno pulmón, lo que no resulta muy digno, y a repetirlo tres veces para que surta efecto, y para entonces ya se ha formado una multitud alrededor. La gente prorrumpie en aplausos cuando por fin el columpio se detiene y Vicky —cubierta de lamparones— es rescatada por un hombre con chaquetón a cuadros y gorra *detweed* que le dice: «¡Fuera del avión, Amy Johnson!» ante una nueva ronda de aplausos.

Mademoiselle se lleva a Vicky sin un segundo que perder. La mujer del párroco comenta que los niños son todos iguales y que podría tratarse de un caso leve de intoxicación por tomaína y que por qué no la acompaño y la ayudo a puntuar los cochecitos de niño decorados.

Me encuentro con varios conocidos y con la señorita Pankerton, una recién llegada que ha comprado una casita en el pueblo y a quien todavía no he ido a visitar. Lleva unos anteojos que sujeta en la nariz y se rumorea que ha estado en Oxford. Todo cuanto consigo sacarle es que este asunto le recuerda bastante a Dostoievski.

Me da la impresión de que ni sé ni me importa a qué se refiere. Sí estoy convencida, sin embargo, de que volveré a tener noticias de la señorita P. o de Dostoievski, pues me asegura que es la persona menos convencional del mundo y nunca se anda con ceremonias. Y añade que cuando conoce a un alma afín sabe al instante que lo es y nada puede detenerla, y bien puede, dejándose llevar por el impulso del momento, acercarse a desayunar o a tomar un café después de cenar.

Como soy incapaz de contemplar la reacción de Robert ante la señorita P. y Dostoievski en el desayuno, pongo fin a la conversación lo antes posible.

Encuentro a Robert, al párroco y a un vecino terrateniente contemplando los caballos. El párroco y el terrateniente hablan del tiempo, pero no dicen nada nuevo. Robert no dice nada en absoluto.

Vuelvo a casa sobre las ocho, extrañamente agotada, y me llevo un chasco al encontrarme a las dos criadas saliendo hacia el baile de la exposición floral. La cocinera dice en tono alentador que las patatas están en el horno y todo lo demás en la mesa, y que espera que la gatita no haya conseguido entrar, por la mantequilla. Acabo ocupándome yo de fregar los platos mientras Mademoiselle acuesta a los niños, y luego subo y les leo los *Cuentos de Tanglewood*.

(Duda, básicamente retórica: ¿Por qué la gente dice tantas veces de las mujeres casadas, con hijos y sin profesión que llevamos una vida «desahogada»? No encuentro respuesta.)

8 de agosto. Tarde espantosa, ocupada por entero con la visita de la señorita Pankerton, ataviada con un suéter azul tejido a mano más ancho por delante que por detrás, una falda muy corta y una boina negra increíblemente pequeña. Fuma cigarrillos en una boquilla larguísima y se sienta a horcajadas en el brazo del sofá.

(*Nota bene*: El brazo del sofá no está hecho en absoluto para soportar tanto peso y cruje varias veces de manera alarmante. Tengo que acordarme de ver si puede hacerse algo al respecto; en cualquier caso, he de ingeniármelas para lograr que la señorita P. se sienta en otro sitio en subsiguientes visitas, si las hay.)

Conversación muy literaria y académica. Mi contribución se reduce prácticamente a decir que aún no lo he leído y que aparece en la lista de la biblioteca pero de momento no ha llegado. Tras lo que se me antojan horas, la señorita P. pasa al terreno personal y me dice que le parezco una mujer que nunca ha tenido una vida plena. He pensado exactamente lo mismo muchas veces, pero eso no impide que me sienta furiosa con la señorita P. por haberlo dicho. O no percibe mi furia o bien le es indiferente, pues pasa a preguntarme con tono acusador si no comprendo que no tengo derecho a convertirme en una bestia de carga doméstica, sin otros intereses que los críos y la cocina. Y pregunta con vehemencia qué he leído estos dos últimos años, por ejemplo. En el preciso instante en que respondo con un hilo de voz que he leído *Los caballeros las prefieren rubias*, lo único que soy capaz de recordar, por lo visto, entran por la puerta Robert y el té. Sigue un curioso y difícil interludio, en el transcurso del cual la señorita P. habla del C.E.U.N. (Ni idea de qué es, pero finjo saberlo todo al respecto) y la situación en India, y Robert o no dice nada o bien la contradice sucintamente y con contundencia. La señorita P. se marcha por fin tras declarar que está decidida a dejarme como nueva antes de acabar conmigo y que no tardaré en volver a verla.

9 de agosto. Unos padres con pinta muy ostentosa y en un enorme coche rojo depositan al amigo Henry y salen pitando tras echar una única y desdeñosa mirada a la casa, el jardín, mi persona y los niños. (Lo entiendo, en cierto sentido, pues han llegado antes de lo esperado y Robin, Vicky y yo tenemos un aspecto muy desaliñado porque llevamos un buen rato jugando a bestias salvajes en el jardín.)

Henry se ve immaculado con los pantalones de franela gris y la corbata roja, pero se deshace de todo eso en cuanto sus padres han partido y no tarda en adoptar un aspecto desarrapado y en soltar los gritos y chillidos de quien se siente como en su casa. Robert, por alguna razón desconocida, parece incapaz de recordar su nombre y lo llama Francis. (Me gustaría establecer una asociación de ideas, pero estoy perpleja.) Los dos chicos bajan a cenar y Henry nos asombra a todos, del primer plato al postre, con un auténtico caudal de información concerniente a lanchas, aviones y submarinos. Muy instructivo. Cuando los chicos ya se han ido a la cama, me tranquiliza que Henry vuelva a parecer un niño con el pijama a rayas azules y me pida que deje la puerta abierta para que entre la luz del pasillo.

Bajo a ver a Robert y le pregunto —dando varios rodeos, pues sé muy bien la respuesta— si no le apetecería llevarnos a Mademoiselle, a los niños y a mí a pasar un día en la playa la semana que viene. Podríamos invitar a un par de amigos y hacer un picnic, añadido con falso optimismo. Robert parece horrorizado y pregunta si de verdad es necesario hacer eso, pero tras discutirlo un poco cede con la condición de que haga buen tiempo.

(No me sorprendería enterarme de que desde entonces está rezando para que llueva.)

10 de agosto. Veo a la señorita Pankerton por la ventana de la oficina de correos y pienso seriamente en pedir que me dejen meterme un momento debajo del mostrador o esconderme en el despacho del fondo, pero me contengo porque están presentes los niños y también porque la jefa de la oficina se ha embarcado en una historia interesante sobre el veredicto de la magistratura, que el pasado lunes concedió la orden de alejamiento solicitada por la señora W., la del pub Queen's Head. Justo cuando llegamos a que es la comidilla del pueblo que el señor W. arrojó un plato pintado a mano con una vista de Teignmouth al otro extremo de la habitación —de una punta a otra, nada menos, añade la jefa de la oficina con tono de admiración—, sufrimos la invasión de la señorita P., acompañada por dos perros pastores y varios

niños patilargos.

Resulta que los niños son sus sobrinos, que están de visita, y la señorita P. les dice que vayan a hacerse amigos de Robin, Henry y Vicky. En este punto todos intercambian miradas del odio más negro, con la lamentable excepción de Vicky, quien mira al primo más alto y le sonríe sin que él se dé cuenta. La señorita P. se abalanza sobre Henry y me dice que este es mi chico, que tiene los ojos igualitos que yo y que lo habría reconocido en cualquier parte. Nadie la contradice, aunque no me deja muy contenta porque Henry, en mi opinión, es un crío de aspecto completamente anodino.

La jefa de la oficina interviene para decir, con cierta diplomacia, que le he pedido un librito de sellos de dos chelines, ¿verdad?, y que tiene, pero que la perdona pero yo siempre me llevo el librito de tres chelines. La perdono, sí, y le explico que solo llevo encima dos chelines, y contesta que no importa, que puedo darle el chelín que falta a Harold cuando pase a recoger las cartas. Me avengo a todo y hago oídos sordos a la señorita P., que exclama desde el fondo que todo esto parece salido de una novela de Hardy.

Salimos todos en tropel de la oficina de correos y el más pequeño de los sobrinos Pankerton comenta de pronto que, en su casa, el agua se filtró una vez por el suelo del baño y cayó al comedor. Vicky suelta «Oh» y luego nos quedamos todos callados hasta que la señorita P. le dice a otro sobrino que no le retuerza la cola al perro pastor de esa manera. El sobrino pregunta con aire perplejo por qué no, y la señorita P. replica: «Noel, ya está bien».

Recordatorio: Los placeres de la conversación son a menudo bien curiosos, en especial en compañía de niños. A veces me he preguntado en qué etapa del desarrollo empieza a parecer deseable la idea de que la conversación fluya, pero sigue entonces la perturbadora reflexión de que quizá esa etapa no llegue nunca. Considero durante unos instantes si debería plantearle la cuestión a la señorita Pankerton, pero decido que más vale no hacerlo; en cualquier caso, está hablando sobre H. G. Wells, y prefiero no interrumpir. Justo cuando me cuenta que es absurdo comparar a Wells con Shaw (algo que nunca se me habría ocurrido), un sobrino Pankerton y Henry empiezan a darse patadas en las espinillas y tengo que decirles que ya es suficiente. El sobrino Pankerton, muy nervioso, dice: «Dile que no me llamo Noah, sino Noel». Se aclara semejante malentendido, pero para sus coetáneos el sobrino sigue siendo Noah, destino del que no se librarán en años venideros, y la autoría de tan brillante agudeza le merece a Henry muchos elogios.

No me parece que la señorita P. encuentre divertido en lo más mínimo todo el asunto y, por hablar de otra cosa, me apresuro a invitarlos a todos a acompañarnos al picnic que tenemos planeado para la semana que viene.

(Duda: ¿No resultaría instructivo examinar detenidamente los motivos exactos que determinan sugerencias e invitaciones aparentemente espontáneas? Respuesta: Sería instructivo, sin duda, pero probablemente doloroso en muchos casos; pensándolo bien, no voy a embarcarme en semejante ejercicio.)

Nos despedimos de los Pankerton en el cruce, pero no antes de que la señorita P. haya aceptado la invitación al picnic. Añade que tendrá a su hermano y a un querido amigo que se dedica a escribir pasando unos días con ella, y que confía en que no seamos un grupo demasiado numeroso. No, no, en absoluto, digo. Tengo la impresión de que eso zanja la cuestión de si comprar o no media docena más de platos de picnic y tazas de esmalte a los que ahora convendrá sumar también un termo nuevo, porque de otro modo no hay esperanza de que la cosa cuadre. La señorita P. comenta que será estupendo y pregunta si deben llevar sus propios sándwiches. Suelto una exclamación de espanto y ella pregunta «¿De verdad?», a lo que yo respondo con otro «De verdad» con el mismo énfasis pero con una inflexión bien distinta, y nos separamos.

Robin dice que no entiende por qué los he invitado al picnic y contengo el impulso de

contestar que yo tampoco, y Henry me lo cuenta todo sobre los ascensores hidráulicos. Mando a los niños arriba, a lavarse para el almuerzo y les pido a voz en cuello varias veces que se den prisa o llegarán tarde, pero me llevo un disgusto cuando, finalmente, Gladys hace sonar el gong diez minutos después de lo previsto. No logro decidir si hablar con ella o no y la cuestión me tiene preocupada mientras doy cuenta del cordero asado con salsa de menta, pero se me olvida cuando pasamos a la macedonia de frutas, pues descubro que la cocinera ha cometido la barbaridad de sustituir el plátano por frambuesas.

13 de agosto. Pongo al corriente a la cocinera sobre el picnic —para diez personas más o menos, digo, porque parecen menos que si digo solo «para diez»— pero no le entusiasma la idea y declara que no hay nada que meter en los sándwiches, por lo que ve, y que el carnicero no vendrá hasta pasado mañana, y entonces solo traerá pescuezo para el estofado. Intuyo que ha llegado el momento de adoptar una postura bien firme con la cocinera, y nos sorprende a ambas diciendo de pronto que eso son tonterías, que encargue un pollo en la granja y prepare sándwiches fríos con él. No alcanzará para todos, protesta la cocinera, pero lo hace débilmente y aprovecho mi ventaja para recomendar también carne enlatada y huevos duros. Dejo a la cocinera completamente derrotada y salgo de la cocina con gesto triunfal, pero en el pasillo me encuentro con Vicky, quien me pregunta a gritos (fácilmente audibles desde la cocina y más allá) si sé que la colilla que he arrojado a la chimenea del salón ha hecho que el fuego se prenda solo.

15 de agosto. El picnic se celebra en condiciones singulares y bastante desastrosas, pues el día no empieza bien por culpa de la extraña ocurrencia de Robin y Henry de pasar la noche en el cenador en el jardín. Mademoiselle y yo se la preparamos con sumo cuidado; Mademoiselle hasta puso la guinda con un pequeño jarrón de flores sobre la mesa. A las dos de la madrugada decidieron que querían volver a casa, adonde entraron por la ventana de la biblioteca, que les habíamos dejado abierta. Henry iba envuelto en varias mantas, y al tratar de subir por las escaleras tropezó y cayó, y Robin volcó el taburete del vestíbulo y pisó a Helen Wills.

Nos despertaron a Robert y a mí, y Robert no estaba muy contento que digamos. Mademoiselle apareció en el rellano *enpeignoiry* con la cabeza envuelta en un chalecito gris, pero al ver a Robert en pijama soltó un grito y puso pies en polvorosa otra vez. (Los franceses son una mezcla bien curiosa de pudor y lo contrario, sin duda.)

Henry y Robin presentaban cierta tendencia a dar explicaciones, pero tras disuadirlos los metí en la cama. Cuando volvía por el pasillo a mi habitación, unos ruidos me indicaron que se había despertado Vicky, quien automáticamente hizo campaña preguntando: «¿Puedo ir yo también?». Un instinto indefinible pero evidentemente más fuerte que el maternal me empujó a dejar el asunto en manos de Mademoiselle, y eso hice sin un titubeo.

Me volví a la cama con la sensación de que el día no estaba empezando bien, pero me dormí. No he vuelto a despertarme hasta que Gladys me ha llamado con diez minutos de retraso, pero como Robert no parece haberse dado cuenta, no le he llamado la atención.

El cielo está gris, pero no necesariamente amenazador, y el barómetro no ha bajado en exceso. Todo está a punto cuando la señorita Pankerton (con gabardina, gorra verde de punto y enormes guantes amarillos) aparece en un Ford de tamaño considerable a rebotar de sobrinos, perros pastores y un par de hombres. Estos últimos se transforman al poco en el hermano Pankerton —que resulta ser oriundo de Vancouver— y el amigo escritor, muy alto y paliducho, a quien la señorita P. llama «Jahsper» dándose aires de ama y señora.

(Algo me dice que Robert y Jahsper no van a caerse bien.)

Tras los prolegómenos de rigor sobre el clima, dedicamos mucho tiempo a discutir

sobre la distribución en los coches. Cierta propensión por parte de los niños a sentarse con sus propios parientes, todos excepto Henry, quien dice simplemente que el coche de alquiler pinta mucho mejor y que si puede sentarse al lado del conductor, por favor. La presencia de los perros pastores lo complica todo muchísimo y Robert se ofrece a encerrarlos todo el día en el cobertizo, pero la señorita Pankerton contesta que eso les rompería el corazón, pobrecitos, y que pueden ir echados en cualquier sitio entre las cestas de picnic. (Lo cierto es que ambos acaban echándose a los pies de Mademoiselle, quien parece angustiadísima y me pregunta si llevo por casualidad una botellita de *eau-de-Cologne*; como es natural, no la llevo. Las cestas de picnic, como de costumbre, pesan como piedras, y los termos sobresalen en ángulos inconvenientes y ruedan hasta darnos en las piernas. (Tengo el acierto de citar la balada de John Gilpin y su caballo desbocado, pero nadie me presta atención.)

Cuando hemos recorrido unos quince kilómetros empieza a llover, y no para. Los coches se detienen y descubrimos que existen dos escuelas de pensamiento: una, liderada por la señorita P., sostiene que estamos dejando atrás el mal tiempo, y la otra, que encabeza el hermano de Vancouver y cuenta con el acérrimo apoyo de Robert, afirma que estamos avanzando derechos a su encuentro. Gana la señorita P. —como era de esperar, supongo— y proseguimos el viaje, pero el mal tiempo no nos abandona. Para cuando llegamos a nuestro destino el mal tiempo se nos ha pegado hasta tal punto que me pregunto si volveremos a salir y a dejarlo atrás alguna vez.

Nos vemos obligados a almorzar en tres casetas de playa cuyo alquiler ha pagado Robert, y los niños se ponen muy alegres y revoltosos. La señorita P. le habla sobre el matrimonio en igualdad de condiciones a Robert, que no contesta, y Jahsper me pregunta qué opino de James Elroy Flecker. Como no recuerdo la naturaleza exacta de las actividades a que se dedica J. E. F., me limito a responder que en muchos sentidos era maravilloso —sin duda lo era—, y Jahsper parece satisfecho con eso y se come unos sándwiches de tomate. Los niños juegan a las adivinanzas, casi todas muy viejas y tontas, y la señorita P. parece enfadada y dice que va a ver si ha parado de llover. Pues no, no ha parado. Tengo la sensación de que hay que separarla de los niños a toda costa, y le digo a Robert en urgentes susurros que, con lluvia o sin ella, los críos tienen que salir.

Y eso hacen.

La señorita Pankerton se vuelve comunicativa y le comenta de pronto a Jahsper que sin duda entenderá ahora a qué se refería ella cuando hablaba de los vestigios decididamente victorianos que aún pueden encontrarse en las familias inglesas. Cuando oye esto, el hermano de Vancouver parece horrorizado —ya puede estarlo— y sale precipitadamente a la intemperie. Jahsper dice «Tú sabrás» y suelta un suspiro. Inicio de inmediato la enérgica búsqueda de un plato perdido a modo de distracción estratégica.

Acto seguido, los niños se bañan, acaban más mojados que nunca, chorrean y lo empapan todo, y los secamos —Mademoiselle predice la muerte por pulmonía de todos—, y luego nos dirigimos de vuelta a los coches. Ha desaparecido un perro pastor, pero por fin aparece empapadísimo y se sitúa en los regazos unidos de Vicky, Henry y un sobrino. Ya no me quedan energías para protestar, y nos ponemos en marcha.

Ruego a la señorita P., a Jahsper, al hermano, a los sobrinos, a los perros pastores, a todos, que pasen a secarse un poco y a tomar el té, pero tienen la decencia de rehusar; no me esfuerzo en insistir y los observo partir con indecible gratitud.

(Lamentaría pensar que los impulsos hospitalarios dependen casi por entero de nuestra propia conveniencia, pero no puedo dejar de sospechar que en efecto es así.)

En conjunto, Robert se muestra paciente en extremo y no dice nada peor que «¡Bueno!», si bien es cierto que su tono es muy expresivo.

16 de agosto. En el desayuno, Robert pregunta de pronto si aquel tipo tan horrible se gana la vida de alguna manera. El instinto me dice al instante que se refiere a Jahsper, pero la poca información que puedo darle es que Jahsper escribe, lo que a Robert no le parece muy honroso, por lo visto. Llega a decir que confía en que la lluvia de ayer acabe con él, pero no sé muy bien si se refiere a su presencia en el vecindario o a su existencia en este planeta, y prefiero no averiguarlo. Sí le pregunto a Robert si lo de ayer no le recordó a la señorita Edgeworth, a Rosamond y su excursión campestre, pero no obtengo respuesta, y la conversación —si se le puede llamar así— se rebaja una vez más hasta el nivel del ligero sabor amargo del café y la absoluta imposibilidad de encontrar beicon bueno de verdad en la región. Lo único que pone fin a este estado de cosas es la repentina irrupción de Robin, quien comenta sin preámbulos: «¿De verdad está a punto *Helen Wills* de tener gatitos? Eso dice la cocinera».

Mi única esperanza es que Robin no haya captado las palabras exactas de la breve exclamación con que su padre encaja la noticia.

18 de agosto. Llueve a cántaros y accedo a que los tres niños se disfracen. Para ello pongo a su disposición una espléndida selección de mi guardarropa. Esto me concede media hora sin interrupciones ante el escritorio, donde escribo al panadero —el pan moreno deja mucho que desear—, a Rose —en una postal del río Cam, en Cambridge, que ha aparecido misteriosamente entre mis artículos de papelería—, a la esposa del director del colegio de Robin —le hablo sobre todo de calcetines, pero también de que, en el futuro, podría sustituirse el boxeo por la danza— y a lady Frobisher, a quien le encantaría que Robert y yo acudiéramos a tomar el té mientras todavía haya algo que ver en el jardín. (Como no me hace gracia contestar que preferiría acudir cuando ya no haya nada que ver para poder disfrutar en paz de un excelente té, sacrifico una vez más la verdad a las exigencias de la cortesía.)

Justo cuando decido enfrentarme a un gran sobre cuadrado de fino papel azul con un curioso forro morado destinado a frustrar la lectura de la carta que contiene —lo que, de todas formas, resultaría imposible, pues las de Barbara Carruthers son casi ilegibles—, suena el timbre de la puerta principal.

Me acuerdo de inmediato de lady B. y ensayo a toda prisa las referencias que pretendo hacer a mi reciente estancia en el sur de Francia (no especificaré la duración de la visita) y a las cordiales relaciones establecidas allí con los círculos más distinguidos y con la vizcondesa de Rose en particular. Tengo también la suficiente presencia de ánimo para hacer uso del peine de bolsillo, el espejo y la pequeña polvera que guardo para emergencias en un cajón del escritorio. (Descubro, mucho después, que se me ha ido considerablemente la mano con la polvera, lo que me lleva a pensar, y no por primera vez, que nos ahorramos muchas cosas gracias a la incapacidad —que tan erróneamente deplorara aquel poeta escocés, Burns— de vernos como nos ven los demás.)

Se abre la puerta y hacen pasar a la señorita Pankerton, seguida —de mala gana, me parece— por Jahsper. La señorita P. lleva una capa de aspecto militar y boina, como la otra vez. Me parece una combinación extraña, y de todas formas la capa tiene pinta de ir a gotear sobre los muebles y le ruego que se la quite. Eso hace ella con gesto muy ampuloso (¿será que ha visto *Los tres mosqueteros* en el cine del pueblo?) y, por desgracia, una punta de la prenda, muy pesada al parecer, le da a Jahsper en un ojo. La señorita P. le quita importancia al asunto, pero Jahsper, claramente dolorido, se sume en un profundo desánimo y sigue sujetando un buen rato contra el ojo un gran pañuelo amarillo de crepé de China. Me distraigo preguntándome si debería proponerle que subiera a lavárselo —lo que entrañaría hacerlo pasar al baño, probablemente desordenado— mientras trato de escuchar a la señorita P., que está hablando de Proust.

Esto lleva, mediante un proceso que no logro seguir, a una conversación sobre

nombres de pila, y la señorita P. dice entonces que todos los nombres de flores son absurdos. Me horroriza oírme replicar, como una tonta, que Rose me parece un nombre muy bonito puesto que una de mis mejores amigas se llama así, a lo que la señorita P. responde que eso no tiene mucho que ver, en realidad, y Jahsper, todavía dándose toquecitos en el ojo herido con el pañuelo, contribuye con la grave afirmación de que solo los rusos son capaces de comprender la belleza que entraña la nomenclatura. De nuevo me horrorizo al oírme decir «Iván Ivánovich» sin que venga en absoluto a cuento, y empiezo a preguntarme seriamente si me estará afectando algún trastorno mental. Es más, estoy convencida de haberle dado pie a la señorita P. para referirse a Dostoievski, de quien no me apetece oír hablar, y del que soy incapaz de conversar.

Sin embargo, la situación se ve totalmente revolucionada por la inesperada entrada de Robin, trastabillando bajo mi abrigo de pieles y con el sombrero de crinolina roja del verano pasado; de Henry, envuelto en un kimono azul, con varios pañuelos de Mademoiselle, un viejo par de guantes de piel y una gorra escarlata de colegial como inapropiado toque final, y Vicky, que solo lleva puestos unos bombachos de seda verde y un gran sombrero de fieltro negro, que no me suena de nada, ladeado con mucha gracia.

Todos nos sumimos en un silencio completamente perplejo hasta que Vicky, dando un paso adelante con perfecto aplomo, pregunta con elegancia: «¿Qué tal?» y les da sendos apretones de manos a Jahsper y la señorita P. Yo consigo mejorar mi sólido récord de inutilidad absoluta al comentar que los niños se han disfrazado.

La atmósfera se vuelve muy tensa, y solo Vicky se lanza a recordar alegremente el picnic reciente, sin obtener respuesta. La caída a plomo en el abismo del fracaso viene cuando resulta que el sombrero negro de Vicky, que la niña ha encontrado en el vestíbulo, es en realidad propiedad de Jahsper. Me deshago en disculpas, los niños sueltan risitas, la señorita P. arquea las cejas, que alcanzan alturas insospechadas, y se levanta para observar las estanterías de libros con distante actitud de superioridad. Jahsper dice: «Oh, no pasa nada, de verdad que no tiene importancia», pero parece muy ansioso cuando recibe el sombrero, por el que pasa dos dedos para quitarle el polvo.

Alivio máximo cuando la señorita P. anuncia que deben irse o se perderán el concierto de Brahms en la radio. Me apresuro a coincidir en que sería imperdonable y le digo a Robin que abra la puerta. Justo cuando todos cruzamos el vestíbulo, a Gladys se le ocurre la gran idea de hacer sonar el gong para el té, y me veo obligada a preguntarles si se quedarán a tomarlo, pero la señorita P. dice que ella nunca toma nada entre el almuerzo y la cena, gracias, y Jahsper finge no haberme oído y ni siquiera contesta.

Salen con paso decidido a la lluvia torrencial. La señorita P. agita de nuevo la capa con gesto marcial (Jahsper se encoge y se aparta varios metros) y hace caso omiso del pequeño y elegante paraguas bajo el que se refugian Jahsper y su sombrero negro. Robin, con tono de notorio desagrado, me pregunta si de verdad me gusta esa gente. Ignorarlo me parece lo más indicado, y recomiendo que se laven para el té. Sigue la discusión acostumbrada sobre si hace falta lavarse o no.

(Recordatorio: He considerado a veces —aunque solo por pasar el rato— escribir una carta al *Times* para averiguar si tienen constancia en sus archivos de padres e hijos cuyas opiniones sobre esta cuestión coincidan. Es un tema bastante más atractivo que esos que tan exhaustivamente tratan.)

25 de agosto. Muy disgustada con los señores de R. Sydenham. Me rogaban encarecidamente en su folleto que pidiera los bulbos con la suficiente antelación, pero cuando lo hago —con considerables molestias por la tensión habitual de las vacaciones— me contestan por carta que me mandarán el pedido «cuando esté listo». Considero seriamente cancelar todo el encargo (seis ejemplares escogidos, doce

narcisos blancos, una docena de bulbos surtidos de floración temprana y medio barril de una mezcla de fibra vegetal, musgo y turba). No me conviene, sin embargo, dada mi reciente adquisición de cuencos de colores en Woolworth's, unas valiosísimas incorporaciones a mi colección de variadas macetas: tazones de esmalte desportillado, grandes tarros de mermelada de cristal rojo y la palangana con motivos chinoscos de la abuela, que ya no se usaba mucho.

Se marcha el amigo Henry —dice haberlo pasado muy bien, confío en que sea verdad— acompañado por Robin, a quien un tío del niño con el que va a alojarse extraerá del tren en Salisbury.

(Duda: ¿Cómo es que la gente consigue tan a menudo que sus parientes les presten servicios de esa clase? Estoy convencida de que si les pidiera a William o Angela que recogieran a un niño desconocido en Salisbury, o donde fuera, su reacción no sería favorable.)

Vicky, Mademoiselle y yo los despedimos desde la puerta —llueve a cántaros, como de costumbre—, y Vicky parece abatida por haberse quedado atrás. Su tendencia se acentúa cuando entramos otra vez en casa y Mademoiselle exclama: «*On dirait un tombeau!*».

Carta de Barbara desde el Himalaya en el correo de la tarde. Me llevo una gran impresión al caer en la cuenta de que aún no he leído la anterior, me ha faltado tiempo, y también tenía la sensación de que estaría llena de garabatos ilegibles y referencias a los criados nativos. Abro avergonzada esta segunda y constato con alivio que es bastante breve y no contiene alusión alguna al servicio, por lo visto, pero sí una noticia muy interesante que Barbara comunica dando bastantes rodeos pero que, aun así, no deja lugar a dudas. Se lo cuento a Mademoiselle, quien exclama: «*Ah, comme c'est touchant!*», y acto seguido se enjuga los ojos, gesto que me parece exagerado.

La reacción de Robert, a quien también hago partícipe de la noticia, es justo la contraria, y se limita a comentar: «Ya decía yo». Por otra parte, la esposa del párroco viene de visita con el expreso propósito de preguntarme si pienso que va a ser niño o niña y de sugerirme que vayamos de inmediato a felicitar a la anciana señora Blenkinsop. Le recuerdo que Barbara pide discreción en su carta y la mujer del párroco dice que claro, claro, se le había ido el santo al cielo, pero que la señora B. sin duda estará al corriente. Admite, sin embargo, que tal vez la querida Barbara no quiera que su madre sepa, por el momento, que nosotras lo sabemos, y concluye con una abstrusa cita de Tomás de Kempis sobre el ejercicio de la discreción. Pasamos a hablar entonces de centros educativos en el Himalaya, de la nariz de los Carruthers —que no nos gusta a ninguna de las dos— y de si es conveniente o no que tengan gemelos. La mujer del párroco no quiere té, habla de libros —le gusta tener siempre algo bien firme en la mano—, se acuerda de la señorita Pankerton, quien no le inspira confianza, aunque la esposa del párroco admite que aún es pronto para juzgarla, vuelve a rechazar un té y me asegura que tiene que irse. Al final se queda a tomar el té y después da un paseo conmigo por el jardín mientras me habla de la escandalosa conducta de lady B. con respecto a la adquisición del local para el casino del pueblo. Esto último, como de costumbre, viene a unirnos en una cálida amistad y nos despedimos afectuosamente.

28 de agosto. Salimos de picnic y a la cocinera se le olvida incluir el azúcar. Postal de la anfitriona de Robin para hacerme saber que ha llegado, pero no añade comentario alguno sobre su conducta o la impresión que les está causando, lo que me deja un poco angustiada.

31 de agosto. Leo *Los eduardianos*, que todo el mundo ha leído hace meses, y lo encuentro delicioso y divertido. Me acuerdo de que V. Sackville-West y yo asistimos juntas una vez a clases de danza en el Albert Hall, hace muchos años, pero me parece que, si menciono el asunto, todos van a pensar que estoy presumiendo —y en efecto lo

estaría haciendo—, así que más vale dejarlo estar. En cualquier caso, la danza nunca ha sido mi fuerte, y mi papel en el Albert Hall, mediocre en extremo, valdría más relegarlo al olvido. Breve carta de Robin, que me alegra mucho recibir, aunque solo hace referencia a los animales de la casa y a una salida en barca a bucear prevista para un futuro indeterminado. Contesto a todo y, como madre moderna que soy, no me pongo pesada rogándole información sobre sí mismo.

1 de septiembre. Tarjeta de la estación que anuncia la llegada de un paquete que, adivino al instante, contiene los bulbos y la mezcla de fibra vegetal, musgo y turba. Le sugiero a Robert que los recoja esta tarde, pero no da muestras de entusiasmo y dice que le irá mejor mañana, cuando vaya a buscar a Robin y su amigo del colegio.

(Recordatorio: Una diferencia pronunciada entre los dos sexos es la tendencia masculina a postergar prácticamente todo con la excepción de sentarse a comer e irse a la cama. Me gustaría comprar una de esas chapitas pintadas con la máxima «Hazlo ahora mismo» a la venta en tantas papelerías de segunda, pero, cuando lo pienso bien, comprendo que no fomentaría la armonía doméstica y abandono la idea.)

Considero seriamente la cuestión de los bulbos y cubro el suelo del desván con papel de periódico para ponerlos encima, junto con los cuencos. Resuelvo asimismo tomar cuidadosa nota de todas las operaciones, con sus resultados definitivos, para contar con una guía en el futuro. Cuando busco un cuaderno para ese propósito, me topo con una libretita verde con misteriosas referencias de mi puño y letra en las dos primeras páginas a las que no veo ni pies ni cabeza. Paso un rato tratando de decidir qué habré querido decir con «M. a la sbra. dos v. p. s. sin falta» o «Dec. a H. que 12 por 8 no sirve», pero acabo desistiendo, arranco las dos primeras páginas de la libretita verde, y escribo BULBOS y la fecha de mañana en mayúsculas.

2 de septiembre. Robert va a la estación y trae a casa a Robin y a un amigo que se llama Micky Thompson, pero, por desgracia, se olvida de recoger los bulbos. Micky Thompson es apuesto y se le forma un hoyuelo encantador cuando sonríe, algo que hace a menudo.

(Recordatorio: La teoría de que las madres creen que sus hijos son superiores a los demás niños es un absoluto disparate. Advierto con total claridad que Micky es más guapo, encantador y educado que Robin y Vicky, y bien que me irrita saberlo.)

4 de septiembre. Micky Thompson continúa siendo un crío encantador, con un carácter alegre, buenos modales y excelente salud. Cuando pregunto, me entero de que es huérfano, y no me sorprende en lo más mínimo. Me he fijado muchas veces en que la ausencia de la atención de unos padres suele tener efectos muy beneficiosos en los niños. Los bulbos siguen en la estación.

10 de septiembre. Sucesión ininterrumpida de picnics, escapadas a bañarnos y expediciones al café de Plymouth en busca de helados. Las predicciones de Mademoiselle sobre catástrofes relacionadas con la digestión, los pulmones o incluso el cerebro no cesan, pero ninguna se hace realidad.

11 de septiembre. Micky Thompson se despide, pero me preocupa menos su marcha que el regreso de Robert de la estación, esta vez acompañado por los bulbos y el medio barril de mezcla de fibra vegetal, musgo y turba. Dedico la tarde entera a plantarlos, con muchos consejos por parte de Vicky y Robin, y anoto todos los detalles de la operación en la libretita verde. Cuando me dispongo a llevarlos, con sumo cuidado, al rincón más escondido y oscuro del desván, Vicky anuncia de pronto que ya está ocupado por *Helen Wills* y sus seis gatitos recién nacidos.

Siguen grandes muestras de emoción, que convendría moderar, me veo obligada a sugerir, antes de que papá se interese por su causa. Los niños están de acuerdo, pero confío bien poco en su discreción. No me queda otro remedio que dejar los bulbos en otro rincón menos indicado del desván, pues mis humanitarios escrúpulos me impiden molestar a *H. Wills* y familia.

20 de septiembre. Carta de la secretaria del Instituto de la Mujer del condado vecino en la que dice saber lo ocupada que estoy —tengo la seguridad de que no lo sabe—, pero los Institutos de Chick, Little March y Crimington pasan por terribles dificultades causadas por la incertidumbre en cuanto a la oradora del mes que viene. Para ilustrar este punto siguen fragmentos sobre un hijo que quizá vuelva a casa de permiso de la Patagonia y de una hija enferma —pero no grave— en Bromley, Kent. La presidenta está fuera (sigue otro fragmento sobre la obligación de la presidenta de visitar a un anciano pariente mientras la criada del anciano pariente está de vacaciones) y la secretaria del condado no sabe qué hacer. Lo que sí hace es sugerirme que si se diera lo peor, tal como ella lo expresa (suena un poco raro, en mi opinión), me prepare para pronunciar los discursos en las tres reuniones de dichos Institutos. En hoja aparte me proporciona detalles sobre las fechas, los horarios y el autobús que une Chick y Little March y que me llevará hasta el biplaza de la hermana del médico en el cruce entre Little March y Crimington Hill. En Crimington, concluye con tono triunfal la secretaria del condado, lady Magdalen Crimp —siempre tan amable y tan amistosa con el movimiento— me acogerá en Crimington Hall, donde pasaré la noche. P.D. Los discursos sobre viajes siempre son populares, pero si prefiero hablar de otra cosa, será un placer. En Chick les entusiasma el folclore; en Little March les va más la artesanía. Pero lo que yo prefiera, por supuesto. P.D.2: ¿Tendría la amabilidad de ser el jurado del Certamen de Recitación de Crimington?

Le doy vueltas un rato a la cuestión y decido escribir para hacerles saber que iré, pues la semana que viene Robin habrá vuelto ya al colegio y me apetecerá distraerme un poco. Como quien no quiere la cosa, le comento a Mademoiselle que voy a hacer una pequeña gira para dar unos discursos y queda debidamente impresionada. «¿Como si fueras a un parque de fieras, mamá?», interviene Vicky, y aunque su intención ha sido del todo inocente, me parece un símil extraordinario. «No, no se parece en nada a un parque de fieras», contesto, y Mademoiselle, siempre tan servicial, añade: «Se parece más a una misión». No coincido en absoluto, pero no tengo tiempo para explayarme porque Gladys me llama y tengo que embarcarme en una prolongada discusión con la lavandería, representada por un hombre con bata blanca que hay ante la puerta de atrás, sobre una sábana de algodón que supuestamente formaba parte de una pareja y ha vuelto viuda. La lavandería tiene mucho que decir al respecto, y se acaba formando un corro integrado por la cocinera, el jardinero, Mademoiselle, Vicky y un niño no identificado que, al parecer, pertenece al bando de la lavandería. Todos excepto el niño apoyan a Gladys añadiendo «Exactamente» a todo lo que dice, y acabo dejando que resuelvan ellos el asunto. La cosa les lleva su tiempo, obviamente, pues para cuando veo que el jardinero vuelve lentamente a su tarea y la furgoneta se aleja por el sendero han pasado ya cuarenta minutos.

Subo al desván e inspecciono los cuencos de bulbos, pero no se ve nada. No sabría decir si les falta agua o no, pero decido regarlos un poco, por si acaso. Tomo nota en la libretita verde, pues estoy decidida a dejar constancia de todo el proceso.

22 de septiembre. Lady B. nos invita a Robert y a mí a cenar esta noche mediante una nota entregada en mano que espera respuesta. Parece una orden real, más bien, y no da a entender que un aviso con tan poca antelación pueda resultarnos inconveniente. Robert ha salido y, actuando con prontitud y firmeza bajo mi propia responsabilidad, contesto diciendo que ya tenemos un compromiso para cenar.

(Duda: ¿Sugeriré con ello una amena velada en la vecina rectoría o croquetas y leche con cacao con la anciana señora Blenkinsop y la prima Maud? No se me ocurren alternativas.)

Cuando estoy leyéndoles a los niños un libro encantador, *The Exciting Family* de M. D. Hillyard (¿no será colaboradora habitual de *Time and Tide*?), el teléfono suena con tono imperioso y corro hasta el comedor para contestar. (*Nota bene*: Tengo que

sobreponerme como sea a esta absurda e inmadura tendencia a pensar que una llamada telefónica puede ser el preludio de (a) el anuncio de una fortuna o (b) la noticia de una calamidad imponente y descomunal.)

Cuando descuelgo el auricular oigo la voz inconfundible de lady B. Al instante me viene a la cabeza la comparación, quizá algo desabrida pero no del todo injustificada, con una pava real. Quiere saber qué disparate es este. Por supuesto que vamos a cenar esta noche, no piensa tolerar una negativa. Además, ¿qué otro compromiso vamos a tener? A menos que se trate de una reunión, y en ese caso, puede aplazarse.

Me invade al instante una oleada de posibles ideas: que vienen a cenar el representante de la Corona en el condado y su esposa en una visita informal, o que la vizcondesa de Rose se aloja con nosotros y se niega a que la dejen sola o a que la lleven a casa de lady B. (pues sé que de inmediato propondría invitarla), o incluso que Robert y yo hemos salido tantas noches que ya no podemos con otra más, la verdad; pero no llego a pronunciar en voz alta ninguna de ellas. En lugar de eso, me asquea oírme decir con un hilo de voz que Robin vuelve al colegio pasado mañana y que preferimos quedarnos en casa las últimas noches que pasa aquí. (Aunque bien pudiera ser cierto en mi caso, no creo que Robert aprobara la hipótesis ni mucho menos, y confío en que nunca llegue a enterarse de que la he hecho.) En cualquier caso, mi respuesta reaviva al instante el antiguo empeño de lady B. de colgarme la etiqueta de madre perfecta, y aprovecha la ocasión al vuelo. Vuelvo a *The Exciting Family* ardiendo de rabia.

24 de septiembre. Enredo mayúsculo a la hora de meter unas cosas en la maleta y guardar otras entre consultas concienzudas a la lista del colegio. Robin, muy serio, da instrucciones a todo el mundo de no tocar absolutamente nada en su dormitorio, que parece una casa de empeños de poca monta a la hora del inventario, y todos nos comprometemos más o menos a dejarlo intacto hasta las vacaciones de Navidad, algo que por otra parte es completamente imposible.

Robert se lo lleva en el coche con expresión melancólica e infantil, y Vicky ruge de dolor. Le suplico que desista de inmediato, pero Mademoiselle me reprende exclamando «*Ah, elle a tant de coeur!*» en un tono que da a entender que no podría decirse lo mismo en mi caso.

1 de octubre. Le menciono a Robert el viajecito que me han propuesto a Chick, Little March y Crimpington como representante del I. M. No dice gran cosa, pero lo poco que dice no es muy entusiasta. Paso muchas horas —o eso me parece— buscando notas para discursos y tratando de recordar anécdotas que resulten tan divertidas como apropiadas. (Combinación bastante insólita.)

Hago la maleta, una pequeña, y busco como una loca mi insignia del Instituto, en el escritorio, por toda la habitación y en el salón, hasta que por fin Mademoiselle la encuentra en un rincón remoto del cajón de las medias, y emprendo la marcha. Robert me lleva a la estación y le ruego que eche un vistazo a los bulbos mientras estoy fuera.

2 de octubre. El autobús de Chick me lleva hasta Little March tras la reunión de anoche, muy positiva, en la que pronuncié un discurso sobre teatro para aficionados. Me aplaudieron, recibí los agradecimientos de la presidenta —no conseguí oír su nombre— y volvieron a aplaudirme; luego la secretaria me llevó a su casa, donde pasé la noche. Hablamos sobre el movimiento —celebrar la reunión anual en Blackpool quizá fue un error, ¿por qué no se hizo en Bristol o Plymouth?—, de las dificultades de elaborar programas nuevos para las reuniones mensuales y del magnífico papel de Chick en la reciente concentración de danza folclórica, en la que las integrantes del Instituto llegaron a bailar una contradanza renacentista tres veces nada menos, y eso que dos de las mejores bailarinas de Chick eran abuelas, añadió con orgullo la secretaria. Expresé mi estupefacta admiración y pasamos a hablar de casinos de pueblo, de sir Oswald Mosley y de métodos para quitar las manchas de tinta de la ropa

blanca. La subsecretaria, que está soltera y vive en una casita preciosa, me acompañó hasta mi dormitorio, muy bonito. Justo entonces se acordó de que después me tocaba ir a Crimpington y me puso al corriente de un interesante escándalo protagonizado por dos miembros del Instituto de la localidad y de la inexplicable desaparición del nombre de una de ellas del comité. Eso nos tuvo levantadas hasta las once, momento en que me rogó que no le dijera a nadie que había mencionado el asunto, pues se lo habían contado en la más estricta confianza, y nos despedimos.

Llego a Little March en el autobús, que es viejo y traquetea, a tiempo para almorzar. La hermana del médico, una dama mayor con un perro, me recibe y me habla de caza. La reunión se celebra a las tres en una cabaña preciosa, y quedo impresionada por el ambiente de profesionalidad y eficacia. La hermana del médico, que ocupa la presidencia, me presenta. Por desgracia se le olvida mi nombre en el último momento, pero me apresuro a recordárselo, dice «Claro, claro», y me lanzo a hablar sobre una visita a Suiza. Apenas he terminado cuando se levanta una anciana en primera fila y declara que mi discurso le ha resultado especialmente interesante, puesto que vivió en Suiza casi catorce años y se la conoce de punta a punta. (Mi experiencia se reduce a seis semanas en Lucerna y alrededores, hace diez años.)

Tomamos té y unos bollitos excelentes, cantamos varios himnos de nuestra institución, y la reunión llega a su fin. Me recibe una vez más el biplaza de la hermana del médico, en el que ya me siento como en casa, y la felicito por su Instituto. Sonríe y me habla de caza.

La velada transcurre con tranquilidad, viene el médico —un hombre mayor con dos perros— y él también habla de caza. A las diez nos damos las buenas noches y nos vamos a la cama.

3 de octubre. Me despido temprano del médico, la hermana, los perros y el biplaza, y viajo en tren hasta Crimpington, pues la reunión no va a celebrarse hasta la tarde y no me apetece llegar antes de lo necesario. Curioso trayecto campo a través con muchas paradas y un transbordo que conlleva una larga y ventosa espera que animo un poco con una taza de Bovril.

Viene a recogerme un coche magnífico con un chófer magnífico que nos desprecia a mí y a mi maleta en cuanto nos ve, pero no le queda otra que llevarnos a ambas a Crimpington Hall. Me recibe un mayordomo que me conduce por un inmenso y gélido vestíbulo con losas de piedra hasta un salón igualmente inmenso y enlosado, donde me abandona. En el otro extremo de la habitación un débil fuego se esconde tras una rejilla de acero, y me dirijo hacia él entre mesitas doradas, grandes butacas y sofás, vitrinas llenas de tazas de porcelana y relucientes teteras, y enormes escritorios cubiertos por cientos de fotografías enmarcadas en plata. El mayordomo reaparece de pronto con el *Times*, que me tiende en una bandejita. Lo he leído ya de cabo a rabo en el tren, pero me siento obligada a abrirlo y empezar de nuevo. El mayordomo mira el fuego con cara de no estar muy convencido, y tengo la esperanza de que eche un poco de carbón, pero lo que hace es marcharse. En su lugar aparece lady Magdalen Crimp, quien ronda los noventa y cinco años y está sorda como una tapia. Viste de negro y lleva una larga capa de pieles; no me extraña. Saca una trompetilla. Le hablo a través de ella y la dama sonrío y asiente, aunque es evidente que no ha oído una palabra, pero da igual, porque tampoco vale la pena oír lo que digo. Al cabo de un rato se ofrece a acompañarme a mi habitación y recorreremos lentamente medio kilómetro, más o menos, hasta que por fin llegamos al primer piso y a un enorme dormitorio con una antigua cama de dosel en el centro. Ahí me deja. Me lavo con una jarrita de latón con agua tibia y me fijo —no por primera vez, ni mucho menos— en que el maquillaje, cuando se utiliza por debajo de cierta temperatura, solo consigue proyectar una extraordinaria sombra azulada en la nariz y la barbilla.

La débil esperanza que abrigaba de encontrar una chimenea encendida en el comedor

se desvanece en cuanto entro y advierto al instante que se parece mucho a un mausoleo. Lady M. y yo nos sentamos a una mesa redonda de caoba y me pregunta si tengo inconveniente en tomar un almuerzo frío. Sacudo la cabeza, gesto que me parece más adecuado que gritar «No» en la trompetilla —aunque queda igual de lejos de la verdad— y comemos conejo a la crema, bizcocho de café y galletas María.

Conversación intermitente y poco satisfactoria, y me veo reducida a observar los retratos en la pared de caballeros con peluca y damas con pechera, así como un discutible estudio de un pájaro muerto que sangra y yace entre naranjos y otra materia vegetal. (Me gustaría saber qué opinaría sobre él la querida Rose, con lo mucho que aprecia el arte.) Después pasamos al salón —del fuego solo quedan unas brasas— y lady M. explica que aunque ella no vendrá a la reunión, la vicepresidenta velará por mí, y que confía en que disfrute con el certamen de recitación, pues algunas integrantes del Instituto son muy listas, y hay una en particular que resulta muy divertida cuando recita en dialecto. Asiento con la cabeza y sonrío, y continúo temblando hasta que por fin me recoge un coche y me lleva al pueblo. La reunión se celebra en una sala de lectura tan calentita que se me antoja un verdadero paraíso, y me pongo lo más cerca posible de la gran estufa de petróleo. La vicepresidenta, una mujer grandota y expansiva vestida de azul, lo dirige todo a las mil maravillas, y pronuncio mi sermón sobre «Qué leen nuestros niños», que goza de una amable acogida. Después del té —deliciosamente caliente; de hecho, me escaldo con él y todo, pero se agradece— tiene lugar el certamen de recitación y tengo que estar muy atenta a las sucesivas participantes que se encaraman a un pequeño estrado y declaman una por una. La cosa empieza con una interpretación no muy buena de un poema que yo ya conocía, titulado «Nuestro Instituto», y que resulta ser una composición original de la dama que lo recita. Le sigue «Gunga Din» y un poema muy conmovedor que habla de la vieja bandera que debemos seguir ondeando. Una dama mayor anuncia entonces «La mina», que recita con mucho dramatismo y de manera impresionante pero no del todo inteligible, lo que atribuyo al dialecto. Para finalizar, le concedo el primer premio a «La vieja bandera» y el segundo a «La mina», y hago entrega de los premios. Se me ocurre la desafortunada idea de comentar que los poemas en dialecto son siempre muy interesantes, y entonces resulta que «La mina» no estaba en dialecto. Sin embargo, ya es tarde para hacer nada al respecto.

La reunión se alarga, y se agradece, pero finalmente ya no puedo postergar más el regreso a los gélidos parajes de Crimpington Hall. Lady M. y yo pasamos la velada encogidas ante la chimenea, intercambiando comentarios aislados y muchos gestos con la cabeza y sonrisas a través de la trompetilla. Por fin me meto en la cama de dosel, me arropo con un número insuficiente de mantas y aferro una bolsa de agua que no está lo bastante caliente.

5 de octubre. Veinticuatro horas después de haber llegado a casa, caigo víctima de un tremendo resfriado. Robert dice que probablemente todos los Institutos de la Mujer están llenos de microbios, y el comentario me parece injusto y ridículo.

13 de octubre. El resfriado y la tos me tienen encerrada en casa y me restan popularidad entre Robert, la cocinera y Gladys; estas dos últimas acaban contagiándose. Mademoiselle mantiene alejada a Vicky, pero se apiada de mí y me trae a la niña a gesticular con dramatismo ante la ventana del salón, como si tuviera la peste. Este estado de cosas va remitiendo gradualmente, mi cupo diario de pañuelos recupera la normalidad, y el inhalador nasal, la canela, el aceite alcanforado y el tarro de crema hidratante vuelven al armario de medicinas del baño.

Un benefactor desconocido me manda un ejemplar de la nueva revista literaria, llena, al parecer, de comentarios personales de escritores famosos sobre otros escritores famosos. Es muy posible que esto les divierta más a ellos mismos que al lector medio. Además, los certámenes son alarmantes de tan literarios, y vuelvo con enorme alivio a

mi vieja amiga *Time and Tide*.

17 de octubre. Sorprendente invitación a una fiesta en casa de lady B., un baile a las nueve y media de la noche. No puedo negarme, pues le han pedido a Robert que eche una mano allí en varias cuestiones; además, como es evidente que están despachando invitaciones a todo el pueblo, no veo motivo para plantear la cuestión de si hemos recibido una. Decido hacerme con un vestido nuevo, pero tendré que encargarlo por aquí cerca, pues he recibido una notificación bastante áspera de la tienda de Londres que tiene el privilegio de servirme, en la que me preguntan si no habré pasado por alto un plazo de la cuenta que sigue pendiente. (No lo he pasado por alto ni mucho menos; de hecho, no me deja dormir por las noches.) Voy a Plymouth y me hago con un precioso vestido de tafetán negro estampado con pequeños ramilletes en rosa y azul. Mademoiselle descose y lava la puntilla de un viejo vestido eduardiano de terciopelo morado, y me asegura que quedará *gentil à croquer* en el nuevo de tafetán. También me compro unos zapatos negros de fiesta, pero tendré que ponérmelos por lo menos una hora cada noche para asegurarme de que me vayan razonablemente cómodos en la fiesta. Me felicito porque, por una vez, el anillo de brillantes de mi tía abuela está en casa cuando lo necesito.

Robert me deja pasmada cuando comenta que cree que el baile es solo para jóvenes, y le pregunto, muy acalorada, dónde hay que establecer la línea de demarcación. Desde luego no aceptaría ni en sueños que lady B. me impusiera nada sobre tan delicada cuestión. Robert se limita a repetir que solo cuentan con que bailen los jóvenes. Abandonamos el tema y me intereso por la naturaleza del refrigerio que se servirá en la fiesta, pues las nueve y media me parece una hora singularmente intempestiva y que no conlleva una comida como es debido. Robert me ruega que disponga la cena en casa como de costumbre y que sea lo más sustanciosa posible, eso le dará más posibilidades de mantenerse despierto en la fiesta, y coincido en que parece lo más conveniente.

9 de octubre. El rumor de que la fiesta de lady B. será de disfraces sume a todo el pueblo en la consternación. La mujer del párroco viene a verme en la bicicleta de la esposa del jardinero, que, según ella, ha pedido prestada para llegar más deprisa, y me explica que, dada su posición, no le parece adecuado disfrazarse, a menos que sea solo con *poudrén* el peinado; eso sería distinto, afirma, aunque luego una tarde siglos en quitárselo. Me pregunta qué voy a hacer, pero no puedo aclarárselo, porque el vestido de tafetán ya está listo. En este punto interviene Mademoiselle, quien declara que el tafetán negro puede transformarse a *ravir*, con unos simples toques, en traje de pastora de porcelana de Dresde. Me veo obligada a rogarle que no sea ridícula ni intente que lo sea yo, y entonces hace la descabellada sugerencia de convertir el vestido de tafetán en un disfraz de (a) María Estuardo, (b) Madame Pompadour, o (c) Cleopatra.

Le digo que haga el favor de llevarse a Vicky a dar un paseo; se siente *blessey* cuesta mucho tranquilizarla.

La mujer del párroco, que, entretanto, ha ido paseando de aquí para allá por el salón en estado de agitación absoluta, dice que por qué no le preguntamos a alguien más. ¿Y los Kellway? ¿Por qué no los llamamos?

Eso hacemos al instante, y Mary Kellway nos comunica alegremente que en efecto es una fiesta de disfraces y que ella se pondrá su disfraz de campesina rusa —es auténtico, se lo trajo hace años de Moscú un primo marino—, pero que si tengo dificultades igual puede prestarme algo. Respondo de manera incoherente a tan amable ofrecimiento, pues la mujer del párroco, presa ahora de un nerviosismo incontrolable, me impide recobrar la calma. Impera el caos cuando entra Robert, y la mujer del párroco se dirige a él con una súplica frenética. «Oh, ¿no lo sabíais?», pregunta Robert. Resulta que un par de tarjetas sí incluyen «Fiesta de disfraces»,

puesto que los huéspedes que se alojan en casa de lady B. tienen intención de disfrazarse, pero a la mayoría de invitados no se les ha sugerido que lo hagan.

La mujer del párroco y yo coincidimos extensamente en que solo lady B., y nadie más sobre la faz de la Tierra, se comportaría así, y la verdad es que no tenemos ganas ni de acercarnos a su fiesta. Robert y yo decidimos entonces llevar al párroco y su esposa a la fiesta en nuestro coche, y ella nos lo agradece y se marcha.

23 de octubre. Celebración de la fiesta. El vestido de tafetán negro con la puntilla se ve muy bonito, y, tras haberme arrancado dos canas inconfundibles, mi aspecto en conjunto no me disgusta nada. Vicky hasta llega a decir que estoy preciosa, aunque al cabo de poco pregunta por qué la gente vieja se viste siempre de negro, y me deja un poco desanimada.

Lady B. nos recibe con un magnífico disfraz oriental, con perlas por todas partes, y rodeada por un grupo de amigos igualmente enjoyados. Sonríe con elegancia y estrecha manos sin mirar a nadie, y se me pasa de pronto por la cabeza que sería muy agradable zarandearla y obligarla así a reconocer la existencia de al menos uno de los invitados a su casa. Sin embargo, me veo obligada a poner freno a tan irreverente impulso y entro silenciosamente al amplísimo salón, en cuyo extremo, sobre un estrado, una banda toca con energía.

La mujer del párroco, que lleva una redecilla con violetas y unos granates, reconoce a unos amigos y se lleva al párroco a hablar con ellos. Lady B. llama a Robert con tono imperioso (¿Va a ordenarle que se ocupe del guardarropa o qué?). Se acerca a saludarme un Hamlet de aspecto desagradable que de pronto resulta la señorita Pankerton. ¿Cómo es que no voy disfrazada?, pregunta con tono acusador. Con lo bien que me sentaría entregarme al espíritu del carnaval. Es lo que necesito. Le pregunto por Jahsper —no me sorprendería enterarme de que ha venido de Ofelia—, pero la señorita P. contesta que se ha vuelto a Bloomsbury. Bloomsbury no es nada sin Jahsper. No, supongo que no, digo, para evitar seguir oyendo hablar de Jahsper o de Bloomsbury, y hablo con Mary Kellway, muy guapa de campesina rusa, y acabo bailando con su marido. Vemos a muchos vecinos, la mayoría sin disfrazar, y me quedo perpleja ante la inesperada presencia de la prima Maud, que da brinco por la habitación acompañada por un hombre bajo y rechoncho a quien el marido de Mary identifica como un gran cazador.

Los huéspedes que se alojan en la casa, todos con disfraces carísimos y aspecto altanero, bailan lánguidamente unos con otros y nadie nos los presenta.

Más tarde recae en Robert la tarea de decirle a todo el mundo que la cena está lista, y pasamos en manada al comedor, donde se sirve un bufet y nos ofrecen sándwiches excelentes y una bebida imposible de identificar. Ni rastro del ostentoso grupo de huéspedes de lady B., y Robert me cuenta en un sombrío aparte que le parece que están en la biblioteca tomando champán. Expreso el caritativo —e improbable— deseo de que se envenenen con él, y Robert se limita a decir «Shh, no tan alto», pero no me sorprendería que estuviese de acuerdo conmigo.

El incidente definitivo y más inesperado de la velada tiene lugar cuando me encuentro con la anciana señora Blenkinsop, toda de negro azabache y con expresión de mártir, sentada en una gran butaca ante el estrado, justo debajo del enérgico saxofón. No sabría explicar su presencia en el lugar, eso es evidente, y el saxofón impide toda conversación, pero alcanzo a oír algo sobre Maud, sobre que no hay que interponerse entre los jóvenes y sus placeres, y una referencia a que no le queda mucho tiempo entre nosotros. Sonríe y asiente con la cabeza, pero me da la sensación de que puede parecer insensible por mi parte, de modo que frunzo el entrecejo y sacudo la cabeza, y me invita entonces a bailar el señor Frobisher, que habla de muebles antiguos y de pájaros. Reaparecen los huéspedes de la casa cargados con globos, que distribuyen como bollos en una comida escolar, y la fiesta sigue su curso hasta medianoche.

La banda ataca entonces «Auld Lang Syne» y lady B. grita «¡Venid, venid todos!», y se nos indica que formemos un corro. Sigue un curioso tumulto y veo cómo arrancan de la butaca a la anciana señora Blenkinsop, que acaba aferrando al párroco con una mano y a un caballero joven con la otra. La mujer del párroco le da la mano a la señorita Pankerton —a quien no soporta— y se la ve muy alterada, y Robert está entre una enorme desconocida de escarlata y la prima Maud. Me horroriza comprobar que yo tengo a un lado a un joven espécimen macho del grupito de huéspedes particularmente ofensivo y al otro a lady B. Todos damos vueltas arrastrando los pies al son de una música que conocemos bien y cantamos «For Ole Lang Syne, For Ole Lang Syne» una y otra vez, pues por lo visto nadie se sabe la letra más allá de eso, y el alivio es generalizado cuando semejante ejercicio llega a su fin.

Lady B., temiendo que cuándo esté hasta el gorro de nosotros nadie sabrá advertirlo, le indica a la banda que toque el himno nacional, tras lo cual ella recibe entonces nuestro agradecimiento y nuestras despedidas.

Volvemos a casa y, cuando me miro en el espejo me quedo pasmada ante el hecho innegable de que al final de una fiesta no tengo ni mucho menos tan buen aspecto como al principio. Me gustaría pensar que a todas las mujeres les pasa lo mismo, pero no estoy segura; la idea, además, es bastante mezquina, al igual que tantas otras.

Robert me pregunta por qué no me acuesto. Porque estoy escribiendo en mi diario, respondo. Robert contesta, con afecto, pero con bastante firmeza, que en su opinión eso es una pérdida de tiempo.

Me meto en la cama y me asalta una duda: ¿Estará Robert en lo cierto?

La respuesta a esa cuestión solo puedo dejársela a la Posteridad.

«Creo que las tareas domésticas son mucho más cansadas que la caza, ni punto de comparación. Cuando terminamos de cazar hasta merendamos huevos y descansamos durante horas, pero tras las tareas domésticas la gente espera que uno continúe con normalidad, como si nada extraordinario hubiera pasado.»

NANCY MITFORD

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Diario de una dama de provincias*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web (www.librosdelasteroide.com).

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (<http://twitter.com/LibrosAsteroide>) y en Facebook (www.facebook.com/librosdelasteroide), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

E. M. Delafield(1890–1943) fue una prolífica y famosa escritora inglesa. Hija de la novelista Mrs. Henry de la Pasture, decidió utilizar el seudónimo de E. M. Delafield para diferenciarse de ella. Recibió una educación clásica y victoriana y en 1911 entró como postulante en un convento belga, cuya experiencia relató en *The Brides of Heaven*(1931). En 1919 se casó con Paul Dashwood, un ingeniero de caminos convertido en administrador de propiedades con el que viviría varios años en el Sudeste Asiático hasta que se instalaron en Croyle, Devon, donde nacieron los dos hijos del matrimonio y Delafield escribió muchas de las más de treinta novelas por las que sería recordada.

En 1929 la editora de la liberal y feminista revista semanal *Time and Tide* le pidió que colaborara con una columna. Así nació *Diario de una dama de provincias*, el divertidísimo relato, parcialmente autobiográfico, de las miserias y fortunas de una dama en una ciudad de provincias. El éxito fue inmediato, las columnas fueron recogidas en cuatro volúmenes que la convirtieron en una de las novelistas más populares y queridas de su época.

En 1930 se publicó *Diario de una dama de provincias*, dos años después *The Provincial Lady Goes Further*; en 1933 se reunieron en el volumen *The Provincial Lady in America* las columnas en las que relataba su experiencia en Estados Unidos de gira literaria, columnas que además aparecieron en la revista americana *Punch*. Y finalmente *The Provincial Lady in Wartime*, que se publicó en 1940.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Diario de una dama de provincias*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

A la caza del amor, Nancy Mitford

La bendición, Nancy Mitford

Diario de un ama de casa desquiciada, Sue Kaufman